

CUENTOS POPULARES DE
LA MADRE MUERTE

Edición de
ANA CRISTINA HERREROS

Siruela



**ANA CRISTINA
HERREROS (ed.)**

Cuentos populares de la Madre Muerte



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

«Ay, muerte de mi vida»

El hombre que buscaba a la Muerte (flamenco)

La que da la vida

La Muerte matrona (zaireño)

El huerto de la tumba (seneca)

Quetzalcóatl y los huesos arrebatados al Señor de los muertos (azteca)

La muerte del gigante Pan Ku y el origen de la vida (chino)

Kali, la Oscura, diosa de la vida y de la muerte (indio)

Perséfone, diosa de la naturaleza, diosa del Inframundo (griego)

La justa

El enamorado y la Muerte (castellano)

El Güercu (asturiano)

Cita en Luz (hebreo)

El Ángel de la Muerte y el rey de Israel (árabe)

Salomón y Azrael (persa)

Cuando la Muerte llegó a Bagdad (árabe)

Lo inevitable (tibetano)

La amiga

El muerto convertido en mosca (bretón)

La Comadre Sebastiana (mexicano)

La Muerte madrina (catalán)

Los avisos de la Muerte (gallego)

La enamorada

La Muerte amante (transilvano)

La mujer esqueleto (inuit)

La niña de la calavera (araucano)

La burlada

¿Por qué la Muerte es invisible? (nepalí)

Mono y los Jueces de la Muerte (chino)

El hijo de Orula vence a Ikú, la Muerte (cubano)

El soldado y la Muerte (ruso)

La Muerte y la vieja (húngaro)

Migraña, Dolores de Espalda y la Muerte (corso)

El peral de la tía Miseria (valenciano)

La que juntos lloramos

La muerte del señor *** (tibetano)

La primera muerte (aborigen australiano)

La madre y la Muerte (alemán)

La muerte del señor Pulga (marroquí)

El tesoro de la señora Sultana (marroquí)

La que nunca llega

Gilgamés de Uruk busca la inmortalidad (asirio-babilonio)

El retorno de Oisín (irlandés)

El lugar donde nunca se muere (veronés)

El emperador que temía a la muerte (chino)

De donde se regresa

Eros y Psique (griego)

La madre india que regresó de la otra vida (pemón)

Izanagi e Izanami (japonés)

Una noche en el paraíso (friulano)

La niña de los tres maridos (murciano)

La niña de la higuera (portugués)

El mensaje de la liebre (bosquimano)

Fuentes

Créditos

**CUENTOS
POPULARES
DE LA
MADRE MUERTE**

**Edición de
Ana Cristina Herreros**

Biblioteca de Cuentos Populares Ediciones Siruela

«Ay, muerte de mi vida»

Muerte que no mueres en tanto que haya vida. Muerte parto inverso... Ay, muerte de mi vida.

Luis Eduardo Aute

No hace mucho tiempo, hombres y mujeres celebraban la muerte tanto como la vida. Cuando un niño nacía, se le vestía con un trajecito y se mostraba a la comunidad; cuando un anciano moría, se le vestía con su mejor traje y se mostraba a la comunidad. En su primera noche de muerto se le acompañaba para que no estuviera solo, también se acompañaba a sus familiares: «Te acompaño en el sentimiento», se decía a quienes lloraban la pérdida en estos «velatorios», que así se llamaba a esta reunión, porque todos los que allí estaban velaban, es decir, permanecían despiertos, acompañándose. En estos velatorios, a veces las mujeres mayores, las viejas, contaban cuentos de risa, «consejas» se llamaban. De ahí la expresión «De la vieja, la conseja», que no es el «consejo» como tanta gente cree, sino el «cuento». Tan importante era celebrar la muerte que, en algunos lugares, cuando la gente se hacía mayor, acostumbraba viajar con el traje que había elegido para cuando la muerte llegara: la mortaja. No fuera a ser que la muerte, tan silenciosa e imprevisible, les pillase mal preparados o mal vestidos para el velatorio.

Pero la muerte dejó de celebrarse porque comenzó a ser eso que había que ocultar, eso que no debía ni mencionarse. Y en este afán por que no se viera, la gente olvidó su íntima relación con la vida. También la vejez dejó de ser esa edad de la dignidad, esa edad a la que se ha llegado después de tanta vida, de tanta sabiduría, y pasó a entenderse como una enfermedad mortal. Se perdió el respeto a la vida y se perdió el respeto a los viejos, y la vejez se convirtió en algo vergonzoso que hay que negar, que hay que esconder con cirugías, o apartarla de nuestra vida. Parece que fuera contagiosa.

Este miedo, esta ocultación, se produjo no hace mucho tiempo: sucedió cuando la gente cambió la vida sobre la tierra por la vida sobre el asfalto. La tierra nos enseñaba, a poco que la mirásemos, que todo cuanto nace muere, que la muerte es de lo que se nutre la vida, que lo muerto da de comer a la semilla para que ésta pueda vivir. Perdimos esta Maestra y olvidamos cuánta vida hay en la muerte. El asfalto nada nos enseña de la vida porque en él nada germina, en él nada se entierra. Hemos olvidado que la muerte es necesaria para la vida, hemos olvidado su importancia y su necesidad y que hay que celebrarla tanto como celebramos la vida. Algunos aprovecharon este olvido para llenarnos la imaginación con muertes horrendas, muertes descarnadas, muertes que nos llenan de culpa, muertes que nos asustan. Este miedo a la muerte que nos inoculan

produce el miedo a la vida, y cuando la gente le tiene miedo a vivir suele permitir que de su vida sean dueños otros, esos que nos llenan la imaginación de horrores.

Pero los cuentos nos rescatan de este olvido, porque los cuentos populares que todavía hoy se cuentan al calor de la lumbre en invierno o sentados a la fresca en verano se forjaron en esos tiempos en los que el hombre y la mujer descubrieron que si uno entierra una semilla en la tierra crece una planta, que una vez cortada, una vez muerta, nos alimenta. Hay quien dice que incluso se forjaron antes, en la hoguera paleolítica, y que gracias a que un hombre, o quizá una mujer, inventó una historia, un cuento en el que, como en todos los cuentos populares, siempre hay alguien que te ayuda, el ser humano comenzó a confiar en el otro, porque el otro dejó de ser visto como quien te daña y pasó a ser visto como quien te ayuda, y gracias a esta confianza en el otro, hombres, y quizá mujeres, comenzaron a cazar juntos y la suma de las fuerzas de los individuos constituyó la fuerza de la colectividad, y gracias a lo colectivo, a lo que hacemos juntos, el ser humano, peor preparado que otras especies para sobrevivir, consiguió que su especie no se extinguiera. Estos cuentos populares no sólo nos enseñan a confiar, también nos cuentan que quien se pone en camino para superar sus dificultades sin miedo a la vida, sin miedo a la muerte, acaba siendo rey, es decir: soberano de su propia vida.

Y estos cuentos han llegado hasta nosotros extendiéndose con las migraciones de los cazadores siguiendo a sus presas o de los agricultores buscando tierras de cultivo, perpetuándose a través del tiempo de boca a oreja y de oreja a boca. Estos cuentos hunden sus raíces en esos tiempos ancestrales y, por ello, nos muestran la muerte no como contraria a la vida sino como su culminación, nos hablan de una muerte que, como una compañera, siempre nos acompaña, que, como una madre, siempre está presente y a todos nos iguala, una muerte muy distinta a la que nos es dada como castigo por nuestro «original pecado», esa muerte que las religiones monoteístas nos han contado. Esta muerte, vinculada a la tierra, a la siembra y a la cosecha no es un castigo por el pecado de la soberbia, sino algo tan necesario como la vida, porque sin muerte la vida no podría suceder. Vida y Muerte se alimentan la una a la otra en una rueda infinita, eterna.

Pero no sólo aparece esta visión de la muerte en los cuentos, también lo hace en las primeras manifestaciones teatrales. El germen del teatro en Europa es la medieval «Danza general de la Muerte». La Muerte aparece como una mujer vestida de blanco que lleva una guadaña en la mano para segar la vida. Y esta Muerte, todavía vinculada a la tierra, hace un corro, un círculo, y en su reino circular nos introduce a todos: papas, curas, reyes, nobles y siervos, nadie escapa a su poder (lo único democrático en una sociedad de reyes despóticos y rígidos estamentos donde casi no es posible el cambio social). Es la Muerte inexorable que es capaz de esperar pero que siempre llega a cumplir su cometido, la Muerte justa que alguna vez a todos nos llevará y que, por eso, porque no hace distinción entre rico y pobre, porque a todos trata por igual, no debe ser vista como algo negativo ni como causante de una privación, sino como un destino común que

a todos los que estamos vivos hermana. La Muerte se vuelve humana, se vuelve mujer que siega, se vuelve amiga o amante. Tan humana se vuelve que incluso sufre las tretas de los humanos y es continuamente burlada, aunque quien la burla acaba comprendiendo lo muy necesaria que es y, al final, siempre es liberada de su encierro. Pero no sólo nos hermana nuestro destino común, también ese dolor ante la muerte, ante la pérdida, nos une en eso que llamamos «compasión», y que no es otra cosa que padecer juntos, sentir juntos. Porque ante el dolor siempre hay alguien que llora contigo, que te acompaña en tu sentimiento.

Pero, aunque no estemos solos en el duelo, en la pérdida, la necesidad de escapar a ese dolor inevitable ha provocado que la gente imagine lugares donde no se muere, e incluso la posibilidad de que se pueda volver de la muerte. Estos lugares donde la vida es eterna acaban resultando aburridos y monótonos, pues desaparece el vértigo que produce pensar que quizá hoy sea el último día de nuestra vida, ese vértigo que crea tanta tensión, tanta intensidad, ese vértigo que nos hace vivir cada momento como si fuese el último.

Y para concluir, aparece también en los cuentos populares la idea de que la muerte no es el fin sino el comienzo de otra vida, que no es eso tan definitivo que nos han contado, que la verdadera guadaña que nos siega la vida es el miedo a morir. Ese miedo es el que hoy nos conduce a negar la muerte, a que no quieran mirarla cara a cara sino los poetas, a que escondamos a los muertos, a que nos neguemos el duelo... Ese miedo que nos conduce también a negar la vida. Pero hay otra forma de mirar a la muerte, sin miedo, porque a una madre, a una amiga, a una amante no se la teme, y esta mirada llena de vida es la que hay en cada uno de los 44 cuentos populares que componen este libro. Estos cuentos nos rescatan del olvido, nos enseñan a confiar y nos ayudan a vivir: se cuenta que durante el estalinismo descubrieron que en un barracón de un gulag, uno de esos campos de exterminio donde el dictador Stalin recluía y condenaba a morir de hambre y frío a los que habían cometido la falta de no pensar como él, los presos no morían. Y ello se debía a que en ese barracón, cuando sonaba el toque de queda y todo quedaba en la penumbra y el silencio, una mujer se sentaba en su jergón y comenzaba a contar un cuento. Y durante el relato del cuento, la gente que allí vivía recluida podía escapar de su dura realidad y vivir otra vida, la de los seres que cobraban vida en los labios de la narradora. Y gracias a la esperanza de que otra vida era posible aquellos hombres y mujeres no murieron, porque los cuentos populares, esos cuentos donde la muerte no se oculta, donde a la muerte se le mira a la cara, sin miedo, sirven para vivir.

Ana Cristina Herreros

1 de julio de 2011, luna nueva

Cuentos populares de la Madre Muerte

Para Fernando Gaona,
compañero de resurrecciones

Yo soy Mertseger, la que ama el silencio.
Tu corazón se ha parado: ya no se oye su latido.
Tu respiración ha cesado: ya no se oye su ruido.
Has entrado en mi reino: el Mundo del Silencio.
Has salido del pequeño mundo de los seres que suenan
Y has llegado al dilatado dominio de Mertseger, la Silenciosa.
Yo te acojo amorosamente en mi seno.
Yo guardo tu descanso.
Yo no permitiré que ningún ruido te despierte.
Yo permanezco vigilante en la sombra.
Hijo mío, Dur Sa Mahet, yo te protejo.
Duerme en paz porque yo soy tu madre,
Yo, Mertseger, Señora del Silencio;
Yo cuido de ti amorosamente;
Yo velo tu sueño, hijo mío, adorador mío,
Dur Sa Mahet, mi sacerdote amado.

Inscripción en una tumba egipcia

En el comienzo, estaba la Muerte

El hombre que buscaba a la Muerte

(flamenco)

Érase una vez un hombre que se llamaba Piet Jan Clas y que era muy pero que muy curioso. Un día, oyó por casualidad decir que la muerte era algo espantoso y terrible, y, como era tan curioso, se dijo: «Ya me gustaría a mí ver a la Muerte, a ver si es tan terrible como dicen». Y con este pensamiento se fue a casa, cogió su bastón, se caló su sombrero de tres picos y se puso en camino.

Llevaba ya mucho tiempo caminando cuando llegó a una ciudad y vio allí una zapatería llena de zapatos y a un zapatero sentado a la puerta haciendo sin parar más y más zapatos.

–Buenos días, maestro –dijo él.

El zapatero le devolvió el saludo sin levantar la vista de sus zapatos.

–¿Qué es lo que hace? –preguntó Clas.

–Ya lo ves, zapatos y más zapatos –respondió el zapatero, e hizo un agujero con la lezna y, ¡krrr!, pasó el hilo por el agujero.

–¡Pero si ya tiene muchos terminados! –dijo Clas–, ¿por qué sigue haciendo más?

–Ah, para venderlos y con el dinero dar de comer a mi mujer y a mis hijos, ¡krrr!

–Y cuando tenga suficiente dinero para que su mujer y sus hijos coman toda la vida, ¿entonces qué? –siguió preguntando Clas.

–Bueno, pues entonces que venga la Muerte y me lleve, ¡krrr! –repuso el zapatero.

–¿La Muerte? –gritó Clas sorprendido–. ¿La ha visto? Ay, maestro, hágame el favor de decirme dónde la puedo encontrar.

–No, no la he visto –se rió el zapatero–, y ojalá tarde mucho en verla.

–¿Y sabe dónde podría encontrarla? –preguntó Clas.

–Ve siempre hacia delante y sigue siempre lo que tu olfato te indique, y un día la encontrarás –respondió el zapatero.

Clas le dio las gracias por la información y, contento, siguió caminando todo el día, toda la noche y al día siguiente hasta el mediodía. Entonces se encontró a un leñador en un bosque que, aunque ya tenía el carro lleno de leña, seguía cortando más y más.

–Buenos días, hermano –dijo él.

El leñador le devolvió el saludo sin dejar de cortar leña.

–Dime, hermano –dijo Clas–, ¿qué es lo que vas a hacer con toda esa madera?

–Bah –dijo el leñador–, con ella hago haces que quemo en invierno y lo que me sobra

lo vendo, y con el dinero compro pan y carne. Así me voy ganando la vida hasta el día de mi muerte.

–¿Has dicho Muerte? –interrogó Clas entonces–. ¿No sabrías por dónde anda? Me duele la barriga de las ganas que tengo de verla.

–En esto no te puedo ayudar, amigo –dijo el leñador–, pero sigue recto que seguro que la encuentras.

Clas le dio educadamente las gracias por la información y siguió y siguió, siempre derecho, hasta que llegó de nuevo a una ciudad. Acababa de llegar cuando, por la ventana de una buena casa, vio a un sastre sentado junto a la mesa, cosiendo y cosiendo, y a su alrededor había trajes por todas partes, había tantos que en las paredes no quedaba sitio ni para que se posara una mosca.

–Maestro, ¿qué hará con todos esos trajes? –preguntó Clas después de haber estado un rato mirando por la ventana, asombrado.

–Los venderé –respondió el sastre–: los de lana, en invierno; los de lino, en verano y los de algodón, en primavera y otoño.

–¿Y cuando los haya vendido todos? –preguntó Clas.

–Pues entonces coseré más –refunfuñó el sastre, enfadado por tanta pregunta– y los volveré a vender, y coseré otros y los venderé de nuevo, y así hasta que venga la Muerte.

–¿La Muerte? ¿Conoce usted a la Muerte? ¿Sabría decirme dónde puedo encontrarla? –prosiguió, curioso, Clas.

–¡Fuera de aquí!, pero ¿es que no sabes que a los sastres no nos gusta la Muerte porque nos quita los clientes? Los muertos no necesitan más traje que la mortaja.

«Qué tipo tan desagradable», pensó Clas, y siguió su camino, adelante, siempre adelante, y, cuando hubo caminado mucho otra vez, llegó a un bosque que era tan extenso y tupido que no se veía el final.

Pero Piet Jan Clas tenía tantas ganas de ver a la Muerte que se adentró en la espesura, y allí se encontró con un ermitaño con una larga barba blanca, calvo, con un grueso y tosco hábito y un rosario en la mano.

«Ah», pensó Clas, «si ése no es la Muerte, seguro que sabe dónde encontrarla», y se dirigió al ermitaño y le saludó:

–Buenos días, padre.

–Buenos días tengas, caminante.

–¿Qué es lo que hacéis aquí en esta soledad? Yo no podría estar tan solo.

–Ay –dijo el ermitaño–, me he apartado de los hombres para meditar y estar bien preparado para cuando la Muerte venga.

–Precisamente por la Muerte os quería preguntar –le interrumpió Clas–: yo quería verla una vez en mi vida. ¿Me podríais ayudar vos quizá?

–A la Muerte sólo se la puede ver una vez en la vida –dijo el ermitaño–; pero, si sigues caminando, cada noche estarás un día más cerca.

Eso le gustó a Piet Jan Clas, y le dio las gracias al ermitaño de todo corazón. En cuanto perdió de vista al eremita, se dijo a sí mismo: «A esto lo llamo yo una buena respuesta; lo único es que cada día se me va a hacer demasiado largo hasta que se haga de noche. Pero yo enseguida he notado que el viejo lo sabía».

Así, siguió caminando alegremente por montañas y valles, por bosques y praderas, hasta que una tarde vio un gran palacio en la lejanía, y allí se dirigió.

Cuando llegó a la puerta, vio a una abuelita vieja vieja que estaba tan delgada que se le podían contar todos los huesos del cuerpo. Además tenía los ojos de color rojo fuego, la mandíbula caída y las mejillas hundidas, y el labio de abajo gordo y descolgado; a su espalda, una abultada joroba, y sobre la joroba, una cesta llena de botellitas y tarros de ungüento; también llevaba un gran cuchillo colgando a un lado.

«Esa tan vieja podría ser la Muerte», pensó Clas, y, acercándose a ella, se quitó el sombrero de tres picos y dijo:

—Dios esté con vos, abuelita.

—Muchas gracias, hijito mío —dijo la anciana.

—Ay, querida abuelita, ¿sois vos la Muerte? —preguntó Clas al instante.

—No, al contrario —respondió ella—, soy la Vida y curo con mis ungüentos y medicinas todos los males, heridas y enfermedades.

—¡Qué lástima! —dijo entonces Clas—, ¡me había alegrado tanto pensando que erais la Muerte! Llevo mucho tiempo viajando por montañas y valles, por bosques y praderas para buscarla, pero ¡no la encuentro en ninguna parte! ¿Podrías vos mostrarme cómo encontrarla?

—Sí, eso bien que puedo hacerlo —dijo la vieja.

—¡Ay, querida, querida abuelita, hacedlo entonces! —exclamó entusiasmado Clas—. De rodillas os lo pido, no me podríais hacer favor mayor.

—Sí, lo haré con gusto —dijo la abuelita—, pero desnúdate primero.

Entonces Clas tiró lleno de alegría el sombrero, el bastón y la blusa, y acto seguido se quitó también el resto de la ropa. Después, dijo la abuelita:

—Ahora arrodíllate y apoya la cabeza en mi regazo.

Piet Jan Clas se arrodilló y apoyó su cabeza en el regazo de la abuela, entonces la anciana cogió el afilado cuchillo y le cortó la cabeza, ¡ris, ras! Y rápidamente le dio la vuelta a la cabeza y se la volvió a poner de modo que la cara quedó mirando hacia la espalda. En ese mismo instante, Clas se puso en pie de un salto, gritando lastimeramente:

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay, Dios! ¡Ayuda, ayuda! ¡Volved a ponerme la cabeza en su sitio!

La anciana no hizo caso de sus gritos y lo dejó dos horas enteras con la cara vuelta hacia la espalda.

—¿No querías tú ver a la Muerte? Pues mírala bien —dijo.

Luego, la vieja le volvió a cortar la cabeza y se la volvió a colocar mirando al frente, le puso un poco de ungüento en la herida y al cabo de dos minutos ni se veía la cicatriz, y Piet Jan Clas estaba tan sano como antes.

—Para ver a la Muerte sólo hay que mirar detrás porque ahí, detrás de ti, está siempre desde que naces —dijo la anciana, y desapareció.

Y Piet Jan Clas volvió a su casa después de haber visto a la Muerte.

La que da la vida

Tranquilo, niño, que tu madre está aquí.
Cierra los ojos, niño, que tu madre también está allí.

Canto de un griot congoleño a los niños que mueren

La Muerte matrona

(zaireño)

Al principio, en el mundo sólo había un hombre. Nadie hubo antes de él. Nadie había sino él. Era el Primer Hombre. Suya era el agua, suya era la tierra, pero algo le faltaba. Con nadie discutía, a nadie debía rendir cuentas, pero se sentía solo.

Un día, mientras caminaba por el bosque, apareció un Ser de Sombra. Era un ser con la misma figura que él, pero largo, muy largo. Ya no estaba solo.

—Dame tu mano derecha —le dijo el Ser de Sombra.

El Primer Hombre le tendió su mano y el Ser de Sombra lo arrastró tras él.

Caminaron mañana y tarde entre los árboles. Los pájaros los acompañaban. Llegó la noche y ellos siguieron caminando. Las alimañas acechaban. Cuando el sol de la mañana comenzó a iluminar las copas de los árboles, llegaron a un claro del bosque. Allí había una cabaña y en la cabaña una puerta y en la puerta una mujer, la Primera Mujer. El hombre miró a la mujer y la mujer miró al hombre. El roce de sus ojos los encendió. El hombre nunca había ni imaginado que pudiera existir un ser tan bello. La mujer tampoco había imaginado nunca que hubiese un ser tan bello. El hombre avanzó hacia la mujer sonriendo y la mujer avanzó hacia el hombre, pero nada se dijeron porque ni el hombre ni la mujer tenían el don de la palabra. Cuando estuvieron uno frente al otro, se detuvieron sin saber qué hacer. Entonces llegó el Ser de Sombra y tocó con sus dedos oscuros los labios cerrados del hombre y de la mujer. Ellos abrieron sus labios y salieron las palabras. Después, el Ser de Sombra se esfumó como un humo que nada presagiaba, como un humo sin fin.

El hombre y la mujer se tuvieron el uno al otro para hablar y reír juntos, para acompañarse. Nada les faltaba. Pero llegaron las primeras lluvias y las primeras tormentas y el cielo se llenó de violencia. El bosque tembló, herido por el fuego y el agua, y el hombre y la mujer se sintieron pequeños, se sintieron desnudos, se sintieron humanos. Y su humor se volvió tan negro como el cielo. Algo les faltaba. La mujer y el hombre se miraban, se hablaban, se sonreían, pero no se acariciaban aquellos cuerpos tan pequeños, tan desnudos, tan humanos. El hombre y la mujer conocieron la pena.

Un día llegó el Ser de Sombra a la cabaña del claro del bosque. En la puerta, mirando el cielo negro, estaban el hombre y la mujer.

—Dadme vuestra mano derecha —les dijo.

El hombre y la mujer le tendieron sus manos y el Ser de Sombra los arrastró tras él

dentro de la cabaña. El Ser de Sombra los acostó uno al lado del otro hasta que sus vientres se juntaron. El hombre sintió cómo su deseo se alzaba como una montaña, la mujer sintió cómo su deseo fluía como un río. El Ser de Sombra salió de la cabaña sin que ellos se dieran cuenta. Un rayo iluminó la cabaña, la montaña y el río.

Pronto llegó el tiempo seco y soleado, pero una bruma desconocida no se iba de los ojos de la mujer. Su risa se volvió sonrisa y sus gestos se hicieron cada vez más lentos. Sus senos se endurecieron, sus caderas se redondearon y su vientre se hinchó. El hombre se preocupó. No sabía qué hacer. Corrió a buscar por todas partes a su maestro, el Ser de Sombra. Buscó por los caminos que él mismo había abierto en el bosque, en las oquedades de la tierra y en el alto cielo, pero en ningún lugar lo encontró. Por la noche, cuando el hombre llegó agotado al claro del bosque, allí lo encontró, a la cabecera del lecho de su compañera. Allí también, sobre un montón de hojas, se hallaba un ser muy pequeño, el primer recién nacido.

—Hombre —dijo el Ser de Sombra—, he aquí tu hijo, el primero. He sido la matrona en este primer nacimiento. En el resto ella parirá sola, ya sabe cómo. Pero el próximo habréis de entregármelo. El tercero será vuestro y el cuarto será mío. Y así será siempre con todos vuestros hijos. Sólo podréis quedaros con la mitad, y la otra mitad serán míos. Tal será mi recompensa por todo lo que os he enseñado.

El hombre quiso saber a quién habría de entregar a sus hijos, y le preguntó:

—¿Tú quién eres, Ser Oscuro?

—Yo soy la Muerte —respondió la Sombra.

Pasó el tiempo y a la mujer se le volvió a hinchar el vientre. En cuanto nació el segundo hijo, el hombre lo tomó en brazos. Era una niña. La recién nacida agarró a su padre del dedo con su manita e hizo un gesto que el hombre tomó por una sonrisa. En ese momento, el hombre recordó la promesa hecha a la Muerte. Asustado, temiendo el retorno de la Muerte, el hombre corrió hacia la puerta de la cabaña y la cerró. Luego se aproximó a la mujer y vio cómo lloraba.

—Es mi hija tanto como el primero —dijo la mujer—. No quiero entregársela a la Muerte.

—No se la entregaremos —le respondió el hombre—. La defenderé con mi propia vida.

Y en la oscuridad de la noche, salió a esconder a su segundo vástago en un refugio que había construido al abrigo de una roca, oculto por matorrales. La alimentaban en secreto.

El tiempo pasó, las estaciones se sucedieron, la tierra se llenó de flores y de frutos y la mujer también. Dos hijos más le nacieron. El hombre construyó una chocita en un lugar apartado del bosque adonde no conducía ningún camino. La Muerte de vez en cuando pasaba por el claro del bosque, pero sólo veía jugar allí al primer nacido, así que seguía su camino y nada pedía. Pero un día la Muerte vagaba por el bosque, callada y sola, cuando escuchó gritos y risas que salían de debajo de los matorrales. Se aproximó al lugar de donde salía el jaleo y vio a tres chiquillos jugando a la sombra de una roca. Se sintió infinitamente cansada y triste: la habían engañado.

—Hombre y mujer —gruñó la Muerte—, siempre os quise bien. Os entregué el regalo de

la palabra, de la generación... pero vosotros habéis faltado a nuestro trato. Malditos seáis por vuestro engaño. A partir de hoy, no me llevaré a la mitad de vuestros hijos, me llevaré a todos.

El huerto de la tumba

(seneca)

La hija de la Mujer Celestial se enamoró de una alta y fuerte viña. De su amante viña se quedó embarazada y dio a luz dos hijos muy distintos. El mayor se llamó Mente Buena e hizo feliz a su madre. El menor se llamó Verrugoso y le produjo tanto dolor que le causó la muerte. Mente Buena ayudó a la Mujer Celestial a preparar la tumba de su hija. Y la Mujer Celestial habló entonces a su hija muerta: «Prepárate para recibir a muchos seres allá en lo profundo, porque muchos seguirán tus pasos». Terminado el entierro, Mente Buena regó tiernamente la sepultura de su madre. Pronto aparecieron unos brotes sobre la tumba. De la cabeza de la muerta brotó la planta del tabaco; de sus pechos, el maíz; de su vientre, la calabaza; de sus manos, las habas; y de sus pies, la planta de la patata. De la muerte surgió la vida de las plantas que sustenta la vida de hombres y mujeres.

Quetzalcóalt y los huesos arrebatados al Señor de los muertos

(azteca)

En el principio sólo había agua y cielo. En el agua no había nada y en el cielo estaban los dioses. Los dioses bajaron del cielo a la diosa Tierra, que se puso a caminar por encima del agua. Cuando esto vieron, no les gustó nada la actitud tan ligera de la diosa, que insistía en no quedarse quieta, así que enviaron a dos dioses convertidos en dos grandes serpientes para detener a la Tierra. Las serpientes se enroscaron en su mano derecha y en su pie izquierdo y tiraron de ella tanto que la rompieron por la mitad. La Tierra se quedó quieta, dividida en dos, y por en medio de ella comenzó a discurrir el agua. Y, para compensar a la diosa Tierra por el daño causado, dispusieron que de ella salieran todos los frutos necesarios para la vida. De sus cabellos, salieron los árboles, las flores, las hierbas; de su piel, más flores y más hierbas, pero más pequeñas; de sus ojos, pozos, fuentes y cavernas; de la boca, ríos y profundas simas; de la nariz, montes; de los agujeros de la nariz, valles; y de sus hombros, cordilleras.

Todo estaba ya listo para que el hombre fuese creado. Quetzalcóalt, también llamado Noche y Viento, fue quien creó a los primeros hombres que habitaron sobre la Tierra. Se llamaron Oxomoco y Cipactónal y los dioses les enseñaron, a Oxomoco, la agricultura y, a Cipactónal, el arte del tejido. Luego, hicieron los días y los repartieron en meses, creando el tiempo. Después crearon el reino de los muertos y lo pusieron bajo el dominio del Señor y la Señora del reino de los muertos, marido y mujer, para que juntos reinaran.

Pero hubo un año en que llovió tanto que se cayeron los cielos y las aguas se llevaron a todos los hombres que había, que desaparecieron como hombres y se convirtieron en las diferentes especies de peces que hay hoy. Así que hubo que levantar el cielo y lo apuntalaron, para que no volviese a caerse, cuatro dioses convertidos en árboles, que con las puntas de sus ramas llenaron el cielo de agujeros: son las estrellas que nos alumbran. Después hubo que dar vida a la Tierra, porque se había muerto cuando el cielo cayó sobre ella. Y cuando la Tierra ya tuvo vida, los dioses hicieron fuego con unos palos y decidieron crear de nuevo a los hombres para que habitaran esta nueva tierra. Para ello Quetzalcóalt fue al Inframundo a buscar los huesos sagrados de los primeros hombres y de las primeras mujeres, que el Señor y la Señora del reino de los muertos guardaban.

—He venido a por los huesos preciosos que tú guardas —le dijo Quetzalcóalt al Señor de los muertos.

–¿Qué harás tú con ellos, Quetzalcóalt? –contestó éste.

–Los dioses quieren hacer con ellos de nuevo al hombre y a la mujer, que habiten sobre la tierra.

De nuevo dijo el Señor de los muertos:

–Bien está. Toma mi caracol, hazlo sonar y luego coge los huesos y da cuatro vueltas con ellos en tus brazos alrededor de mi asiento de esmeraldas. Sólo así podrás llevártelos.

Pero Quetzalcóalt se dio cuenta de que el caracol del Señor de los muertos no tenía orificio para soplar. El Señor de los muertos no quería entregarle los huesos sagrados y por ello urdía aquella treta. Quetzalcóalt llamó a los gusanos, que se metieron dentro del caracol y le hicieron agujeros por los que soplar. Luego llamó a las abejas, que también se metieron dentro del caracol y con el aire de sus alas lo hicieron sonar. Cuando el Señor de los muertos lo oyó, se dio cuenta de que no podía negarse a entregarle los huesos puesto que había cumplido la condición puesta, y dijo:

–Está bien, tómalos.

Pero el Señor de los muertos no se los había dado de buen grado y pronto se arrepintió y dijo a sus mensajeros, los moradores del reino de los muertos:

–Id a decirle que tiene que devolverlos.

–No, me los llevo para siempre –respondió Quetzalcóalt, que había oído la orden de aquel Señor.

Y Quetzalcóalt cogió los huesos sagrados: por un lado, cogió los huesos de hombre y, por otro, los huesos de mujer; hizo dos fardos y se los llevó.

Otra vez les dijo el Señor de los muertos a sus mensajeros:

–¿De verdad se ha llevado Quetzalcóalt los huesos sagrados? Id y haced un hoyo en su camino para detenerlo.

Y así lo hicieron. Cayó Quetzalcóalt en el hoyo, se espantaron las codornices y se le cayeron los huesos, esparciéndose por la tierra. Quetzalcóalt se desmayó del golpe y las codornices picotearon los huesos sagrados. Cuando volvió en sí, recogió los huesos pero, como no sabía cuáles eran de hombre y cuáles de mujer, los juntó y se los llevó a la diosa Tamoanchán, y ésta se los dio a Quilaztli, que molió todos los huesos y los echó en una vasija preciosa. Sobre esta vasija Quetzalcóalt hizo sangrar su miembro y con esta masa de huesos de los muertos y de sangre de un dios se formaron hombres y mujeres.

Y es por esto por lo que en cada uno de nosotros hay un poco de hombre y un poco de mujer, y un poco de muerte y un poco de vida.

La muerte del gigante Pan Ku y el origen de la vida

(chino)

Al principio sólo existía el Caos encerrado en un enorme huevo negro. Dentro de este huevo estaban las fuerzas femeninas, oscuras y frías, del Yin, y las masculinas, claras y calientes, del Yang. Y estas fuerzas crearon a Pan Ku, una especie de gigante peludo que dormía dentro del huevo negro. Pan Ku durmió durante 18.000 años hasta que un día despertó, y al estirarse, lo rompió. De los trozos que quedaron del huevo, la parte oscura y pesada se quedó abajo y formó la tierra, y la parte ligera y clara flotó y allá arriba formó el cielo. Pan Ku se quedó en el medio para impedir que las dos partes se unieran. Se decía que cuando estaba contento brillaba el sol, y que cuando estaba enfadado todo se nublaba.

Pero la tierra y el cielo comenzaron a crecer, y crecieron tanto que Pan Ku no podía casi mantenerlos separados, tanta fuerza hacía para que no se juntasen que se agotó y murió. De cada parte de su cuerpo nació todo lo que ahora forma parte de nuestro mundo: su cuerpo y sus miembros se convirtieron en montañas, su aliento se transformó en el viento y las nubes, su voz en el trueno, un ojo se transformó en el Sol y el otro en la Luna. Sus músculos se transformaron en los campos de labranza, sus lágrimas en los ríos y mares, su sangre formó el agua, y sus venas, los caminos. Las estrellas, las formaron su pelo y su barba, y la vegetación salió de su piel. Su médula se transformó en jade y en perlas. Su sudor se transformó en la fina lluvia y el rocío. Los seres humanos nacieron de las pulgas y piojos del gigante Pan Ku. La muerte de un gigante hizo posible la vida.

Kali, la Oscura, diosa de la vida y de la muerte

(indio)

Cuentan que hubo en la India un ejército de demonios comandado por un demonio gigantesco llamado Raktavija. Tan grande era su maldad y su fuerza que osó atacar a los dioses para sumir al mundo en la oscuridad del miedo y en la maldad. Para defender a los dioses, para defender a la vida, Durga (la Gran Madre) tomó la forma de una feroz diosa negra que a nada ni a nadie temía, y a esta diosa la llamó Kali, la Oscura.

—Ve a luchar contra los demonios, hija, destruye a Raktavija, ése es tu cometido.

—Sí, madre.

Kali luchó encarnizadamente contra los demonios y estaba a punto de acabar con ellos cuando su jefe, Raktavija, viendo que su ejército había sido enormemente diezmado, se lanzó a la lucha contra la diosa. La batalla se prolongaba y se prolongaba porque, cuando Kali lo hería, de cada gota de sangre que del gigante caía al suelo, surgían mil demonios tan poderosos como él, amenazando con derrotarla y sumir así el mundo en la oscuridad. Entonces Durga se desdobló en una segunda diosa, a la que llamó Chandi.

—Hija, ve a ayudar a tu hermana.

—Sí, madre.

Y Chandi se aprestó a la lucha al lado de Kali. Mientras Kali se bebía la sangre del gigante para que no cayese al suelo y no se formasen más demonios, Chandi pudo dar muerte al monstruo y a sus huestes. La sangre de Raktavija manchó los ojos de Kali, su cara y uno de sus senos de rojo.

Cuando su victoria sobre los gigantes quedó consumada, ebria por la sangre bebida, bailó de alegría con tanta furia que la tierra tembló bajo su peso. Los dioses le rogaron al dios Shiva que parase la danza de Kali, y Shiva descendió hasta donde Kali estaba.

—Acaba ya tu danza que hace temblar el mundo y asusta a dioses y hombres, diosa ebria.

Pero, a causa de su estado de excitación, Kali ni lo oyó ni lo reconoció, y siguió bailando. Shiva se tumbó entre los muertos para vigilar de cerca sus desmanes de borracha y poder intervenir con rapidez, y ella continuó bailando sobre los cadáveres. Y tanto y tanto bailó que pisó también al gran Shiva, oculto entre los muertos. Cuando se dio cuenta de que bajo sus pies no había un demonio vencido sino un dios vivo, la sorpresa hizo que abriese mucho la boca y, avergonzada por su falta de respeto, sacó la

lengua, y es por ello por lo que se la representa con un pie sobre el pecho de Shiva y con la lengua fuera.

Desde la victoria sobre Raktavija y su ejército de demonios, que evitó que en el mundo reinase la oscuridad y la maldad, Kali es la diosa de la muerte y la destrucción, pero también de la regeneración. Es terrible y sanguinaria, pero con su lucha protege la vida, como una madre. Lleva como adorno un collar con 51 calaveras humanas, que representan las 51 letras del alfabeto sánscrito, la lengua sagrada del conocimiento y la sabiduría. Con sus tres ojos Kali ve pasado, presente y futuro. Sus brillantes dientes blancos simbolizan la pureza, y la lengua roja el principio activo de la naturaleza. Kali es terrorífica y destructora, pero también nos conduce a la libertad, puesto que nos libera de la oscuridad del miedo, sobre todo del miedo a la muerte, porque ella es la Muerte y la Vida.

Perséfone, diosa de la naturaleza, diosa del Inframundo

(griego)

Perséfone, la de los blancos brazos, era hija de Zeus y Deméter. Su madre era la diosa de lo cultivado, quien otorgaba a los humanos abundantes cosechas, pero ella era la diosa de la naturaleza. Su belleza era tal que hasta el propio Hades en el Inframundo escuchó hablar de ella y se enamoró. Un día estaba Perséfone recogiendo flores con otras ninfas cuando Hades apareció por una grieta en el suelo y se la llevó para que fuese su reina en el Inframundo. Ausente la diosa que lo protegía, el ciclo natural se paralizó: nada germinaba, nada crecía sobre la tierra, tampoco lo cultivado. Su desolada madre, Deméter, antorcha en mano, la buscaba por todas partes.

–Tu hija no está ya sobre la superficie de esta tierra que con mis rayos ilumino, ha sido raptada por Hades, el oscuro señor del Inframundo –le dijo Helios, el dios Sol, que allá, en lo más alto del cielo, todo lo ve.

Deméter languidecía de dolor por la pérdida de su hija, y los humanos también porque los campos no germinaban. Zeus, triste también él por la ausencia de la hija, y conmovido por el dolor de Deméter y de los hombres, intervino en el asunto:

–Ve rápido, Hermes, y pide a Hades que me devuelva a mi hija Perséfone.

Hermes se calzó sus sandalias aladas y, volando, descendió al Inframundo.

–Entrégame a Perséfone, oh Hades, en la tierra se la requiere. Si no acude, habrá hambre. Si no me la das de buen grado, Zeus se volverá contra ti.

Hades, viendo que nada podía hacer para retener a Perséfone sin causar un conflicto con los dioses del Olimpo, accedió a entregar a su cautiva amada. Pero antes de entregársela a Hermes, tomó un puñado de granos de la granada y, a escondidas, se los dio a comer a Perséfone.

–Come esto, mi amor, así no tendrás hambre en el camino.

Y Perséfone comió seis granos, aunque hay quien dice que sólo tomó cuatro. Hermes y Perséfone se pusieron en camino y, cuando llegaron a presencia de Deméter y Zeus, la diosa de las cosechas le preguntó a su hija:

–¿No habrás comido nada allá en el reino de Hades?

–Sí, madre, tomé seis granos de la granada, o cuatro...

–Puesto que has comido el alimento del Inframundo, habrás de volver allí tantos

meses como granos hayas tomado. No podrás, pues, permanecer conmigo nada más que seis meses al año; luego, habrás de volver con Hades.

Fue así como Perséfone, la diosa de la vida, se convirtió en la diosa de la muerte, y su nombre no se podía ya pronunciar en voz alta, y por eso se la llamaba «La Doncella».

Cuando Perséfone vive en la tierra todo germina, florece y fructifica; pero, cuando vuelve con Hades, la tierra se convierte en un erial estéril. En el Inframundo es una diosa implacable. Sólo mostró clemencia una vez: con Orfeo, quien tocó una música tan triste que conmovió a La Doncella y ésta le permitió llevarse a su esposa muerta, Eurídice, de vuelta al mundo de los vivos. Pero ésta es otra historia.

La justa

...la muerte siempre presente nos acompaña en nuestras cosas más cotidianas
y al fin nos hace a todos igual.

Blas de Otero

El enamorado y la Muerte

(castellano)

Un sueño soñaba anoche soñito del alma mía,
soñaba con mis amores, que en mis brazos los tenía.
Vi entrar señora tan blanca, muy más que la nieve fría.
—¿Por dónde entraste, amor? ¿Cómo has entrado, mi vida?
Las puertas están cerradas, ventanas y celosías.
—No soy el Amor, amante: la Muerte que Dios te envía.
—¡Ay, Muerte tan rigurosa, déjame vivir un día!
—Un día no puede ser, una hora tienes de vida—.
Muy deprisa se calzaba, más deprisa se vestía;
ya se va para la calle, en donde su amor vivía.
—¡Ábreme la puerta, blanca, ábreme la puerta, niña!
—¿Cómo te podré yo abrir si la ocasión no es venida?
Mi padre no fue al palacio, mi madre no está dormida.
—Si no me abres esta noche, ya no me abrirás, querida;
la Muerte me está buscando, junto a ti vida sería.
—Vete bajo la ventana donde labraba y cosía,
te echaré cordón de seda para que subas arriba,
y si el cordón no alcanzare, mis trenzas añadiría—.
La fina seda se rompe; la muerte que allí venía:
—Vamos, el enamorado, que la hora ya está cumplida.

El Güercu

(asturiano)

Nadie sabe bien cómo es el Güercu, pero se aparece con la figura de un hombre vestido de negro y callado, muy callado, y cuando alguien lo ve: se acabó. A veces se aparece en forma de pájaro negro.

Dicen que una vez se presentó el Güercu en forma humana a un paisano que tenía muchos hijos porque hacía mucho que estaba casado. Y dicen que al Güercu debió de darle pena el paisanín y todos aquellos hijos que se quedaban sin padre, porque se le apareció mientras estaba cavando en la huerta el día antes de que le tocara llevárselo y le dijo:

—Xuan, eres el próximo en mi lista, así que mañana a las doce de la noche voy a venir a por ti, te aviso para que te prepares, que sé que tienes mujer y todos esos hijos, así que te quiero avisar para que no anden diciendo por ahí que no tengo corazón.

Y se fue.

Xuan se quedó frío, terminó lo que estaba haciendo y se volvió a su casa, más muerto que vivo. Cuando vio a su mujer, le contó lo que le había sucedido, y la mujer, toda acelerada, comenzó a dar voces:

—¡Ayyyy! ¡Qué va a ser de nosotros! ¡No puede ser, no puede ser, hay que hacer algo porque esto no puede ser!

—Mujer, ¿qué quieres hacer? Me tocó y me tocó...

—Pues no, de ninguna manera, si el Güercu quiere trabajar, que se vaya a otro lado a buscar a quien llevarse. ¡No puede ser y no puede ser!

—Pero ¿qué vamos a hacer? Estoy en su lista.

—¡Pues ya sé lo que vamos a hacer! Tú eres muy peludo, y encima vas por ahí con esas greñas que metes miedo. Voy a cambiarte tanto que parecerás otro, y así no te conocerá. A ver si nos libramos de ésta.

Conque agarró al hombre, lo bañó bien bañado, le cortó el pelo y le rapó hasta las pestañas, pidió un traje prestado a las vecinas y al día siguiente, a las once de la noche, lo mandó a la taberna. Lo echó de casa tan limpio y repelado que no lo conocía ni la madre que lo parió.

A eso de las once y media llamó el Güercu a la puerta:

—¿Anda Xuan por aquí?

—No, Xuan se fue, no sé dónde estará —contestó la mujer al Güercu.

El Güercu echó a andar y, como no lo encontraba, se fue a la taberna a buscarlo. El tabernero estaba en una esquina del mostrador y Xuan estaba sentado a una mesa, en el rincón más oscuro de la taberna. El Güercu entró y preguntó:

—¿No ha visto por aquí a Xuan de la Quica?

El tabernero, callado.

—No, hoy no lo he visto. Lo vi ayer que se iba del pueblo —contestó Xuan con una voz que apenas le salía de la garganta.

—Pues tengo que encontrarlo —dijo el Güercu, y se marchó.

Xuan respiró. Cuando faltaba un minuto para la medianoche, se abrió la puerta y se oyó que el Güercu decía:

—Bueno, no encuentro a Xuan y no puedo perder el viaje, así que me voy a llevar a ese calvo de ahí que con el traje que lleva nos ahorramos el sudario.

Y se acabó.

Cita en Luz

(hebreo)

El Rey Salomón tenía dos escribas cusitas a su servicio: Elicoreph y Achiyah, hijos de Shisha. Un día Salomón observó que el Ángel de la Muerte estaba triste.

Salomón le preguntó:

–¿Por qué estás triste?

Y él le respondió:

–Porque se me ha pedido que me lleve a los dos cusitas que te sirven.

Salomón ordenó a los demonios que condujesen a los dos escribas, volando sobre los campos, hasta la legendaria ciudad de Luz, donde nadie perece. Pero murieron antes de llegar a las puertas de la ciudad.

Al día siguiente Salomón observó que el Ángel de la Muerte estaba alegre, y le preguntó:

–¿Por qué estás alegre?

Y él respondió:

–Porque has enviado a tus dos escribas al lugar exacto de donde debía llevármelos.

El Ángel de la Muerte y el rey de Israel

(árabe)

Se cuenta de un rey de Israel que fue un tirano. Cierta día, mientras estaba sentado en el trono de su reino, vio que entraba un hombre por la puerta de palacio, parecía un pordiosero. Indignado por su aparición y asustado por su aspecto, el rey se puso en pie de un salto y preguntó:

—¿Quién eres? ¿Quién te ha permitido entrar? ¿Quién te ha mandado venir a mi casa?

—He sido enviado por el Dueño de la casa. A mí no me anuncian los chambelanes ni necesito permiso para presentarme ante reyes, tampoco me asusta la autoridad de los sultanes ni sus numerosos soldados. Yo soy aquel que no respeta a los tiranos. Nadie puede escapar a mi abrazo.

Cuando oyó estas palabras, el rey cayó al suelo, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y quedó sin sentido. Al volver en sí, dijo:

—¡Tú eres el Ángel de la Muerte!

—Sí.

—¡Te ruego que me concedas el aplazamiento de un día tan sólo para que pueda pedir perdón por mis culpas, buscar la absolución de mi Señor y devolver a sus legítimos dueños las riquezas que encierra mi tesoro; así no tendré que pasar por las angustias del juicio ni por el dolor del castigo!

—¡Ay! ¡Ay! No es posible. No puedo yo concederte un día pues los días de tu vida están contados. Tus respiraciones están predeterminadas y registradas.

—¡Concédeme una hora!

—Esa hora que me pides también está en la cuenta. Tus respiraciones han concluido: sólo te queda una.

—¿Quién me acompañará cuando sea llevado a la tumba?

—Únicamente tus obras.

Y el tirano cayó del trono al suelo.

Salomón y Azrael

(persa)

Un hombre, con el rostro pálido y los labios descoloridos, vino muy temprano a presentarse en el palacio del profeta Salomón. Éste le preguntó:

—¿Por qué estás en ese estado?

Y el hombre le respondió:

—Azrael, el Ángel de la Muerte, me ha dirigido una mirada llena de cólera que me ha impresionado. ¡Manda al viento, por favor te lo suplico, que me lleve a la India para poner a salvo mi cuerpo y mi alma!

Salomón mandó, pues, al viento que hiciera lo que pedía el hombre. Y, al día siguiente, el profeta preguntó a Azrael:

—¿Por qué has echado una mirada tan inquietante a ese hombre, que es un fiel? Le has causado tanto miedo que ha abandonado su patria.

Azrael respondió:

—Ha interpretado mal esa mirada. No lo miré con cólera, sino con asombro. Dios, en efecto, me había ordenado que fuese a tomar su vida en la India, y me dije: «¿Cómo podría, a menos que tuviese alas como el viento, trasladarse a la India?». ».

Cuando la Muerte llegó a Bagdad

(árabe)

El discípulo de un sufí de Bagdad estaba un día sentado en un rincón de una posada cuando oyó a dos que hablaban. Por lo que decían, se dio cuenta de que uno de ellos era la Muerte.

–Tengo varias visitas que hacer en esta ciudad durante las próximas tres semanas –le decía la Muerte a su compañero.

Aterrorizado, pensando que una de esas visitas podía ser a él, el discípulo se escondió hasta que ambos hubieron partido. Entonces, usando su inteligencia para resolver el problema de cómo frustrar una posible visita de la Muerte, decidió que, si se mantenía alejado de Bagdad, la Muerte no lo encontraría. En cuanto este razonamiento cruzó por su mente, se apresuró a alquilar el caballo más veloz que encontró y lo espoleó día y noche en dirección a la lejana ciudad de Samarcanda.

Mientras tanto, la Muerte se encontró con el maestro sufí y hablaron sobre diversas personas.

–¿Y dónde está Fulano, tu discípulo? –preguntó la Muerte.

–Debe de estar en algún lugar de esta ciudad empleando su tiempo en la contemplación, quizá en una posada –dijo el maestro.

–¡Qué extraño! –dijo el Ángel–. Se halla en mi lista. Sí, aquí está: tengo que recogerlo dentro de cuatro semanas, nada menos que en Samarcanda.

Lo inevitable

(tibetano)

Cuentan que una mujer pobre se acercó al Buda para pedirle su favor. Su hijo había sido picado por una serpiente, y el veneno, decían los médicos, lo mataría irremediablemente. El Buda, imperturbable, le dijo:

–Mujer, ve al pueblo y pide un grano de mostaza negra en aquella casa donde no haya habido ninguna muerte. Si me lo traes, tu hijo no morirá.

La mujer, desesperada, fue de casa en casa. Pero, ante la pregunta, en todas las casas le respondían lo mismo: que allí había habido una muerte. Así que en ningún sitio pudo conseguir el grano de mostaza negra para llevárselo al Buda.

Cuando regresó ante su presencia, le dijo:

–No he encontrado ni una sola casa en la que no hubiera habido alguna muerte.

El Buda, compasivamente, le dijo:

–¿Te das cuenta? Es inevitable. Todos hemos de morir. Anda, ve ahora mismo al lado de tu hijo y no te separes de él. Cuando muera, entierra su cuerpo.

La amiga

Si no sabes cómo morir, no te preocupes:
la naturaleza te dirá qué hacer cuando llegue el momento.

Michel de Montaigne

El muerto convertido en mosca

(bretón)

Era Yvon Penker un hombre bueno. Su mejor amigo, Per Nicol, vivía en una granja al lado de la suya. Cuando Per cayó gravemente enfermo, hizo llamar enseguida a Yvon Penker.

–Voy a morir –le dijo–, y eres la persona que más quiero en el mundo. Quisiera que estuvieses conmigo hasta el último momento.

Penker respondió:

–No te abandonaré.

Y se instaló a la cabecera del lecho de su amigo.

Hacia la medianoche, Nicol le dijo con voz angustiada:

–Dame la mano.

Cuando Penker colocó la mano sobre la suya, el moribundo falleció. Mientras miraba cómo moría su amigo, con los ojos llenos de lágrimas, Penker vio escapar de la boca yerta de su amigo una mosca. Era una mosca pequeña, de tenues alas, parecida a las libélulas que se ven en verano a las orillas de los ríos. El insecto hundió sus patas en una vasija de leche que había sobre la mesa. Después revoloteó por la habitación y desapareció. Pero Yvon Penker no tardó en verla aparecer de nuevo.

Esta vez la mosca se posó sobre el cadáver, y no sólo permaneció allí inmóvil, sino que permitió incluso que la encerraran en el ataúd con el muerto.

Penker no la volvió a ver hasta que llegaron al cementerio. Al echar las primeras paladas de tierra en la fosa, la mosca salió del ataúd. Penker, el hombre bueno, comprendió entonces que la mosca debía de ser el alma de Per Nicol y decidió seguirla allá donde fuera.

La mosca se dirigió entonces hacia un montículo situado no lejos de la granja en la que Per Nicol había vivido. Allí se posó sobre un espino.

–Mi pobre mosca, ¿qué vienes a hacer aquí? –preguntó Penker–. ¿No serás tú el alma de mi difunto amigo Per Nicol?

–Sí, Yvon, soy el alma de tu amigo muerto, soy Per Nicol.

–Entonces ven conmigo a mi casa. Te pondré en un lugar tranquilo, y podremos conversar de vez en cuando, como en los viejos tiempos.

–No puedo, mi querido Yvon. Debo permanecer en esta granja durante quinientos años, cumpliendo mi penitencia.

–Y dime, ¿por qué te limpiaste las patitas en la vasija de la leche?

–Para presentarme limpio y puro ante el Gran Juez.

–Y después, cuando desapareciste, tras haber revoloteado por toda la habitación, ¿adónde fuiste?

–Revoloteé por toda la casa para despedirme de cada uno de mis muebles. Después desaparecí porque fui a despedirme de mis útiles de trabajo y de los animales que me han ayudado. Y por último, me presenté ante el Gran Juez.

–Pero no tardaste mucho en volver.

–Las almas tienen alas para volar muy rápido.

–¿Y por qué te dejaste enterrar en el ataúd con tu cuerpo?

–Tuve que permanecer allí hasta que el Gran Juez pronunció mi sentencia.

–Me gustaría que te dejara cumplir tu penitencia en mi casa, cerca de mí, durante el tiempo que me quede por vivir. No me resigno a separarme de ti.

–No te aflijas, Yvon Penker, que pronto estaremos juntos.

Tres meses después enterraron a Yvon Penker, el hombre bueno... al lado de Per Nicol. Y dicen que algunas veces se ven revolotear por las dos granjas contiguas dos moscas que siempre van juntas.

La Comadre Sebastiana

(mexicano)

Éste era un hombre pobre que se mantenía trayendo leña del monte para venderla en la ciudad. El día en que podía vender leña, comían él y su familia. El día en que no vendía nada, se quedaban sin comer. Así estuvo viviendo durante mucho tiempo. Pero un día en que tenía mucha hambre, decidió robarle una gallina a su mujer. Se fue al gallinero, sacó una gallina y la mató. Entonces se fue al monte, hizo lumbre y puso la gallina a asar. El leñador estaba preparando la gallina, echándole picante y preparando el caldo cuando, de repente, sintió a alguien arrimándose adonde él estaba, y pensó: «¡Válgame Dios! ¿Es que no me van a dejar comer? No le convidaré a comer».

—¿Cómo le va, amigo? —le dijo el hombre cuando llegó.

—¿Qué húbole, amigo? ¿Quién es usted?

—Pues yo soy el Señor Dios. ¿Qué? ¿No me da de comer?

—No, no le doy de comer a usted, porque usted a los ricos les da mucho y a los pobres no les da nada. No nos trata a todos igual. Así que no le doy de comer.

Se fue el Señor muy triste. Al poco rato el leñador vio venir a otra persona y era María Santísima.

—¿Cómo le va, amigo? —le dijo ella cuando llegó.

—¿Qué húbole, amiga? ¿Quién es usted?

—Pues yo soy María Santísima. ¿Qué? ¿No me da de comer?

—No, no le doy de comer a usted, porque, siendo usted la madre de Jesús, ¿por qué no intercede ante su hijo para que nos haga a todos iguales, o a todos ricos, o a todos pobres? No como ahora, que a unos los hace muy ricos y a otros los hace muy pobres, y yo soy uno de los pobres. No, no la convido a mi gallina.

Cuando se fue María Santísima, al poco rato vio venir a otra persona conduciendo una carreta que volaba por los aires: era la Muerte.

—¿Cómo le va, amigo? —le dijo ella cuando llegó.

—¿Qué húbole, amiga? ¿Quién es usted?

—Yo soy la Muerte. Pero puede llamarme Comadre Sebastiana. ¿Qué? ¿No me da de comer?

—Pues si usted es la Muerte, está muy flaca. A usted sí la convido porque usted hace sus cosas muy bien hechas. Usted no favorece al millonario por rico, ni se ensaña con el

pobre por pobre, trata igual al lindo que al feo, al viejo que al muchacho. A todos, cuando les llega la hora, a todos se los lleva por igual.

Y juntos, la Muerte y el leñador, se comieron la gallina. Cuando acabaron de comer, la Muerte le dijo al leñador que le pidiera lo que quisiera y él dijo:

—Señora, ¿qué quiere que le pida a usted que parece que está en tanta necesidad? Si usted quiere darme algo, deme lo que a usted le nazca.

—Pues voy a darte la gracia de que seas curandero. Pero te voy a advertir una cosa: cuando tú vayas a curar a un enfermo y me veas a la cabecera, no lo cures. Aunque te paguen lo que te paguen, te prometan lo que te prometan, no lo cures. Ya ése no tiene más remedio que morir. Si me ves a los pies, cúralo con agua, tierra o polvo. Se levantará güeno y sano.

Y así fue como el leñador se hizo curandero y estuvo curando a muchos enfermos. Le iba muy bien: curaba con agua y tierra y la gente le pagaba con comidas y otros bienes. El último a quien curó fue a un rey, el más rico que había en todo el mundo. Ahí quebrantó la condición que le había pedido la Muerte. Cuando entró él en la casa donde estaba el rico, encontró a la Muerte a la cabecera de la cama del enfermo. Pero él la empujó hasta que la puso a los pies de la cama y ahí se quedó la Muerte, muy enfadada. Entonces, curó al rey.

Cuando volvía por el camino, le salió la Muerte al curandero:

—Has faltado a la promesa que me hiciste cuando te hice curandero. ¿No te dije que no curaras cuando estuviera a la cabecera?

Y lo metió para un cuarto y le enseñó dos velas, una de las velas ya se iba acabando, y la otra estaba muy larga.

—¿Ves esta vela? Como has faltado a tu promesa, ahora tu vela es la que debería tener el enfermo: la chiquita. Y la del rey al que has salvado por tu codicia es la que antes era tuya: la grande.

En ese momento, la llama de la vela chiquita se apagó, y el alma del curandero fue a unirse con las otras en la carreta de la Comadre Sebastiana, que rueda despacito por toda la eternidad.

La Muerte madrina

(catalán)

Una vez había un hombre que siempre se esforzaba en ser justo. No codiciaba nada que no fuese suyo, y obraba tal como su conciencia le dictaba, sin mirar si perjudicaba al rico y ayudaba al pobre, ni si hacía mal al poderoso y beneficiaba al desvalido. Siempre de todos y de todo decía lo que pensaba, con la mayor justicia, según su criterio.

Y he aquí que este hombre tuvo un hijo y quiso que fuese tan justo como él. Y se puso a pensar cómo podría hacer para que su hijo tuviese el mismo sentido de la justicia que él y le diese a cada uno lo suyo y llamase al pan, pan y al vino, vino. No hacía más que preguntar a unos y a otros qué tenía que hacer para que su hijo fuese como él, y uno le decía una cosa, y otro le decía otra, hasta que encontró a un hombre muy viejo, pero muy sabio, que le dijo que los hijos se parecen a sus padrinos y que, si quería que su hijo fuese justo, tendría que buscarle un padrino que fuese justo.

Las palabras del anciano convencieron al padre, que decidió recorrer el mundo buscando un hombre justo como padrino para su hijo. Y camina que te caminarás, un día se encontró en medio de un bosque al diablo, que, sabiendo que el hombre buscaba un padrino, pensó que había llegado el momento de tener un ahijado y le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A buscar un padrino justo para mi hijo.

—Si tú quieres, yo puedo ser el padrino de tu hijo. Seguro que no encontrarás a nadie más justo que yo.

—¿Y quién es usted si se puede saber?

—El diablo.

—¡Ande, ande, váyase de aquí! Usted, que está siempre tentando a la gente para que peque, ¿se cree justo? Usted ni es justo ni puede ser el padrino de mi hijo.

Y el padre continuó su camino buscando un padrino. Camina que te caminarás, se encontró con un anciano totalmente calvo y tembloroso que le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A buscar un padrino justo para mi hijo.

—Si tú quieres, yo puedo ser el padrino de tu hijo. Seguro que no encontrarás a nadie más justo que yo.

—¿Y quién es usted si se puede saber?

—San Pedro.

—Usted, que es el portero del cielo, ¿se cree justo? Usted, que, cuando llega un alma, todo es ponerle inconvenientes y trabas antes de dejarla entrar, y que, por cosas sin importancia, envía tranquilamente a la gente al infierno, ¿se atreve a decir que es justo? Usted ni es justo ni puede ser el padrino de mi hijo.

Y sin una palabra más, allí lo dejó, plantado, y siguió su camino. Y camina que te caminarás, se encontró con otro hombre con la barba rubia y con cara de buena persona. Como por el camino no iba nadie y hacía mucho rato que caminaban solos, se pararon y se pusieron a charlar:

—¿Adónde vas?

—A buscar un padrino justo para mi hijo.

—Si tú quieres, yo puedo ser el padrino de tu hijo. Seguro que no encontrarás a nadie más justo que yo.

—¿Y quién es usted si se puede saber?

—Me llamo Jesús, y me apellido Dios.

—¿Usted se cree justo? Usted, que a unos les da tantas riquezas que no saben qué hacer con ellas y despilfarran y tiran el dinero, y a otros los hace tan pobres que nunca se pueden dar un capricho. A unos les da salud de sobra, y a otros los hace enfermizos y jamás tienen ni un poco de salud. A unos los hace sabios y los dota con una gran inteligencia, mientras que a otros los hace tan tontos que ni las cosas sencillas alcanzan a entender. Usted crea a los locos, a los tullidos, a los asesinos. Usted permite las enfermedades, las pestes y las guerras. Tanto le cuesta hacer el bien como el mal y, aunque en su mano está evitar las desgracias, los males y las desventuras, no lo hace. Usted ni es justo ni puede ser el padrino de mi hijo.

Y sin una palabra más, allí dejó a Jesús Dios, plantado en medio del camino.

Ya comenzaba a estar cansado de tanto caminar por valles y por montañas buscando un padrino para su hijo sin encontrarlo, y ya pensaba que no lo encontraría cuando vio pasar por el camino a una especie de fantasma con la cara sin nada de carne encima de los huesos, medio envuelto en una sábana y con una guadaña al hombro.

—¿Y quién es usted?

—La Muerte. ¿Y tú quién eres?

—Un padre que va por el mundo buscando un padrino justo.

—No creo que puedas encontrar a nadie más justo que yo. Yo trato igual a ricos que a pobres, a sabios que a tontos, a jóvenes que a viejos, a reyes que a mendigos. Cuando les llega la hora, a todos me los llevo sin contemplaciones ni preferencias.

—Yo no creo que usted sea tan justa como dice, pues a veces se lleva a quien hace falta para sacar adelante a su familia y deja a todos sus hijos en la miseria, y, sin embargo, no se lleva a viejos enfermos que preferirían dejar de sufrir e irse con usted. Pero, de todos los que hasta ahora he encontrado, reconozco que usted es la más justa. Usted será la madrina de mi hijo.

Y celebraron un bautizo por todo lo alto. La Muerte quiso quedar bien y no escatimó

gastos: celebró un gran banquete donde se tiraron confites a carretadas. La Muerte estaba muy contenta de ser madrina porque nunca nadie la había tratado con cariño; siempre huían todos de su lado, pero ahora que veía que la gente la trataba con respeto porque era la madrina, estaba encantada.

Acabada la fiesta, la Muerte le dijo al hombre justo:

—Compadre, me tengo que ir, pues tengo muchas obligaciones que he descuidado con el bautizo. Estoy muy contenta por lo bien que me habéis tratado y os prometo que, cada poco, vendré a ver cómo sigue mi ahijado. Cumpliré con mis obligaciones de madrina: le pagaré los primeros zapatos que calce, la palma del Día de Ramos y, cada año, le traeré la mona de chocolate más grande de la confitería; y a menudo lo vendré a ver porque, aunque sea la Muerte, tan maldita y tan aborrecida, también a mí me gustará oír cómo me llama «madrina».

Dicho esto, se marchó a seguir con su trabajo: a llevar disgustos y malos ratos a las casas. De vez en cuando iba a ver cómo crecía su ahijado, y le acariciaba con sus dedos largos y secos, que crujían cuando los movía. Pero el niño nunca lloraba porque ya estaba acostumbrado, sino que reía y a la Muerte se le caía la baba con su ahijado. De tanto visitar a su ahijado, la Muerte se hizo amiga del padre y un día le dijo:

—Es una pena que sigas siendo tan pobre, porque a mí me gustaría que mi ahijado tuviese de todo. Mira, hazte médico. No hace falta que sepas nada de las enfermedades, pues poco saben los médicos de ellas. Cuando te llamen para que visites a un enfermo, si me ves a los pies de la cama, es señal de que el enfermo no se va a morir, así que le darás una infusión de unas hierbas que yo te proporcionaré y el enfermo, tenga la enfermedad que tenga, se curará. Si el enfermo tiene una enfermedad mortal, entonces nada conseguirá evitarle lo que le espera. En ese caso, me verás a la cabecera de la cama y con los dedos de mi mano derecha señalaré los días de vida que le queden al pobre enfermo.

Y dicho y hecho, aquel padre se hizo médico. Como nunca se equivocaba en los diagnósticos que daba, lo llamaban de todas partes y, en poco tiempo, consiguió una gran fortuna y mucha fama.

Hete aquí que un día lo llamaron para que visitase al rey, que estaba muy enfermo, y le ofrecían tres sacos llenos de monedas de oro si lo curaba. Pero, cuando llegó junto al lecho del rey, vio a la Muerte a la cabecera de la cama que le mostraba tres dedos de su mano, indicando que al rey sólo le quedaban tres días de vida. El médico comprendió lo que quería decirle, pero los tres sacos llenos de monedas de oro lo tentaban.

—El rey está enfermo porque la cama donde yace está mal orientada. Si le dan la vuelta a la cama, el enfermo se curará —explicó a los que allí se hallaban—. Pero para que el rey se restablezca antes, deberá tomar esta infusión de hierbas que aquí traigo.

Y los criados le dieron la vuelta a la cama y la Muerte quedó a los pies, y ya no pudo llevárselo. Así que se enfadó muchísimo y juró que le haría pagar cara la traición. Cuando la Muerte fue a visitar a su ahijado y le pidió explicaciones al médico, éste se

disculpó diciéndole que no la había visto. La Muerte, dándose cuenta de que la avaricia se había apoderado del corazón del médico, le dijo:

—Hace mucho que nos conocemos y siempre vengo yo a verte a tu casa, pero tú nunca has venido a la mía. Te invito a que te vengas ahora conmigo, si te apetece.

El médico sintió curiosidad por ver la casa de la Muerte y, sobre todo, por saber dónde estaba y cómo vivía, y enseguida aceptó la invitación. Empezó el camino a través de bosques y montañas, por caminos y senderos, subidas y bajadas, ríos y riberas, costas y rocas, siempre por lugares por donde era muy fácil perderse y muy difíciles de recordar y de transitar, y el médico no paraba de decir:

—Este camino es muy intrincado, no sé si podré encontrar el de vuelta.

Y la Muerte siempre le contestaba:

—No te preocupes por la vuelta.

Por fin llegaron a la casa de la Muerte: un palacio inmensamente grande, tanto que la vista no bastaba para abarcarlo todo. Entraron y encontraron salas y más salas, tan grandes que la vista se perdía en ellas. El médico pensaba ver la cama y la mesa donde la Muerte dormía y comía y todas las otras cosas que suele haber en las casas, pero no encontró nada de eso. Sólo había lámparas y lámparas de aceite encendidas que daban una claridad fúnebre, triste, siniestra. Y la Muerte caminaba en medio de aquel inmenso océano de lámparas, sin equivocarse de camino ni tirarlas, sin siquiera rozarlas. Todas eran iguales. Aunque había algunas llenas de aceite que daban mucha luz y otras casi sin aceite, medio apagadas, mortecinas. El médico sintió curiosidad y le preguntó a la Muerte qué eran todas aquellas lámparas, y ésta le respondió:

—Aquí hay tantas lámparas como personas hay en el mundo. Cada lámpara corresponde a una persona. Mientras la lámpara arde, la persona está viva. Si la lámpara arde bien y da una luz clara, la persona está sana. Pero si la llama parpadea y la luz que da es mortecina, la persona está enferma. Mientras dura el aceite de la lámpara y, por tanto, la lámpara arde, la persona vive. Pero en cuanto el aceite se acaba, entonces muere la persona a la que pertenecía la lámpara.

El médico se quedó asombrado y sintió curiosidad por ver la cantidad de aceite de las lámparas que encontraba a su paso. Cuando encontraba una muy llena, decía:

—A ésta sí que le quedan años de vida.

Y cuando encontraba otra casi vacía, no podía dejar de decir:

—Esta pobre sí que la ha hecho buena.

Cuando encontró una tan llena que casi rebosaba el aceite, enseguida le preguntó a la Muerte:

—¿De quién es esta lámpara tan llena?

Y la Muerte le contestó:

—Ésta es la de tu hijo.

—Tiene una larga vida por delante.

Mas, al lado de ésta, vio una lámpara casi sin una gota de aceite y, con tono burlón, le

dijo a la Muerte:

—Ésta estará pronto llamando a las puertas del cielo.

Y la Muerte le contestó:

—Pues mírala bien porque es la tuya. Cuando decidiste prolongar la vida del rey, aunque yo te indiqué con mis dedos que sólo le quedaban tres días de vida, tuve que coger aceite de otra lámpara para prolongar su vida. ¿Y de quién iba a coger el aceite sino de tu lámpara?, puesto que tú habías decidido que viviera más.

—Pero... ahora que soy rico y puedo vivir bien, no puedo morir. Además tengo que educar a mi hijo para que sea muy justo. Anda, quita un poco de aceite de cualquier otra lámpara, de cualquiera de esas que están tan llenas, quita un poco de la de mi hijo, que le va a dar lo mismo vivir un poco menos con tanta vida como le queda.

La Muerte le contestó:

—¿A ti te parece justo eso que me pides: acortar la vida de tu hijo para alargar la tuya? Recuerda que me escogiste como madrina porque era la más justa.

Y mientras esto decía, se acabó el aceite de la lámpara y el médico cayó muerto. Nada extraño cuando uno va a la casa de la Muerte.

Los avisos de la Muerte

(gallego)

Un joven se encontró en un camino con la Muerte y, caminando juntos, se hicieron muy amigos. Y en nombre de esa amistad, el joven le pidió un favor a la Muerte: que, para poder disfrutar de la vida con mayor tranquilidad, le avisase con tiempo de que su hora final se aproximaba. La Muerte le prometió que así lo haría.

Pasaron muchos años. El joven se hizo viejo sin que la Muerte apareciese a anunciarle su final. Pero un día la Muerte se presentó de pronto, diciéndole que venía a por él. El hombre, muy asustado, protestó porque eso no era lo que habían acordado. La Muerte le había prometido que le avisaría con tiempo y no le parecía bien que viniera a llevárselo sin previo aviso.

—¿Se te puso el pelo blanco? —preguntó la Muerte.

—Sí se me puso blanco, sí —respondió el viejo.

—¿Se te cayeron los dientes?

—Sí se me cayeron, sí.

—¿Se te cansaron las piernas?

—Sí se me cansaron, sí.

—¿Perdiste las fuerzas?

—Sí las perdí, sí.

—¿Y te parecen pocos avisos? —dijo la Muerte en la hora final.

La enamorada

Si he de morir,
sentiré la oscuridad como una novia
y la estrecharé entre mis brazos.

William Shakespeare

La Muerte amante

(transilvano)

Había una vez una hermosa joven que no tenía ni marido, ni padre, ni madre, ni hermanos, ni ningún otro familiar: todos habían muerto. Vivía sola en una cabaña en un extremo del pueblo y nadie venía a verla, ni ella iba nunca a ver a nadie. Una tarde, un caminante llegó hasta su casa, llamó a la puerta y, cuando ella abrió, le dijo:

–Soy un viajero que viene de tierras lejanas. Quisiera descansar aquí, pues estoy tan cansado que no puedo ir más lejos.

–Quédate aquí; yo te daré un colchón donde dormir y también, si quieres, algo de comer y beber –repuso la joven.

El cansado caminante enseguida se acostó en el colchón y dijo:

–Por fin puedo volver a dormir. Ha pasado mucho tiempo desde que dormí por última vez.

–¿Cuánto tiempo? –preguntó la muchacha.

–Querida doncella, yo no duermo más que una semana cada mil años –respondió él.

La muchacha se rió.

–No te creo, te estás burlando de mí. Nadie puede vivir sin dormir.

Pero el viajero ya estaba profundamente dormido. Al día siguiente por la mañana se levantó y, dirigiéndose a la joven, dijo:

–Eres una muchacha buena y bella. Tu generosidad me ha conmovido. Si quieres, me quedaré aquí una semana entera.

Ella consintió feliz, pues se había enamorado ya del caminante. Pero una noche, mientras dormían, ella se despertó sobresaltada y exclamó:

–Querido compañero, he tenido un sueño horrible. Soñaba que te volvías todo frío y pálido, y que viajábamos en un hermoso carro tirado por seis pájaros blancos. Tú hiciste sonar un potente cuerno y una enorme multitud de muertos salió a nuestro encuentro y se unió a nosotros aclamándote como rey.

Inmediatamente él se incorporó y dijo:

–Querida mía, debo irme, pues ni una sola alma ha muerto en el mundo durante todo este tiempo. Debo partir, déjame.

Pero la muchacha se echó a llorar mientras suplicaba:

–No te vayas, quédate conmigo.

–Debo irme –aseguró él–. Dios te guarde.

Pero cuando él tomó su mano para despedirse, ella le dijo:

–Dime al menos, querido compañero, quién eres.

–En vano me preguntas. No te diré quién soy –dijo el caminante–. El que sabe mi nombre muere.

La chica siguió llorando:

–Sufriré cualquier cosa, no me importa, pero dime quién eres.

–Soy la Muerte. Ven.

Y abrazó a la muchacha. Ella sintió un profundo estremecimiento y con él se fue.

La mujer esqueleto

(inuit)

Hubo una vez entre los inuits que habitan el Ártico un matrimonio de viejos que tenían una hija. Y esta hija no quería casarse. Había rechazado a todos los cazadores que habían llegado incluso de muy lejos para tomarla como esposa.

Un día llegaron a su iglú dos hermanos a pedir a la joven. Eran muy fuertes y tenían el cabello blanco por la nieve. La chica no supo bien por qué, pero se sintió muy atraída por los dos. Consentiría en casarse si era con aquellos dos hombres. Los hombres se miraron, miraron al padre y a la madre, que allí estaban presentes, y como nadie pronunciase la palabra que pone fin a todo capricho, «No», los dos hombres salieron del iglú llevándose a la joven.

En cuanto estuvieron fuera, los dos hombres se vistieron con las blancas pieles que habían dejado a la entrada del iglú, y la mujer pudo ver que se había casado con dos osos blancos. La mujer caminaba penosamente detrás de ellos, mientras los osos blancos avanzaban a grandes pasos clavando las uñas de sus patas sobre el hielo. Cuando estuvieron lejos del poblado, los osos blancos se detuvieron y uno de ellos, con un fuerte zarpazo, abrió un boquete en el hielo. Luego obligaron a la mujer a sumergirse en el agua helada y a seguirlos. Ella se hundió en el agua y comenzó a dar manotazos intentando subir a la superficie y sacar la cabeza para respirar por aquel boquete que ya se cerraba. Alcanzó en su desesperación a ver a los dos osos blancos que desaparecían allá a lo lejos por otro boquete. Intentó llegar a la abertura por donde habían salido del agua sus dos maridos, pero fue en vano. Abandonada, comenzó a caer, a caer, a caer hacia las profundidades heladas. Los peces comenzaron a rodearla arrancándole la carne de su cuerpo ahogado hasta que la dejaron, sólo huesos, convertida en una mujer esqueleto. Con sus pies de hueso comenzó a caminar por el fondo marino, y caminó y caminó hasta que vio una claridad allá arriba. Ascendió impulsándose con sus manos de hueso hasta llegar a la superficie. Sí, allí había una capa muy fina de hielo que no le costó romper con sus dedos de hueso y así salir a la superficie. A la orilla del orificio amontonó con sus manos de hueso toda la nieve que pudo y se construyó un iglú y una pequeña plataforma para almacenar comida, tal como había visto hacer a su padre. «No tengo nada caliente en que dormir, necesito pieles», pensó mientras se quedaba dormida.

Cuando se despertó, la mujer esqueleto se quedó muy sorprendida: enfrente de su iglú había un caribú recién muerto. ¡Sus deseos se habían cumplido! Le quitó la piel al caribú

para hacerse un lecho y cortó la carne para almacenarla en la plataforma. Desde entonces todas las noches se dormía pensando en lo que necesitaba, y cuando despertaba, allí estaba, enfrente de su iglú, su necesidad satisfecha. Todo cuanto deseó le fue otorgado, excepto lo que más deseaba: su propia carne.

Un día la mujer vio a un grupo de cazadores que se dirigían al hielo del mar a cazar focas. Hacía tiempo que no veía a ningún ser humano y la mujer esqueleto echaba de menos a la gente, así que corrió hacia ellos. Pero en cuanto los cazadores la tuvieron cerca, huyeron asustados por aquel esqueleto que los perseguía. Quizá fuera la mismísima Muerte que les salía al encuentro. No se quedarían ellos allí para que les diese alcance y se los llevase. La mujer esqueleto vio cómo se alejaban, las lágrimas cayeron de sus cuencas vacías.

Los cazadores volvieron a su iglú con miedo y sin caza. Allí los aguardaba su padre, tan viejo que ya no tenía fuerzas para salir con los cazadores.

—Padre, hemos visto a la Muerte.

Y el viejo, que no temía a la muerte, les contestó:

—Mañana iré yo a verla, quizá sea a mí a quien esté buscando.

Y a la mañana siguiente, el viejo que no temía a la muerte se puso en camino para ir a visitar a la mujer esqueleto. No tuvo que buscarla mucho, porque justo donde le dijeron sus hijos que se habían encontrado con ella, halló el iglú y a la mujer esqueleto sentada a la entrada. La mujer esperó a que el viejo que no temía a la muerte se aproximase y luego lo invitó a entrar en su iglú. Dentro ardía el fuego mortecino de dos lámparas de grasa de foca. Sin decirse una palabra, comieron y luego juntos se acostaron sobre la piel de caribú.

Por la mañana, la mujer esqueleto le habló al viejo que no temía a la muerte:

—Hazme un tambor —le dijo—. Un tambor pequeño.

Y el viejo cortó un trozo de la piel de caribú en la que habían yacido, la curtió y la tensó sobre un bastidor de madera. Luego se lo entregó a la mujer esqueleto.

Ella tomó el tambor, apagó las dos lámparas y comenzó a bailar mientras tocaba el tambor y murmuraba unas palabras que ni siquiera ella entendía. El sonido del tambor y de las palabras llenó el iglú. Cuando acabó de tocar, volvió a encender las lámparas y la mujer esqueleto vio sus huesos recubiertos de carne y piel, y el viejo que no temía a la muerte también había recuperado sus músculos y su piel tersa. Y juntos, carne contra carne, volvieron a acostarse sobre la piel de caribú.

La niña de la calavera

(araucano)

Un cacique muy poderoso tenía una hija muy bonita. Rico era el cacique. Tenía buena ruca y mandaba a muchos mocetones. Un día se fue a una fiesta el cacique y allí conoció a una mujer, la trajo a su ruca y se casó con ella. Mucha pena tuvo la hija del cacique porque pronto supo que la mujer de su padre era mala, pero nada dijo.

La hija se hizo novia de un mocetón muy hermoso y la mala mujer le tuvo mucha envidia porque su marido, el cacique, era viejo y tuerto, y el mocetón era muy mocetón. La mala mujer intentó impedir que la hija se casase y le habló mal al mocetón de ella, pero nada consiguió. Tanta rabia le dio a la mala mujer el desprecio del joven y tanta envidia le tuvo a la niña bonita que quiso vengarse. Se fue a ver a una machi, a una bruja, y le dio plata, y ésta le dio una pomada.

—Unta la cara de la niña bonita con esta untura y quedará como la de una calavera. Está hecha con la médula de los huesos de un muerto que he desenterrado. Con esa cara ni el mocetón ni nadie se casará con ella.

La machi olvidó decir que la pomada deshacía la carne de todo lo que tocaba y que todo lo transformaba en hueso. La mala mujer se volvió a su ruca a esperar el día del casamiento.

La noche antes del casamiento la mala mujer entró a escondidas en la habitación de la niña bonita y le untó la cara mientras dormía. La cara de la niña bonita se quedó sin carne y se le volvió puro esqueleto. La mano de la mujer mala también. La niña bonita no sintió nada y siguió durmiendo. Al amanecer llegaron todos los mocetones y los convidados y las niñas de la reducción llamaron a la novia: salió ella avergonzada de haber dormido tanto y, apenas apareció en la puerta de la ruca, todos los que la vieron arrancaron asustados. Ella, que no sabía lo que le pasaba, se asustó también y salió corriendo detrás de la gente. Pero cuanto más corría ella, más corría la gente. El mocetón, el primero. Hasta que llegó el padre y al ver que su hija tenía la cabeza de una calavera, empezó a temblar retrocediendo. Entonces salió la mala mujer y empezó a dar gritos y a lamentarse, haciéndose la que lloraba, y se llevaba las manos a la cara. Pero entonces el cacique y todos pudieron ver que una de las manos de la mala mujer era de esqueleto.

Supo el cacique que algo extraordinario había sucedido, y entrando en la ruca buscó algo extraño y encontró una concha con pomada. Salió furioso el cacique y, agarrando a

la mala mujer, le acercó la concha con la untura a la cara. La mala mujer confesó todo lo que le había hecho por envidia a la niña bonita.

El cacique fue con la niña que antes era bonita a ver a un machi que vivía en la montaña para que le devolviese su cara de carne y piel, pero el machi no pudo hacer nada porque no sabía cómo se había hecho la pomada. Entonces se fue a consultar a la machi que había dado la untura.

—La niña tendrá otra vez su carne y su piel y volverá a ser bonita cuando junte todos los huesos del cadáver que he utilizado para hacer la untura. Pero no será tarea fácil porque he tirado los huesos del cadáver en el río para que no se descubriese la fechoría y la corriente se los habrá llevado.

Plata le dieron a la machi, y a la mala mujer aquel ungüento en todo su cuerpo para que sintiese en su propio cuerpo todo el mal que había causado.

Se fue de la reducción la hija del cacique porque no quería quedarse con la gente que la miraba horrorizada y se dirigió tierra adentro. Se alimentaba de hongos, de bromelias y de lo que podía encontrar. Nunca mató un pajarito ni se comió sus huevos porque de todos sentía lástima.

Después de andar mucho, llegó a la orilla de un río y se sentó muy cansada. Estaba mirando las aguas que mojaban sus pies cuando vio a una hormiga que se había caído al agua y se estaba ahogando. Sintió tanta lástima que le tiró una brizna de hierba para que le sirviera de ayuda. La hormiga se trepó encima de la hierbita y la niña la sacó del agua y la puso al sol. Alas tenía la hormiga y se voló en cuanto se secó. Pero al volarse gritó:

—Escarba, escarba.

Escarbó la niña y encontró enterrados en el barro a la orilla del río huesos humanos, que ella recogió.

Más días caminó la niña y otra vez se encontró un río, y otra vez se acercó para beber porque tenía mucha sed. Entonces vio a un sapito que se había enredado en las plantas, de manera que no podía salir, y vio una culebra grande que venía a comerse al sapito. Una gran piedra tomó la niña y la tiró tan bien que aplastó la cabeza de la culebra. Agarró al sapito y lo desenredó de las plantas, y el sapo saltó al río gritando:

—Escarba, escarba.

Y la niña escarbó y encontró más huesos humanos que ella recogió y juntó con los que ya tenía. Cargada con los huesos, caminó todavía más la niña y encontró una laguna grande a la que venían a desembocar todos los ríos que por allí había. En la laguna, vio un venadito tendido a la orilla con varias flechas clavadas en su cuerpo, del que salía mucha sangre. Se acercó la niña y suavemente arrancó las flechas y lavó las heridas del venadito, que la miraba agradecido. Cuando se fue, el venadito le gritó:

—Escarba, escarba.

Otra vez escarbó la indiecita y encontró más huesos. Todos los juntó la niña que había sido bonita y vio que sólo faltaba la cabeza para que fuera el cuerpo completo de un hombre. La niña cargó con los huesos y caminó. De repente vio a un león muy grande

que se acercaba rugiendo y cojeando. Ella no le tuvo miedo, porque poco le importaba morir. Se acercó al león y éste levantó la pata y se la mostró. La niña vio entonces que en la pata del león había una gruesa espina clavada y se la quitó con los dientes porque con los dedos no tuvo bastante fuerza. Le lamió la cara el león, y la niña lloró de alegría porque el león no se había horrorizado de su cara de calavera. Siguió al león a su cueva y allí se sentó a descansar. Tenía sed y el león le trajo agua en una calavera que estaba llena de agua de lluvia. Entonces la indiecita pensó que bien podía ser ésta la cabeza que faltaba. Juntó todos los huesos y volvió a formar el cuerpo con ellos. Puso la cabeza y quedaba perfectamente. Al arreglar los huesos se clavó en un dedo, y una gota de sangre caliente cayó sobre la cabeza del muerto. Al instante todos los huesos se soldaron. La piel volvió a cubrir el esqueleto, que se animó y resucitó. Era el cadáver de un joven cacique muy poderoso. Abrazó a la niña y ella fue como antes, una niña bonita. Y se casó con el muerto resucitado y vivieron felices con el león, que nunca se apartó de ellos.

La burlada

Dicen que la muerte anda tras mis huesos, si es así la espero
pa' darle sus besos.
Y si no me alcanza la muy condenada,
me paro un ratito
pa' verla enojada.

Rockdrigo González

¿Por qué la Muerte es invisible?

(nepalí)

Hubo una vez un anciano que vivía en un pueblo con su mujer y sus dos hijos ya crecidos. El anciano buscó esposas para sus hijos esperando que sus nueras cuidaran de él y de su mujer, pero en cuanto se casaron se fueron a vivir a otro lugar.

Esto le partió el corazón a la mujer del anciano, que murió poco después de la boda de sus hijos. Durante algún tiempo el anciano vivió lo mejor que pudo con sus pocos ahorros, pero cuando se le acabaron se vio obligado a trabajar. Tuvo que ir al bosque a cortar leña para venderla en el mercado. Era un trabajo muy duro para un hombre tan viejo como él, pero no había más remedio.

Un día, el anciano fue al bosque a cortar las ramas de un árbol seco. Volvía con el cesto tan cargado que iba doblado por el peso de la leña y caminaba muy despacio por el bosque. No era tan fuerte como cuando era joven, así que tenía que pararse cada poco a descansar. En una de estas paradas, se lió un cigarro y se puso a pensar en su esposa muerta, sus desalmados hijos y la mala vejez que estaba teniendo. Era demasiado para él. El anciano, maldiciendo su destino, gritó:

—¿Por qué no viene la Muerte y me lleva?

Y sucedió que la Muerte andaba por allí cerca y escuchó el desesperado deseo del anciano. Se acercó y le preguntó:

—¿Por qué me llamas?

El anciano se quedó estupefacto.

—¿Y tú quién eres?

—Soy la Muerte. ¿No es a mí a quien llamabas? —le respondió ésta.

El anciano pensó que se estaba volviendo loco y miró a la Muerte, desconfiado.

—¿Acaso lo dudas? Te lo demostraré. ¿Ves aquella mujer en el río? Va a morir.

Y en cuanto la Muerte acabó de decir esto, la mujer se desvaneció, cayó en el agua y desapareció. El anciano pensó que seguro que se estaba dando un baño y que pronto saldría a la superficie, pero pocos minutos más tarde su cuerpo sin vida salió a flote en la superficie del río. El anciano sintió miedo porque en ese momento se dio cuenta de que lo que había deseado se cumplía. Aquel ser que tenía ante él era la mismísima Muerte. El anciano comenzó a excusarse ante la muerte:

—Verás, no lo decía en serio.

—No temas, a nadie me llevo antes de que le llegue la hora.

—¿Y cuándo será mi hora? —preguntó el anciano, que no tenía ganas de seguir discutiendo con la Muerte.

—Te quedan cinco años —le respondió la Muerte, y desapareció.

El anciano supo que le quedaban sólo cinco años de vida, y el deseo de seguir viviendo se apoderó de él. Se fue a lo más profundo del bosque y allí encontró un árbol centenario. Comenzó a excavar debajo del árbol y construyó un laberinto, y al fin del laberinto excavó siete habitaciones que conducían la una a la otra, la última tenía una gruesa puerta hecha con algunas de las ramas del árbol centenario. Cuando pasaron los cinco años, la Muerte llegó y lo encontró sentado al pie del árbol.

—Tu hora ha llegado —dijo la Muerte al anciano.

—Iré contigo —le respondió el anciano—. Pero antes me gustaría mostrarte lo que he hecho en estos cinco años.

La Muerte asintió y acompañó al anciano. El anciano llevó a la Muerte a través del laberinto y, cuando llegó al final, la hizo pasar de habitación en habitación, y en la más recóndita la encerró. Luego salió afuera cerrando todas las habitaciones según salía.

Con la Muerte encerrada en el laberinto del anciano, nadie en la tierra se moría. La población aumentó tanto que la comida comenzó a escasear. La gente se hacía cada vez más vieja, se volvía decrepita y vivía sufriendo achaques, pero nadie se moría. El ciclo de la creación había sido gravemente alterado y el equilibrio se había roto. Los dioses se preocuparon y fueron a ver a Visnú. El dios que todo lo ve supo exactamente dónde estaba la Muerte. Se disfrazó de hombre común y bajó a la tierra. Fue a ver al anciano, que estaba todavía sentado al pie del árbol, inimaginablemente viejo, débil y decrepito. Sus ojos cansados miraron a Visnú y allí el dios vio todo el sufrimiento que su vida le causaba.

—¿Todavía deseas vivir? —le preguntó Visnú al anciano.

—No —dijo el hombre con gran esfuerzo—. Si pudiese tenerme en pie y caminar unos pasos, ya habría ido a liberar a la Muerte.

—Si te doy bastante fuerza para liberar a la Muerte, ¿lo harás?

Por primera vez Visnú vio que los ojos del anciano se iluminaban. El dios le dio fuerza para ponerse en pie y caminar. El anciano sacó unas viejas llaves herrumbrosas de entre sus ropajes y condujo a Visnú por el laberinto. Por fin, después de haber traspasado las siete habitaciones, llegaron a la séptima, donde estaba encerrada la Muerte, y al abrir la puerta allí la vieron, durmiendo en la tierra. El anciano miró a la Muerte a los ojos y con un gesto de profunda paz en el rostro, cayó al suelo y murió. La Muerte presentaba un aspecto lamentable: débil y pálida, tenía el pelo y el cuerpo sucios y sus ropajes se habían convertido en un montón de harapos.

—Estoy harta, oh Visnú, de que los hombres me teman, huyan de mí y me tiendan trampas. Te pido que busques a otro que se lleve las almas de los hombres —le dijo la Muerte.

—No puedo concederte eso que me pides. El ciclo de la creación sólo puede continuar

si la Muerte renueva la vida. Pero puedo hacer que tu trabajo sea más fácil. Si los hombres no pueden verte, no podrán tenderte trampas.

Y es por eso por lo que desde entonces la Muerte es invisible.

Mono y los Jueces de la Muerte

(chino)

Un día el Mono, después de haber dado un gran banquete a los reyes de las fieras de las cercanías, los despidió dándoles regalos. Luego, se echó a dormir bajo un pino junto al puente. Entonces vio venir hacia él a dos guardias que traían un documento en el cual estaba escrito su nombre y que, sin darle tiempo a decir palabra, le ataron y se lo llevaron hasta las afueras de la ciudad amurallada. Cuando llegaron, se fijó en que en los muros de la ciudad había un cartel de hierro que decía: «Tierra de las Tinieblas».

—¡Vaya! —dijo el Mono temblando porque comprendió dónde estaba—. Aquí es donde vive Yama, el rey de la Muerte. ¿Cómo es que he venido a parar aquí?

—Se ha concluido tu estancia en el Mundo de la Luz —le dijeron los que le conducían—, y hemos sido enviados para traerte hasta aquí.

—No podéis traerme aquí: soy inmortal y no puedo morir.

Pero los guardias, sin hacerle caso, seguían arrastrándole. Entonces el Mono, furioso, cogió una aguja que llevaba encima de la oreja, la convirtió en un barrote metálico de tamaño formidable y golpeó a los guardias hasta que huyeron. Después, blandiendo su barrote, entró en la ciudad. Demonios con cara de toro y otros con cara de caballo huían aterrorizados ante él y corrían al palacio de Yama para anunciar que un dios de las Tormentas que traía en la mano un rayo venía a atacarlos.

Consternados, los diez Jueces de la Muerte se engalanaron para salir a su encuentro. Al ver el feroz aspecto del Mono, le preguntaron en alta voz:

—¿Tendréis la amabilidad de decirnos vuestro nombre?

—Si no sabéis quién soy yo, ¿por qué enviáis dos guardias para arrestarme?

—¿Cómo nos podéis acusar de tal cosa? —dijeron ellos—. Seguramente nuestros emisarios se han equivocado.

—Mi nombre es Mono —dijo el Mono—. ¿Y vosotros? ¿Quiénes sois?

—Somos los diez Jueces de la Muerte.

—En tal caso, sois los que os debéis ocupar de los premios y castigos, y no debéis dejar que sucedan estas cosas. Deberíais saber que por mis prácticas he logrado la inmortalidad y ya no estoy sujeto a vuestra ley.

—No os enfadéis —dijeron—. Sin duda se trata de una equivocación. El mundo es muy grande y a veces sucede que hay dos personas que tienen el mismo nombre.

—Tonterías —dijo el Mono—. Traed los registros de los vivos y de los muertos y

saldremos de dudas.

—Pues tened la bondad de venir por aquí —le dijeron, conduciéndole a una gran estancia donde encomendaron al oficial encargado del registro que trajera los libros.

El oficial entró en una habitación contigua, de donde salió con cinco o seis gruesos libros. Luego los abrió uno a uno y con su dedo comenzó a recorrer las columnas de nombres escritos en el libro. Concluyó el primero y no había encontrado ningún Mono. Abrió el segundo y procedió de la misma manera, sirviéndose de su dedo a modo de guía. En el segundo volumen encontró el nombre del Mono y, muy ufano, se lo mostró a los Jueces de la Muerte y al Mono.

Cuando el Mono vio escrito el término de su vida, dando un salto, le arrebató el libro al oficial y comenzó a gritar:

—Mi vida no tiene término. Soy inmortal. Voy a borrar mi nombre. ¡Un pincel!

El oficial se apresuró a ofrecerle uno empapado en tinta, y el Mono borró con un trazo no sólo su nombre, sino el de los otros monos que en aquella lista estaban. Entonces, tirando el libro, concluyó:

—Se acabó. Ahora no podréis enviar nunca a buscarme —y, diciendo esto, recogió su barrote y se abrió paso fuera del palacio. El Mono salió corriendo de la ciudad mirando hacia atrás para ver si lo perseguían. Y tan apresurado iba que tropezó y cayó, y en la caída se despertó. ¡Todo había sido un sueño!

—Rey Mono —dijeron sus súbditos—, tanto debiste comer ayer que os habéis quedado aquí dormido toda la noche.

—Soñaba que dos guardias venían a arrestarme —explicó, y les contó el sueño—. He borrado vuestros nombres del registro, así no vendrán a buscaros.

Los monos se inclinaron y le dieron las gracias. Y desde aquel tiempo se ha visto que algunos monos de las montañas no mueren nunca.

El hijo de Orula vence a Ikú, la Muerte

(cubano)

El hijo de Orula tuvo una discusión con Ikú, la Muerte, porque él decía que la luna no saldría, pero Ikú decía que saldría como todos los días. Hasta que, cansado de tanta discusión, Ikú le propuso un trato al hijo de Orula y le dijo:

–Si hoy no sale la luna, tú ganas: te perdonaré la vida y no morirás; pero si la luna sale, tú pierdes y te vendré a buscar para llevarte de este mundo.

El hijo de Orula estuvo de acuerdo y así los dos se despidieron y se fueron cada uno por su lado. El hijo de Orula se fue a ver a su padre y le contó lo sucedido. Orula le recomendó que hiciera una ofrenda, un ebbó.

–Debes llevar frutas a los hijos gemelos de Changó, a los ibeyis, ellos te ayudarán.

El hijo de Orula llevó las frutas a los ibeyis y éstos se pusieron muy contentos. Agradecidos, le dijeron al hijo de Orula que lo ayudarían. Ese día, como todos los días, la luna salió, tal como había dicho Ikú. Así que la Muerte vino a buscar al hijo de Orula para llevárselo justo a las doce de la noche. Pero a quien se encontró Ikú fue a uno de los ibeyis. El otro hermano estaba escondido. Aquel ibeyi comenzó a hacer piruetas y muecas delante de Ikú, y ésta se moría de la risa. Cuando aquel ibeyi se cansó, el otro ocupó su lugar y, como eran gemelos, Ikú ni se enteraba. Ikú estaba encantada porque hacía mucho tiempo que no se reía. Y fue tanta la risa que le provocaron los ibeyis a Ikú que la sorprendió el amanecer y se marchó sin poderse llevar al hijo de Orula. Los ibeyis le contaron lo sucedido al hijo de Orula y éste se lo agradeció enormemente. Y fue así como el hijo de Orula venció a la Muerte gracias a la ofrenda, al ebbó, que le recomendó hacer su padre, y fue así como el hijo de Orula aprendió que lo único que vence a la Muerte es la risa.

El soldado y la Muerte

(ruso)

Un soldado, después de haber cumplido su servicio durante veinticinco años, pidió la licencia y se fue a correr mundo.

Anduvo algún tiempo, y un día se encontró a un pobre que le pidió limosna. El soldado tenía sólo tres mendrugos de pan, pero le dio uno al mendigo. Al poco, tropezó con otro pobre que también le pidió limosna saludándolo humildemente. El soldado repartió con él su provisión, dándole otro mendrugo de pan y quedándose él con el último.

Llevaba andando un buen rato cuando se encontró a un tercer mendigo. Era un anciano de pelo blanco como la nieve, que también se acercó a él humildemente y le pidió limosna. El soldado sacó su último mendrugo de pan y pensó: «Si le doy el mendrugo entero, me quedaré sin provisiones; pero si le doy la mitad y encuentra a los otros dos pobres, al ver que a ellos les he dado uno entero, se ofenderá. Será mejor que le dé el mendrugo entero, que yo soy joven y mejor podré pasar sin comer».

Le dio su último mendrugo de pan y se quedó sin provisiones. Entonces el anciano le preguntó:

—Dime, hijo mío, ¿qué deseas y qué necesitas?

—Dios te bendiga —le contestó el soldado—. ¿Qué quieres que te pida a ti, abuelito, si eres tan pobre que nada puedes ofrecerme?

—No te fíes de las apariencias y dime lo que deseas; quizá pueda recompensarte por tu buen corazón.

—No necesito nada. Pero, si tienes una baraja, puedes regalármela y así cada vez que juegue a las cartas me acordaré de ti.

El anciano sacó de su bolsillo una baraja y se la dio al soldado, diciendo:

—Tómala, y puedes estar seguro de que, juegues con quien juegues, siempre ganarás. Además te daré una alforja en la que podrás meter cualquier persona, animal o cosa que encuentres en el camino, con sólo abrirla y decir: «Entra aquí».

—Muchas gracias —le dijo el soldado.

Y sin dar importancia a lo que el anciano le había dicho, tomó la baraja y la alforja y siguió su camino.

Después de andar bastante tiempo, llegó a la orilla de un lago y vio en él tres gansos que estaban nadando. Se le ocurrió al soldado ensayar su alforja. La abrió y exclamó:

—¡Ea, gansos, entrad aquí!

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando, con gran asombro suyo, los gansos volaron hacia él y entraron en la alforja. El soldado la ató, se la echó al hombro y siguió su camino.

Anduvo y anduvo, y al fin llegó a una gran ciudad que no conocía. Entró en una taberna y dijo al tabernero:

—Toma este ganso y ásamelo para cenar; por este otro me darás pan y una buena copa de aguardiente, y este tercero te lo doy a ti en pago por tu trabajo.

Se sentó a la mesa y, una vez lista la cena, se puso a comer, bebiéndose el aguardiente y comiéndose el sabroso ganso. Conforme cenaba, se le ocurrió mirar por la ventana y vio cerca de la taberna un magnífico palacio que tenía rotos todos los cristales de las ventanas.

—Dime —preguntó al tabernero—, ¿qué palacio es ése y por qué se halla abandonado?

—Ya hace tiempo —le dijo éste— que nuestro zar hizo construir ese palacio, pero le fue imposible establecerse en él. Hace ya diez años que está abandonado, porque los diablos lo han tomado por residencia y echan de él a todo el que entra. Apenas llega la noche, se reúnen allí a bailar, alborotar y jugar a los naipes.

El soldado, sin pararse a pensar en nada, se dirigió a palacio, se presentó ante el zar y, haciendo un saludo militar, le dijo así:

—¡Majestad! Perdonadme mi audacia por venir a veros sin ser llamado. Quisiera que me dieseis permiso para pasar una noche en vuestro palacio abandonado.

—¡Tú estás loco! Se han presentado ya muchos hombres audaces y valientes pidiéndome lo mismo; a todos les di permiso, pero ninguno de ellos ha vuelto vivo.

—Os he servido, majestad, durante veinticinco años y no me he muerto —contestó el soldado—. ¿Creéis que me voy a morir por dormir en un palacio abandonado?

—Pero te advierto que siempre que ha entrado al anochecer un hombre vivo, a la mañana siguiente sólo se han encontrado los huesos —contestó el zar.

El soldado insistió e insistió, rogando al zar que le diese permiso para pasar la noche en el palacio abandonado.

—Bueno —dijo al fin el zar—. Ve allí si quieres; pero no podrás decir que ignorabas la muerte que te esperaba.

Se fue el soldado al palacio abandonado, y una vez allí se instaló en la gran sala, se quitó la mochila y el sable, puso la primera en un rincón y colgó el sable de un clavo. Se sentó a la mesa, sacó la tabaquera, llenó la pipa, la encendió y se puso a fumar tranquilamente.

A las doce de la noche acudieron, no se sabe de dónde, una cantidad tan grande de diablos que no era posible contarlos. Empezaron a gritar, a bailar y alborotar, armando una algarabía infernal.

—¡Hola, soldado! ¿Estás tú también aquí? —gritaron al verlo—. ¿Para qué has venido? ¿Acaso quieres jugar a los naipes con nosotros?

—¿Por qué no he de querer? —repuso el soldado—. Jugaré con una condición: hemos de jugar con mi baraja, porque no se puede confiar en un diablo y quizá la vuestra esté marcada.

Enseguida sacó su baraja y empezó a repartir las cartas. Jugaron una partida y el soldado ganó, jugaron otra y ocurrió lo mismo. A pesar de todas las trampas que hacían los diablos, perdieron todo el dinero que tenían, y el soldado iba recogéndolo tranquilamente.

—Espera, amigo —le dijeron los diablos—, tenemos una reserva de cincuenta arrobas de plata y cuarenta de oro: vamos a jugar esa plata y ese oro.

Mandaron a un diablejo para que les trajese los sacos de la reserva y continuaron jugando, y continuaron perdiendo.

Los diablos, a quienes no agradaba separarse de su dinero, derribaron la mesa a patadas y atacaron al soldado, rugiendo a coro:

—Despedazadlo, despedazadlo.

Pero el soldado, sin turbarse, cogió su alforja, la abrió y preguntó:

—¿Sabéis qué es esto?

—Una alforja —le contestaron los diablos.

—¡Pues entrad aquí!

Apenas pronunció estas palabras, todos los diablos en pelotón se precipitaron en la alforja, llenándola por completo, apretados unos a otros. El soldado la ató lo más fuerte posible con una cuerda, la colgó de la pared y luego, echándose sobre los sacos de dinero, se durmió profundamente sin despertar hasta la mañana.

Muy temprano, el zar dijo a sus servidores:

—Id a ver lo que le ha sucedido al soldado, y si se ha muerto, recoged sus huesos para darles entierro.

Los servidores llegaron al palacio y vieron con asombro al soldado paseándose contentísimo por las salas fumando su pipa.

—¡Hola, amigo! Ya no esperábamos verte vivo. ¿Qué tal has pasado la noche?

—¡Muy bien! ¡He pasado toda la noche jugando a las cartas con unos diablos! ¡Mirad cuánto oro y cuánta plata les he ganado!

Los servidores del zar se quedaron asombrados y no se atrevían a creer lo que veían sus ojos.

—Enviadme pronto dos herreros y decidles que traigan con ellos el yunque y los martillos —siguió diciendo el soldado.

Cuando llegaron los herreros trayendo consigo el yunque y los martillos de batir, les dijo el soldado:

—Descolgad esa alforja de la pared y dad unos buenos golpes sobre ella.

Los herreros se pusieron a descolgar la alforja y hablaron entre ellos:

—¡Dios mío, cuánto pesa! ¡Parece como si estuviera llena de diablos!

Colocaron el yunque con la alforja encima y se pusieron a golpear sobre ella con los

martillos como si estuviesen batiendo hierro. Los diablos, no pudiendo soportar el dolor, llenos de espanto, gritaron con todas sus fuerzas:

—¡Ten piedad, soldado! ¡Déjanos libres! ¡Ningún diablo entrará jamás en este palacio ni se acercará a él en cien leguas a la redonda!

El soldado ordenó a los herreros que cesasen de golpear, y apenas desató la alforja los diablos echaron a correr sin siquiera mirar atrás. En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron del palacio. Pero no todos tuvieron la suerte de escapar: el soldado agarró a un diablo cojo que no pudo correr como los demás, y se lo quedó como rehén dentro de la alforja por si no cumplían su promesa.

Cuando le contaron al zar las hazañas del soldado, lo hizo venir a su presencia, lo alabó mucho y lo dejó vivir en palacio. Desde entonces el valiente soldado empezó a gozar de la vida, porque todo lo tenía en abundancia: los bolsillos rebosando dinero, el respeto y consideración de toda la gente, que cuando se lo encontraban le hacían reverencias respetuosas, y el cariño de su zar.

Se puso tan contento que quiso casarse. Buscó novia, celebraron la boda y, para colmo de bienes, tuvo un hijo al año de su matrimonio.

Poco tiempo después se puso enfermo el niño y nadie lograba curarlo. Cuantos médicos y curanderos lo visitaban no conseguían ninguna mejoría. Entonces el soldado se acordó del diablo cojo, trajo la alforja donde lo tenía encerrado y le preguntó:

—¿Estás vivo, diablo?

—Sí, estoy vivo. ¿Qué deseas, señor mío?

—Se ha puesto enfermo mi hijo y no sé qué hacer con él. Quizá tú sepas cómo curarlo.

—Sí sé. Pero no puedo ayudarte si no me dejas salir de la alforja.

—¿Y si me engañas y te escapas?

El diablo cojuelo le juró que no haría tal cosa, y el soldado, desatando la alforja, puso en libertad a su prisionero.

El diablo, recobrando su libertad, sacó un vaso de su bolsillo, lo llenó de agua de la fuente, lo colocó a la cabecera de la cama donde estaba tendido el niño enfermo y dijo al padre:

—Ven aquí, amigo, mira el agua.

El soldado miró el agua, y el diablo le preguntó:

—¿Qué ves?

—Veo la Muerte.

—¿Dónde se halla?

—A los pies de mi hijo.

—Está bien. Si está a los pies, quiere decir que el enfermo se curará. Si hubiese estado a la cabecera, se hubiese muerto sin remedio. Ahora toma el vaso y rocía al enfermo.

El soldado roció al niño con el agua, y al instante se le quitó la enfermedad.

—Gracias —dijo el soldado al diablo cojuelo, y lo dejó libre, guardando sólo el vaso.

Desde aquel día se hizo médico del ejército de su majestad el zar. No se tomaba más

trabajo que el de mirar en el vaso, y enseguida podía decir con la mayor seguridad cuál de los enfermos moriría y cuál viviría.

Así transcurrieron unos cuantos años, cuando un día se puso enfermo el zar. Llamaron al soldado, y éste, llenando el vaso con agua de la fuente, lo colocó a la cabecera del lecho, miró el agua y vio con horror que la Muerte estaba, como un centinela, sentada a la cabecera del enfermo.

—¡Majestad! —le dijo el soldado—, nadie podrá devolveros la salud. Sólo os quedan tres horas de vida.

Al oír estas palabras el zar se encolerizó y gritó con rabia:

—¿Cómo? Tú, que has curado a mi ejército, ¿no quieres curarme a mí, que soy tu soberano? ¿Acaso soy yo de peor casta o indigno de tu favor? Si no me curas, daré orden para que te ejecuten una hora después de mi muerte.

El soldado se encontró perplejo ante este problema y se puso a suplicar a la Muerte, diciendo:

—Dale al zar la vida y toma en cambio la mía, porque si de todos modos he de perecer, prefiero morir por tu mano a ser ejecutado por la del verdugo.

Miró otra vez en el vaso y vio que la Muerte le hacía una señal de aprobación y se colocaba a los pies del zar.

El soldado roció al enfermo, y éste enseguida recobró la salud y se levantó de la cama.

—Oye, Muerte —dijo el soldado—, dame tres horas de plazo: necesito volver a casa para despedirme de mi mujer y de mi hijo.

—Está bien —contestó la Muerte.

El soldado se fue a su casa, se acostó y se puso muy enfermo. La Muerte no tardó en llegar y en colocarse a la cabecera de su cama, diciéndole:

—Despídete pronto de los tuyos, porque ya no te quedan más que tres minutos de vida.

El soldado extendió un brazo, descolgó de la pared la alforja, la abrió y preguntó:

—¿Qué es esto?

La Muerte le contestó:

—Una alforja.

—Es verdad. ¡Pues entra aquí!

Y la Muerte en un instante se encontró metida en la alforja.

El soldado sintió un alivio tan grande que saltó de la cama, ató fuertemente la alforja, se dirigió a un espeso bosque y allí colgó la alforja en la cima de un álamo, y se volvió contento a su casa.

Desde entonces ya no se moría la gente. Nacían y nacían, pero ninguno se moría. Así transcurrieron muchos años, sin que el soldado descolgase la alforja del álamo.

Una vez que paseaba por la ciudad tropezó con una anciana tan vieja y decrepita que se caía al suelo a cada soplo del viento.

—¡Dios de mi alma, qué vieja eres! —exclamó el soldado—. ¡Ya es tiempo de que te mueras!

—Sí, hijo mío —le contestó la anciana—. Cuando hiciste prisionera a la Muerte sólo me quedaba una hora de vida. Tengo gran deseo de descansar, pero ¿cómo he de hacer? Sin la muerte, la tierra no me admite para que descansa en sus profundidades. Dios te castigará por esto, pues son muchos los seres humanos que están sufriendo como yo en este mundo por tu causa.

El soldado se quedó pensativo: «¡Cuánta gente sufriendo por mi causa! ¡Cuán necesaria es la Muerte! ¡La liberaré aunque me lleve a mí!».

Se despidió de los suyos y se dirigió al bosque, y cuando estuvo allí, buscó el álamo donde había colgado a la Muerte, y allí vio su alforja colgada en lo alto del árbol, balanceada por el viento.

—Oye, Muerte, ¿estás viva? —preguntó el soldado.

La Muerte le contestó con un hilo de voz:

—Estoy viva, amigo.

El soldado descolgó la alforja, la desató y la abrió, dejando libre a la Muerte, a la que suplicó que lo matase lo más pronto posible para sufrir poco. Pero la Muerte, temiendo un nuevo engaño, echó a correr y en un instante desapareció.

El soldado volvió a su casa y siguió viviendo muchos años, gozando de la mayor felicidad.

Todos creían que no se moriría nunca, pero, según dicen, se ha muerto hace poco. Quizá haya buscado él mismo a la Muerte.

La Muerte y la vieja

(húngaro)

Había una vez, sabe el cielo dónde, en algún lugar al otro lado del mar de las Tinieblas, mucho más allá de la montaña de las Delicias, un río, a la orilla del río, un sauce viejo y hueco, y en cada rama del sauce, una falda andrajosa y hecha jirones, y en cada rinconcillo y en cada arruguita de cada falda, un rebaño de pulgas, y el que no me escuche con atención tendrá que ser el pastor de ese rebaño de pulgas. Y si deja escapar una sola, todas esas pulgas le picarán hasta la muerte.

Así que había una vez, sabe el cielo dónde, en algún lugar en el mundo, una mujer viejísima, que era más vieja que la carretera nacional y llevaba más tiempo en el mundo que el hambre. Esta vieja era ya tan vieja que apenas se entendía lo que decía. Pero, aunque era tan vieja, no se le había pasado todavía nunca por la cabeza que ya le tocaba morir. En lugar de sentarse a esperar la muerte, trabajaba y andaba ajetreada el día entero: en la casa, en el corral y en la huerta. Barría y cosía, le daba de comer a las gallinas y recogía los tomates de la mata, caminaba y tropezaba, pero siempre se levantaba para ocuparse en alguna cosa y encontraba algo que hacer. No tenía familia, pero su puerta siempre estaba abierta para quien pasase por allí.

Un día la Muerte bajó, marcó con una cruz la puerta de la vieja con tiza y llamó para llevársela consigo. Cuando la vieja abrió la puerta, casi se cae del susto.

—Anda, vamos, que ya es tu hora —le dijo la Muerte.

Pero a la vieja le daba pena dejar su casa, su corral y su huerta sin nadie que se ocupase de ellos, así que le pidió a la Muerte que la dejara vivir un poquito más y le diera sólo diez años más o por lo menos cinco o como muy poco un año. La Muerte, sin embargo, no estaba en absoluto dispuesta a ceder y dijo:

—Prepárate rápido y luego ven. Si no vienes por las buenas, te llevaré a rastras.

La vieja no se dejó persuadir y pidió y lloriqueó que le regalara sólo un poco de tiempo, aunque no fuera mucho. El tiempo suficiente para encontrar quien se ocupase de sus cosas. Pero la Muerte no quería oír hablar de ese asunto. Sin embargo, al final la vieja se lamentó tanto y le lloriqueó tanto a la Muerte que ésta le dijo:

—Está bien, te doy tres horas.

—Eso es demasiado poco —dijo la vieja—, no me lles hoy contigo, ¿por qué no lo aplazas hasta mañana?

—Eso no puede ser.

—¡Cómo no va a poder ser! Tú eres la Muerte, que todo lo puede.

—No, no puede ser.

—¡Anda, no seas así!

—Bueno, si sólo es un día...

—Entonces quería pedirte además que... bueno, pues... que entonces me escribas en la puerta que vienes mañana... Estaré más tranquila si lo veo escrito en la puerta...

La Muerte no quería perder más tiempo, por lo que no siguió discutiendo y sacó la tiza del saco y escribió en la parte de arriba de la puerta «mañana», y con eso, se fue a atender sus negocios.

Al día siguiente, después de salir el sol, la Muerte fue a la casa de la vieja, pero se la encontró todavía entre las sábanas.

—¡Bueno, hoy tendrás que venir conmigo! —dijo la Muerte.

—¡Vamos por partes! Mira primero lo que pone en la puerta.

La Muerte miró hacia allí y vio escrita la palabra «mañana».

—¡Está bien! Cumpliré con lo escrito. ¡Pero mañana vengo con toda seguridad! —y dicho esto, se marchó.

No faltó a su palabra y al día siguiente volvió a la casa de la vieja, que todavía estaba metida en la cama, calentita. Pero tampoco esta vez pudo hacer nada, pues la vieja volvió a señalar la puerta, donde aparecía escrita la palabra «mañana».

Y así fue durante toda la semana: la Muerte llegaba a la casa de la vieja para llevársela pero la vieja le señalaba el letrero de la puerta y no podía llevársela. Finalmente a la Muerte se le hizo la broma demasiado pesada, así que el séptimo día le dijo a la vieja:

—¡Ahora ya no me vas a tomar más el pelo!

Borró con su mano el letrero de la puerta y, sacando la tiza, trazó de nuevo una cruz.

—Mañana estate preparada, pues vendré a llevarte conmigo.

Después, la Muerte se marchó y la vieja se quedó con la boca abierta, pues ahora veía que al día siguiente iría en serio y que tendría que morir lo quisiera o no. Aquella noche estuvo pensando y pensando dónde esconderse para que la Muerte no se la llevase.

Cuando se hizo de día, la vieja seguía pensando cuál sería el mejor escondite para que no se la llevase la Muerte.

«Me esconderé en la despensa, dentro de algún barril, allí dentro no me encontrará», se dijo la vieja. Iba con tanta prisa por que no la encontrase la Muerte que se metió en el primer barril que encontró, y resulta que este barril estaba lleno de miel líquida. Pero allí se metió. Sólo le quedaban fuera la boca, la nariz y los ojos.

«Pero ¿y si me encuentra aquí? Será mejor que me esconda en el gallinero.» Y salió del barril de miel y se escondió en el corral, entre sus gallinas.

«Aquí sí que me encontrará, será mejor que busque otro sitio para esconderme.» Y salió otra vez para buscarse un escondite mejor. Justo cuando salía del gallinero, totalmente cubierta de plumas, que se le habían pegado al cuerpo lleno de miel, va y llega la Muerte, que, viendo a aquella extraña criatura, le entró tal miedo en el cuerpo que, si

tuviera piel, le habrían dado sudores fríos. Así que se marchó de allí del susto, y hasta el día de hoy no se ha vuelto a acercar a la casa de la vieja.

Migraña, Dolores de Espalda y la Muerte

(corso)

Un día se encontraron en lo alto de un monte Migraña, Dolores de Espalda y la Muerte. Como hacía mucho que no se veían, decidieron hacer una buena cena con la que festejar su encuentro. Pero se dieron cuenta de que no tenían nada que echar al puchero, ni una moneda con la que comprar algo para cenar.

—No importa —dijeron mientras dirigían su mirada hacia un pastor que apacentaba sus ovejas al pie de un monte—. Iremos a pedir a aquel hombre un cordero. Le asustaremos un poco y seguramente no nos lo negará.

El pastor se hallaba desayunando pan y queso al abrigo de una roca. La primera en bajar del monte fue Migraña:

—Buenos días, pastor, veo que tienes buenos corderos —le dijo mirando a los corderos con los ojos brillando de codicia.

—La verdad es que no puedo quejarme —respondió el pastor.

—Querría uno, el más gordo.

—Si puedes pagarlo —dijo el otro—, tuyo es.

—¿Pagarlo? —se burló Migraña—. Tú no sabes con quién estás hablando.

—No —dijo el pastor—. Pero me importa un bledo quién seas.

—Mi nombre es Migraña. Si no me das un cordero, entraré en tu cabeza y te produciré tales dolores que te estallará.

—No me das ningún miedo —respondió el pastor, y se echó un trago de su bota de vino.

Migraña, refunfuñando, se metió en el cráneo del pastor y, una vez dentro, comenzó a golpear con sus puños aquí y allá hasta que le produjo un tremendo dolor de cabeza y mucha fiebre. El hombre, con la frente ardiendo, corrió hasta un arroyo de frías aguas que bajaba del monte y discurría por el valle, y allí metió la cabeza. Migraña se quedó helada. Rechinando los dientes y temblando de frío como un gato mojado, salió de la cabeza del pastor y se alejó dando tumbos. Sin aliento, llegó a lo alto del monte, donde se hallaban las otras, a quienes dijo resoplando:

—No puedo con él.

—No te preocupes —le dijo Dolores de Espalda—. Yo haré que nos dé el cordero. A mí no me da miedo el agua fría.

Y Dolores de Espalda bajó del monte al encuentro con el pastor.

—Buenos días, hombre —le dijo.

—¡Hola! —respondió el pastor mientras masticaba una brizna de espliego.

—Yo soy Dolores de Espalda. Dame un cordero porque, si no, te causaré tanto dolor que sentirás como si te taladrasen la espalda.

—Hey, hey, sigue tu camino —respondió el pastor—, bien poco me ofreces para lo que me pides. Nada te daré.

Y Dolores de Espalda, furiosa, se metió dentro del pastor por su ombligo. Pero el pastor encendió dos grandes fogatas con madera seca, una cerca de la otra, y se tumbó entre las hogueras bien tapado por una manta. Dolores de Espalda, sudando, comenzó a echar pestes. Se sentía como si se estuviese derritiendo. Arrastrándose, resoplando y chorreando de sudor, llegó a lo alto del monte donde se hallaban sus dos compañeras esperándola.

—Casi acaba conmigo —les dijo.

Y la Muerte respondió:

—Iré yo, conmigo no podrá.

La Muerte tomó aire inflando el pecho y bajo derecha hasta la roca donde el pastor seguía desayunando su pan y su queso.

—¿Tú sabes quién se halla ante ti, buen hombre? —le dijo la Muerte extendiendo sus largos brazos y abriendo su espeso manto, negro como la noche, para mostrarle su figura.

—No —le respondió el pastor—. No sé quién eres. Pero no me gustas.

—Siempre llego por sorpresa, amigo. Soy la Muerte.

—¿Y qué quieres de mí?

—Un cordero, nada más.

—A ti —respondió el pastor— no te puedo negar nada. Coge un cordero, o tres, o diez, coge todos los que desees. A cambio sólo pido que te olvides de mí mucho mucho tiempo. Yo soy pobre, es verdad, pero amo la vida.

Y la Muerte le respondió:

—Yo ignoro, como tú, cuánto tiempo te queda por vivir. Pero, si quieres saberlo, puedo ayudarte a descubrirlo.

Y la Muerte cubrió al pastor con su vasto y espeso manto, negro como la noche. De pronto, el pastor se encontró en una explanada cuyo suelo no se veía porque estaba lleno de bruma. Todo cuanto se alcanzaba a ver era bruma y más bruma. Y entre la bruma se distinguían velas por todas partes, cientos de miles de velas, millones... La Muerte le señaló, de entre todas aquellas velas, una vela cuya llama chisporroteaba.

—Pastor, ésta es tu vida.

—¡Cuánto brilla! Me gustaría que siguiese brillando así por lo menos cien años más.

—Yo no tengo poder para cumplir tu deseo —le respondió la Muerte—. Sólo espero, eso es todo lo que hago. Cuando la llama se apaga, voy a buscar al hombre cuya vida se ha apagado. En eso consiste mi trabajo.

El pastor se quedó un instante con la boca abierta, pero después se echó a reír. De

pronto se volvió a encontrar en la ladera del monte, al abrigo de la piedra donde se había parado a desayunar. En el prado pacían, tranquilas, sus ovejas.

—¡Pero si tú no tienes ningún poder! Nada puedes hacerme, ni bueno ni malo. No puedes alargarme la vida, pero tampoco quitármela. ¿Por qué habría yo de darte a ti, entonces, un cordero, y encima el más gordo? Nada obtendrás de mí, desgraciada, sino un montón de palos si no te vas de aquí enseguida.

Y blandiendo su cayado, lo hizo silbar en el aire. La Muerte desapareció dejando tras ella un tenue humo negro. Seguro que se fue a su reino, donde nunca canta el gallo.

El peral de la tía Miseria

(valenciano)

La tía Miseria era una mujer vieja, muy muy vieja. Pero ella no quería morir. Por eso, después de pensárselo muy bien, se fue a ver al Señor para pedirle un favor.

–¿Qué quieres? –le preguntó el Señor cuando la vio delante de él.

–Mira, Señor, es que tengo un peral en el corral, que es lo único que tengo, y lo cuido mucho. Pero todos los chicos vienen y me cogen las peras y me dejan sin ninguna a mí, que tanto trabajo me da. Por eso, yo quería que todo el que se suba a él no se pueda bajar en castigo por su glotonería y mala fe.

Al Señor, que la vio tan vieja y tan inofensiva, le dio lástima.

–Está bien, eres muy vieja y poco mal o ninguno le puedes hacer a nadie. Así que te concedo lo que me pides. No bajará nadie que se suba a tu peral a menos que tú lo bajes.

La tía Miseria se volvió a su casa.

Entretanto, en el infierno el demonio, que estaba viendo quién le faltaba, le dijo a la Muerte:

–Escucha, ya es hora de que vayas a buscar a la tía Miseria, que ya ha vivido bastantes años y ha llegado la hora de que se venga al infierno con nosotros.

En esto que llega la Muerte a casa de la tía Miseria y le dice:

–Ale, prepárate para venirme con nosotros, que ya es hora. Eres demasiado vieja y te toca.

La tía Miseria, mostrándose afligida, le respondió:

–Si es ése mi destino, me iré contigo. Pero, para el viaje, quisiera llevarme unas peras por si me entra el hambre. ¿Te importa subirte a ese peral para cogerme un puñado de peras? Yo estoy ya muy vieja y no puedo. Las compartiré contigo.

–Eso está hecho. Seguro que a mí también me apetecen cuando nos hayamos puesto en camino –contestó la Muerte.

En fin, que la Muerte sube al peral y se pone a coger peras. Pero, cuando intenta bajar, siente como si una fuerza invisible le impidiese poner los pies en el suelo.

–¡Cómo te he engañado, ¿eh?! ¿Creías que podrías llevarme contigo? ¡Pues no! Solamente hay una manera de bajar de ahí, y es que yo suba a por ti. Pero eso no lo pienso hacer, que no soy tan boba.

Y allí se quedó encima del peral la Muerte, un día y otro y otro más. En el mundo, como ahora la Muerte no trabajaba, no se moría nadie y ya no cabían de tanta gente

como había. Los obreros se caían de los andamios y no se hacían nada. Los marineros naufragaban, pero no se ahogaban. Los viejos se hacían más viejos y se enfermaban, pero no se morían. Pasaba el tiempo y la tía Miseria seguía allí porque la Muerte no se la podía llevar, aunque cada vez estaba más vieja, más arrugada y más cansada.

En el infierno el demonio estaba muy extrañado de que la Muerte no le llevara a nadie. Así que decidió averiguar qué estaba pasando y se dirigió, naturalmente, a casa de la tía Miseria, que era el último lugar adonde había enviado a la Muerte. Hay que decir que al diablo le costó mucho llegar porque había gente y animales por todas partes, como si todos los días fueran domingo y hubiese feria. Finalmente, consiguió llegar a casa de la tía Miseria y allí en el corral se encontró a la Muerte subida al peral.

—Pero ¿qué haces tú ahí arriba?

—Pues ya ves, resulta que vine a llevarme a la tía Miseria y ésta me mandó que me subiera al peral para recoger unas cuantas peras para el viaje, y aquí arriba que me quedé.

—¡Baja de ahí arriba ahora mismo! —le gritaba el demonio, que no se lo acababa de creer.

—¡Qué más quisiera yo! Es que sólo podré bajar si la tía Miseria sube a buscarme...

En esto, salió la tía Miseria al corral y el demonio se le puso delante y le dijo:

—Tía Miseria, le pido por favor que deje bajar a la Muerte del peral.

—No, que me lleva con ella.

—Créame, señora, que ella se vendrá conmigo sola.

La tía Miseria no quería que la engañasen:

—Sólo subiré a por ella si me promete que no me moriré nunca, que la Muerte nunca vendrá a buscarme.

El demonio y la Muerte estuvieron un rato discutiendo y finalmente decidieron aceptar la propuesta:

—De acuerdo —dijo el demonio—. Se lo prometemos, tía Miseria. Usted se quedará para siempre aquí en la tierra, pero tiene que bajar a la Muerte del peral. Al fin y al cabo, con el genio que usted tiene, no la querrán ni en el infierno.

Una vez conseguida la promesa del demonio y de la Muerte, la tía Miseria accedió a lo que le pedían: bajó del peral a la Muerte, que se fue de allí corriendo con el demonio.

Y cuentan que es por esta razón por la que siempre ha habido Miseria en el mundo, aunque no sabemos si algún día la Miseria, cansada de tanto vivir, será ella quien busque a la Muerte.

La que juntos lloramos

Cuando el llanto y el miedo se calmaron,
...se fue aquella alma en paz con alegría,
...parecía que estaba descansando:
algo así como un sueño por sus ojos,
separado el espíritu del cuerpo
era lo que morir llaman los necios.
En su rostro la muerte era belleza.

Francesco Petrarca

La muerte del señor ***

(tibetano)

Hallándose un día un tibetano en trance de muerte, llegó un lama, que se acercó a su oído y, sin tocarlo, lo llamó por su nombre y le leyó en voz alta *El libro de los muertos* para que supiese en este difícil paso dónde se hallaba y qué estaba sucediendo:

«¡Oh, hijo, llamado ***! Tu respiración está a punto de cesar, te ha llegado el momento de buscar el camino de la liberación. En cuanto dejes de respirar, verás ante ti la luz clara. Es el Absoluto, vacío y desnudo, que por fin ves gracias a este estado de claridad en que te hallas», y, pronunciando estas palabras, lo colocó en la postura del león: sobre el lado derecho, con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano derecha y el brazo izquierdo estirado sobre el cuerpo. Y *** dejó de respirar, y el lama siguió leyendo muy cerca de su oído:

«¡Oh, hijo! Ahora que ha llegado lo que llamamos Muerte, piensa solamente en el amor y la compasión, y lograrás el espíritu de iluminación».

Los parientes comenzaron a sollozar y a lamentarse, dejaron de darle alimentos, luego le quitaron al difunto sus ropas y le arreglaron la cama. El difunto podía verlos, pero ellos no podían ver dónde se hallaba él ahora; podía oír cómo le llamaban, pero ellos no podían oír cómo él los llamaba.

«No te asustes», prosiguió el lama, «estás pasando de este mundo al más allá, pero no temas porque no eres el único: nos sucede a todos. Así, pues, no sientas apego por esta vida ni te aferres a ella, porque, aunque lo intentes, no tienes poder para permanecer aquí. Si ves cosas terribles, recuerda que eres tú quien ante ti las pone, producto son de tu mente. Pero, si no puedes evitarlo y te asusta la luz y los sonidos te inquietan porque los reconoces como presencias espantosas, no temas que algo malo puedan hacerte, pues ahora ¡no puedes morir!, recuerda que ya estás muerto. Ve, pues, en paz».

Y consciente de cuál era su camino y de qué estaban hechos los estorbos que hallaba, el señor *** se fue.

La primera muerte

(aborigen australiano)

En el tiempo de los sueños vivían Purukupali y Bima, y ambos tuvieron un hijo: Djinini. Purukupali y Bima eran felices juntos con su hijo. Durante el día, cuando Bima iba a recolectar alimentos se llevaba a su hijo con ella, y cuando el niño se dormía, Bima lo acostaba a la sombra de un árbol y seguía con su trabajo.

Pero un día Tjarapa comenzó a decirle galanterías a Bima cuando la hallaba sola con su hijo, y tanto insistió y tanto la halagó que un día muy caluroso Bima, finalmente, cedió a sus peticiones. Dejó a su hijo durmiendo solo y se fue con Tjarapa detrás de unos arbustos. Mas cuando regresó al lugar donde estaba el niño, vio que la sombra del árbol bajo la que se cobijaba se había movido y su hijo estaba a pleno sol, muerto. Bima cogió en sus brazos a su hijo muerto y volvió a su casa. Cuando Purukupali supo cómo había muerto Djinini, su tristeza y su indignación no tuvieron límites. Ciego por la rabia, alzó su lanza contra Bima para castigarla por su descuido. Bima, asustada, huyó al bosque.

Tjarapa, que se sentía culpable por la muerte del niño y por el desdichado fin de la madre, le suplicó a Purukupali que le entregara el cuerpo de Djinini para que él pudiera devolverle la vida al cabo de tres días. Pero Purukupali desafió a Tjarapa a que se batiese en duelo con él. Si vencía a Tjarapa, vengaría la muerte de su hijo, y si Tjarapa lo vencía a él y lo mataba, dejaría de sufrir. La lucha comenzó y los dos lucharon durante mucho tiempo y se hicieron profundas heridas el uno al otro, hasta que, finalmente, vencidos por el cansancio, cayeron malheridos los dos al suelo.

Purukupali se levantó el primero y cogió a su hijo en brazos. Caminó de espaldas y se sumergió en el mar mientras anunciaba que a partir de ese momento todos los seres vivos de la Tierra tendrían el mismo destino que su hijo: la muerte. En el lugar donde Purukupali se sumergió con su hijo se formó un remolino de agua tan fuerte que todavía hoy sigue siendo peligroso y nadie se atreve a acercarse a él. Dicen que conduce al lugar donde habitan los muertos.

Tjarapa cogió su antorcha encendida y ascendió al cielo. Hoy le llamamos Luna y todavía se le pueden ver las cicatrices de las heridas que le causó Purukupali. También Tjarapa, como todo lo que vive, muere, pero después de tres días renace de nuevo. Sale del remolino del mar, del lugar donde habitan los muertos, y reanuda su travesía por el firmamento. Bima, que se había refugiado en el bosque, adoptó la forma de un zarapito,

y todavía hoy, cada noche, se oye a la orilla del mar su lamento por la muerte de su hijo:
Djininiiii.

La madre y la Muerte

(alemán)

Estaba una madre sentada junto a la cuna de su hijo, muy afligida y angustiada porque temía que el pequeño se muriera: estaba pálido como la cera, tenía los ojos medio cerrados y apenas respiraba. La tristeza de la madre no tenía límites. Entonces llamaron a la puerta y entró un anciano mendigo, envuelto en una manta de caballo, temblando de frío a pesar de la manta. El invierno era el más crudo que se recordaba y en la calle todo aparecía cubierto de hielo y nieve. El viento soplaba, cortante.

Como el viejo tiritaba de frío y el niño se había quedado dormido, la madre se levantó y puso a calentar cerveza en un bote, sobre la estufa, para reanimar al anciano. Éste se había sentado junto a la cuna, y mecía al niño. La madre volvió al lado de la cuna y se quedó mirando a su hijo, que respiraba con dificultad y levantaba la manita.

—¿Vivirá? —preguntó la madre.

El viejo hizo un gesto vago con la cabeza, que bien podría haber sido que sí o que no. La mujer bajó los ojos, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Con la mirada gacha, se quedó dormida: llevaba tres noches sin dormir y estaba muy cansada. Pero no había dormido mucho cuando el frío la despertó. Miró en la cuna pero no vio a su hijo, tampoco al viejo: la cuna estaba vacía, la silla también. ¡El viejo se había llevado al niño!

La madre, desesperada, salió corriendo a la calle buscando a su hijo. En medio de la nieve vio a una mujer, vestida de negro.

—¿Has visto tú a un anciano cubierto con una manta de las que usan para tapar las caballerías y con un niño en brazos?

—Ese anciano que buscas es la Muerte. Lo vi salir de tu casa con tu hijo. No podrás alcanzarlo, corría como el viento. Y aunque lo alcances, será en vano, jamás devuelve lo que se lleva.

—¡Dime por dónde se fue! —suplicó la madre—. ¡Muéstrame el camino y lo alcanzaré!

—Conozco el camino —respondió la mujer vestida de negro—, pero antes de decírtelo tienes que cantarme todas las canciones con las que mecías a tu pequeño. Me gustan, las oí muchas veces. Soy la Noche, y he visto caer tus lágrimas mientras cantabas.

—¡Te las cantaré todas, todas! —dijo la madre—, pero cuando vuelva. Si me detengo, no podré alcanzar a la Muerte, que se lleva a mi hijo.

Nada dijo la Noche. Entonces, para que la Noche le revelara el camino que debía

seguir, la madre comenzó a cantar las nanas que le cantaba a su hijo, las lágrimas corrían por su pecho. Cuando llevaba un rato cantando, la Noche habló:

–Ve hacia la derecha, por el oscuro bosque de abetos. En él vi desaparecer a la Muerte con el niño.

La madre corrió hacia el bosque, pero, cuando se halló dentro, se encontró con que el camino que le había indicado la Noche se bifurcaba, y la madre no sabía cuál de los dos caminos coger. Justo en el cruce vio que allí se alzaba un zarzal, sin hojas ni flores, las ramas estaban cubiertas de nieve y de hielo.

–¿Has visto pasar a la Muerte con mi hijo?

–Sí –respondió el zarzal–, pero no te diré el camino que siguió si antes no me calientas apretándome contra tu pecho: me muero de frío, y mis ramas están heladas.

Entonces ella estrechó el zarzal contra su pecho, apretándolo para calentarlo bien. Las espigas se le clavaron en la carne, y su sangre fluyó. Del zarzal brotaron hojas y flores en el frío invernal: ¡tal era el ardor con el que la madre lo había estrechado contra su corazón! Y la planta le indicó el camino que debía seguir.

La madre siguió su camino y llegó a un gran lago en el que no se veía ninguna barca con la que cruzarlo. Tampoco estaba lo bastante helado como para poder atravesarlo caminando por encima del hielo, ni se podía vadear. Como no tenía más remedio que cruzarlo si quería encontrar a su hijo, se echó entonces al suelo, dispuesta a beberse toda el agua.

–¡No lo conseguirás! –dijo el lago–. Mejor será que hagamos un trato. Colecciono perlas, y tus ojos son las dos perlas más puras que jamás he visto. Si estás dispuesta a entregármelos, te conduciré al gran invernadero donde reside la Muerte, cuidando flores y árboles: cada uno de ellos es una vida humana.

–¡Ay, qué no daría yo por llegar adonde está mi hijo! –exclamó la madre, y se echó a llorar desconsolada.

Y tanto lloró que los ojos se le desprendieron de la cara y cayeron al fondo del lago, donde quedaron convertidos en preciosas perlas. El lago la levantó como en un columpio y, de un solo impulso, la situó en la orilla opuesta. Allí se levantaba un gran edificio cuya fachada tenía más de una milla de largo: el invernadero de la Muerte.

–¿Dónde estará la Muerte, y cómo la encontraré, ahora que no puedo ver? –se preguntó la madre en voz alta.

–No ha llegado todavía –dijo una vieja que por allí había: era la sepulturera que cuidaba del gran invernadero de la Muerte–. ¿Quién te ha ayudado a encontrar este lugar?

–La Noche me ha ayudado –dijo la madre–. Tu voz se parece a la suya, así que espero que tú me ayudes también. ¿Dónde puedo encontrar a mi hijo?

–Lo ignoro –replicó la mujer–. No te será fácil averiguarlo, y menos siendo ciega. Esta noche se han marchitado muchos árboles y flores; no tardará en venir la Muerte a trasplantarlos. Ya sabrás que cada persona tiene su propio árbol de la vida o su flor,

según su naturaleza. Parecen plantas corrientes, pero en ellas palpita un corazón. Escucha bien, tal vez reconozcas el latido de tu hijo en alguna de estas plantas, pero ¿qué me darás si te digo lo que debes hacer todavía?

—Nada me queda para darte —dijo la madre, afligida—, pero iré a buscar hasta el fin del mundo lo que me pidas.

—Nada hay allí que me interese —respondió la mujer—, pero puedes regalarme tu larga cabellera negra; es hermosa y me gusta. A cambio te daré yo la mía, que es blanca, pero también te servirá para cubrirte la cabeza.

—¿Nada más? —dijo la madre—. Tómala y que la disfrutes —y le dio a la vieja su hermoso cabello, y se quedó con el suyo, blanco como la nieve.

Entraron entonces en el gran invernadero de la Muerte, donde crecían árboles y flores, todos mezclados. Había preciosos jacintos bajo campanas de cristal, y grandes peonías fuertes como árboles; y había también plantas acuáticas, algunas lozanas, otras enfermizas. Serpientes de agua las rodeaban, y cangrejos negros se agarraban a sus tallos. Crecían soberbias palmeras, robles y plátanos, y no faltaba el perejil ni tampoco el tomillo; cada árbol y cada flor tenía su nombre, cada uno era una vida humana; la persona vivía aún: éste en la China, éste en Groenlandia o en cualquier otra parte del mundo. Había grandes árboles plantados en macetas, tan pequeñas y estrechas que parecían a punto de estallar; en cambio, se veían miserables florecillas emergiendo de una tierra húmeda, cubierta de musgo todo alrededor. La madre fue inclinándose sobre las plantas más diminutas, oyendo el latido del corazón humano que había en cada una; y entre millones reconoció el latido de su hijo.

—¡Es éste! —exclamó, alargando la mano hacia una pequeña flor azul de azafrán que colgaba de un lado, casi seca.

—¡No toques la flor! —dijo la vieja—. Quédate aquí, y cuando la Muerte llegue, y llegará de un momento a otro, no dejes que arranque la planta; amenázala con hacer tú lo mismo con otras, y entonces tendrá miedo. Es responsable de ellas, y si Dios no lo quiere, no debe arrancarse ninguna.

De pronto se sintió en el recinto un frío helador, y la madre ciega comprendió que entraba la Muerte.

—¿Cómo encontraste el camino hasta aquí? —preguntó la Muerte—. ¿Cómo pudiste llegar antes que yo? ¿Cómo pudiste encontrar la flor?

—¡Soy madre! —respondió ella.

La Muerte alargó su mano huesuda hacia la flor de azafrán, pero la mujer lo detuvo, protegiendo la flor con sus propias manos. La Muerte sopló sobre las manos de la mujer, y ella sintió que su soplo era más frío que el del viento polar. Y sus manos cedieron y cayeron inertes, heladas.

—¡Nada podrás contra mí! —dijo la Muerte.

—¡Pero sí lo puede el buen Dios! —respondió la mujer.

—¡Yo hago sólo su voluntad! —replicó la Muerte—. Soy su jardinero. Tomo todos sus

árboles y flores y los trasplanto al jardín del Paraíso cuando les llega su hora, y tú no debes entrometerte.

—¡Devuélveme a mi hijo! —rogó la madre rompiendo a llorar; y poniendo las manos sobre dos hermosas flores, gritó a la Muerte—: ¡Si arrancas la vida de mi hijo, las arrancaré todas!

—¡No las toques! —exclamó la Muerte—. Dices que eres desgraciada, y pretendes hacer a otras madres tan desdichadas como tú. Esas flores que quieres arrancar también tienen madre.

—¡Otras madres! —dijo la pobre mujer, soltando las flores—. ¿Qué madres?

—Ahí tienes tus ojos —dijo la Muerte—, los he sacado del lago. Tómalos, ahora son verdes. Mira luego en el pozo que está a tu lado, pronunciaré los nombres de las dos flores que querías arrancar y verás todo su porvenir, el curso de toda su vida. Mira lo que estuviste a punto de destruir.

La madre miró el fondo del pozo y vio una vida buena, llena de alegría y felicidad. La otra era, en cambio, una vida triste, mísera, llena de dolor y privaciones.

—¿Las has visto bien? Pues te he mentado: la vida de tu hijo no era esa escuálida flor de azafrán sino una de estas flores. Has visto el destino que estaba reservado a tu propio hijo, su porvenir en el mundo —dijo la Muerte.

La madre lanzó un grito de horror:

—¿Cuál de las dos era mi hijo? ¡Dímelo, sácame de la incertidumbre! Si va a ser el desgraciado, llévatelo ya y líbralo de la miseria. ¡Olvídate de mis lágrimas, olvídate de mis súplicas y de todo lo que dije e hice!

La madre dejó caer la cabeza sobre el pecho, aceptando lo inevitable, y la Muerte se alejó con el niño hacia el mundo donde nadie sabe qué pasa.

La muerte del señor Pulga

(marroquí)

El señor Pulga se casó con la señora Piojo. Para celebrar el matrimonio, invitaron a sus amigos los pájaros a cenar. La señora Piojo se dispuso a preparar la cena y puso la olla en el fuego. Cuando la olla estaba hirviendo y comenzó a oler a guiso, el señor Pulga pegó un saltó para probar el guiso desde el borde de la olla. Pero tuvo tan mala suerte que cayó dentro de la olla y se ahogó. Entonces, la señora Piojo se puso a llorar la muerte de su marido. Los pájaros invitados a la boda llegaron a cenar y la Cigüeña, sorprendida por las lágrimas de la recién casada señora Piojo, preguntó:

–¿Qué ocurre, señora Piojo? ¿Por qué llora usted tanto?

–Es que estoy muy triste porque se me ha caído el marido dentro de la olla –respondió la señora Piojo.

–Pues si usted está triste, nosotros también. Así que nos arrancaremos las plumas en señal de luto.

Y la cigüeña y el resto de los pájaros invitados a la boda se arrancaron todas las plumas. Desplumados, fueron a posarse en un árbol. Y el Árbol les preguntó:

–Pájaros, ¿por qué os habéis arrancado las plumas?

–Nos hemos arrancado las plumas porque la señora Piojo está triste porque el marido se le ha caído a la olla –respondieron los pájaros.

–Pues si vosotros, pájaros, estáis tristes, yo también. Así que me deshojaré en señal de luto.

Y el árbol se sacudió y todas sus hojas cayeron al suelo, y no quedaron más que las ramas. El Arroyo que regaba al Árbol, viéndolo sin hojas, le preguntó:

–Señor Árbol, ¿por qué te has deshojado?

–Me he deshojado porque los pájaros se han arrancado las plumas, porque la señora Piojo está triste porque el marido se le ha caído en el olla.

–Pues si usted, señor Árbol, está triste, yo también. Así que me secaré en señal de luto –dijo el Arroyo.

Y llegó al Arroyo una criada con dos cántaros para llenarlos de agua. Al encontrarlo seco, le preguntó:

–Arroyo, ¿por qué te has secado?

–Me he secado porque el Árbol se ha deshojado, porque los pájaros se han

desplumado, porque la señora Piojo está muy triste porque se le ha caído el marido a la olla.

—Pues si tú, Arroyo, estás triste, yo también. Así que romperé mis cántaros en señal de luto —dijo la criada.

Y la criada rompió sus cántaros y volvió a su casa. Cuando llegó, su señora le preguntó:

—¿Dónde están los cántaros que llevabas al arroyo?

—Señora, los he roto porque el Arroyo se ha secado, porque el Árbol se ha deshojado, porque los pájaros se han desplumado, porque la señora Piojo está muy triste porque se le ha caído el marido en la olla.

—Pues si tú, criada, estás triste, yo también. Así que en señal de luto me echo por la cabeza el plato de trigo hervido con miel que había preparado para la cena.

Y se volcó el plato por la cabeza. Entonces llegó su marido, que exclamó:

—¿Por qué te has echado el plato con el trigo hervido con miel por la cabeza? ¿Estás loca o qué?

—Me he echado el plato con el trigo por la cabeza porque nuestra criada ha roto los cántaros porque el Arroyo se ha secado, porque el Árbol se ha deshojado, porque los pájaros se han desplumado, porque la señora Piojo está muy triste porque se le ha caído el marido en la olla.

—Pues si tú, mujer, estás triste, yo también. Así que yo me rompo la cabeza en señal de luto.

Y el hombre se rompió la cabeza. Cuando el sabio vino para curarlo, preguntó:

—¿Por qué se ha roto este hombre la cabeza?

—Se ha roto la cabeza porque me he echado el trigo encima porque nuestra criada ha roto los cántaros, porque el Arroyo se ha secado, porque el Árbol se ha deshojado, porque los pájaros se han desplumado, porque la señora Piojo está muy triste porque se le ha caído el marido en la olla —respondió la mujer.

—Pues si el hombre está triste, yo también. Así que me arrancaré la barba en señal de luto —dijo el sabio.

Y se arrancó la barba. Cuando el sabio llegó al colegio, los niños le preguntaron:

—Oh, sabio, ¿por qué te has arrancado la barba?

—Me he arrancado la barba porque el hombre se ha roto la cabeza, porque su mujer se ha echado el trigo encima, porque su criada ha roto los cántaros, porque el Arroyo se ha secado, porque el Árbol se ha deshojado, porque los pájaros se han desplumado, porque la señora Piojo está muy triste porque se le ha caído el marido en la olla.

Entonces, los niños se fueron a buscar a la señora Piojo y para consolarla la abrazaron, tristes pero contentos a la vez porque ese día no hubo colegio.

El tesoro de la señora Sultana

(marroquí)

Hubo una vez hace muchos años en Tetuán una mujer que sabía leer y escribir, y ciencia y poesía. Había llegado desde España, de Córdoba o de Granada, expulsada por llamar Alá a Dios. Nadie sabía su nombre, así que señora Sultana la llamaron. Se instaló en el barrio de la medina que hay debajo de la alcazaba y unas pocas casas más allá abrió una madrasa, una escuela donde enseñaba a las niñas de la medina a leer y a escribir. Pero un día la señora Sultana murió y la enterraron en un nicho que había en la pared de su vivienda, tal como se acostumbra hacer con la gente que es tan virtuosa que entrega su vida a los demás. Para cerrar el nicho, colocaron una celosía de madera.

Y pasó el tiempo y el tiempo pasó, y la gente olvidó que allí se hallaba enterrada la señora Sultana, pero un día corrió la voz de que en ese nicho se hallaba enterrado un tesoro. Una noche oscura y sin nubes, unos hombres de la medina quitaron la celosía de madera y se metieron en el nicho para encontrar el tesoro, y cavaron y cavaron pero allí nada encontraron. Continuaron cavando buscando el codiciado tesoro, hasta que dieron con los huesos de la señora Sultana... Habían encontrado el tesoro, un gran tesoro que uno encuentra cuando menos lo espera, pero que siempre lo tienes de vecino: la muerte.

La que nunca llega

Yo no pienso morirme mientras viva.

Oído a un anciano en un bar

Gilgamés de Uruk busca la inmortalidad

(asirio-babilonio)

Al primer brillo del alba, Gilgamés lloró a su amigo:

–¡Que las veredas, Enkidu, del Bosque de Cedro
te lloren y no callen ni de día ni de noche!
¡Que te lloren los ancianos de la vasta ciudad
de Uruk!
¡Que te lloren las montañas, que giman los pastos!
¡Que te lloren los bosques de boj, ciprés y cedro,
en los que luchamos con tanto arrojo!
¡Que te lloren el oso y la hiena, el ciervo
y el chacal, el león y el bisonte,
todos los animales del monte!
¡Que te llore el río Ulaya, el santo,
a cuyas orillas paseábamos tan ufanos!
¡Que te llore el Éufrates, el puro,
cuyas aguas bebíamos en odres!
¡Que te lloren los mozos de Uruk que vieron
nuestra lucha al matar al Toro del Cielo,
enviado por la diosa Istar para vengar
mi desprecio
cuando me pidió que fuese su esposo!
¡Que te llore el labriego sobre su arado
mientras pronuncia la suavidad de tu nombre!
¡Oídme, mozos, oídme bien, ancianos,
de la vasta ciudad de Uruk!
¡Voy a llorar por Enkidu, mi amigo,
como una plañidera gemiré con amargura!
¡Amigo mío, pantera de la estepa,
fuimos uno, juntos capturamos al Toro del Cielo,
juntos abatimos al gigante Humbaba,
que vivía en el Bosque de Cedro!
Y ahora, ¿qué es este sopor que se ha apoderado
de ti?
¿Por qué ya no me escuchas?

Gilgamés cubrió al amigo, como a una novia, el rostro. Como una leona a la que le han quitado las crías, iba dando vueltas alrededor de él. Se arrancaba los cabellos, se quitaba sus ropas de gala. Y al primer brillo del alba, publicó un bando en el país:

Herrero, escultor, calderero, orífice, joyero,
hacedle a mi amigo una estatua de lapislázuli y oro,
obsidiana, cornalina y alabastro.

Siete días y siete noches esperó Gilgamés a que se despertase Enkidu, luego sacrificó bueyes y ovejas y a los jefes del Submundo dio en ofrenda su carne. Después Gilgamés comenzó a vagar por el monte:

—¿Voy a morir también yo?
¿Me sucederá lo mismo que a Enkidu?
La angustia se ha metido en mis entrañas,
a la muerte temí, y ahora anda vagando por el monte.
Para encontrar a Uta-napisti, el único ser inmortal,
he emprendido el camino y ando sin perder tiempo.

Samas, el dios solar, se inquietó e inclinándose hacia él le dijo:

—Gilgamés, ¿adónde te diriges sin rumbo?
¡La vida que buscas no la encontrarás!

Y Gilgamés repuso:

—Déjame que vague por estos montes,
bastante reposo tendré cuando muera.
Sigán ahora viendo mis ojos el sol,
y sácieme yo de luz, lejos quedan las tinieblas.

Siguió Gilgamés su camino, y al llegar a los montes Masu, cuyas cimas alcanzan los cielos, vio hombres-escorpión vigilando sus laderas. Espantosa era su aura, y su mirada, muerte. Los vio Gilgamés, y de terror y espanto se le cubrió el rostro. Puso luego mucho cuidado y se acercó a su encuentro. Y gritó el hombre-escorpión a su mujer:

—Ese que nos ha venido,
¡carne de dioses es su cuerpo!

Y le contesta su mujer:

—¡Dos tercios suyos son de dios,
pero un tercio es de hombre!

El hombre-escorpión se dirige a Gilgamés:

—¿Cómo has podido hacer un camino tan largo?
¿Cómo has osado llegar a mi presencia?

Quiero conocer la meta de tu viaje.
–Busco el camino para llegar hasta Uta-napisti,
que estuvo presente en la Asamblea de los Dioses
y obtuvo la vida eterna.
La muerte y la vida quiero que me aclare.
–¡Marcha, Gilgamés!
¡Que los montes Masu te permitan el paso,
que montes y sierras vigilen tu andar,
que sano y salvo prosigas tu viaje,
que el puerto de montaña se abra ante ti!

Gilgamés prosiguió su viaje y, siguiendo el camino de Samas, el Sol, penetró en la montaña. Ocho leguas corrió, densa era la sombra, no había luz alguna. A las nueve leguas, el viento del norte azotó su rostro, densa es la sombra, no hay luz alguna. No le es dado ver nada detrás de sí. A las doce leguas, salió de la montaña antes que Samas, el Sol.

En el límite entre este mundo y el otro, a orillas del mar, había una tabernera, Siduri, tinajas de oro tenía, y ella estaba cubierta por una toca y velada con su velo.

Gilgamés merodea vestido con un pellejo, daba miedo mirarlo. Tiene carne de dioses, pero penas en sus entrañas, su rostro parece el de un mendigo.

La tabernera lo ve llegar a lo lejos, escucha su corazón y se dice:

–Seguro que es un matador de búfalos,
¿cómo habrá llegado hasta mi puerta?

Miedo tuvo la tabernera, cerró con la tranca su puerta y se subió al terrado. Pero Gilgamés tenía buena oreja, levantó la barbilla y dirigió hacia ella su rostro.

–Tabernera, ¿por qué al verme
has atrancado tu puerta y subido al terrado?
¡Aporrearé la puerta hasta que salte el cerrojo!
–Te abriré, pero antes cuéntame tu viaje.
–Yo tenía un amigo, Enkidu, juntos escalamos
montañas,
juntos dimos muerte al Toro del Cielo y abatimos
a Humbaba.
En los puertos de montaña dimos muerte a leones.
–Si es así, Gilgamés, ¿por qué están flacas tus
mejillas
y abatido tu semblante,
tan triste tu corazón y demacrado tu rostro?
¿Cómo es que mora la pena en tus entrañas,
que al de un caminante que viene de lejos
se asemeja tu semblante,
que de hielos y ardores se ha tostado tu rostro,
que con esa pinta de león andas errante por
el monte?

—A mi amigo, la pantera de la estepa,
a Enkidu, a quien yo tanto quería
le alcanzó el destino de la humanidad.
Seis días y siete noches lloré por él.
No dejé que lo enterrasen
hasta que un gusano le cayó por la nariz.
Me asusté, le cogí miedo a la muerte
y ando errante por el monte.
Mi amigo, a quien yo tanto quería,
se ha vuelto barro.
Dime, pues, tabernera,
cuál es el camino para llegar a Uta-napisti.
¿Tendré que cruzar el mar?
—No hubo jamás, Gilgamés, vado alguno,
ni quien desde los tiempos lejanos
haya cruzado el mar.
El único que cruza el mar es Samas, el Sol.
Aparte de él, ¿quién osará cruzar?
Peligrosa es la travesía, ardua es la ruta
y entre medio están las Aguas de la Muerte,
que impiden el avance.
Allí está Ur-sanabi, el barquero de Uta-napisti,
«los de piedra» le acompañan.
Ve, pero antes corta lianas en el bosque.
¡Anda y que te vea la cara,
si es posible, cruza con él,
si es imposible, date la vuelta y vete!

Gilgamés, al oír todo esto, sujetó bien el puñal en su mano, sacó la espada del cinto y se fue como una flecha. En las entrañas del bosque resonó su alarido. En su cólera, Gilgamés destrozó a «los de piedra». Ur-sanabi vio el destello del puñal y oyó su alarido.

—Tus manos, Gilgamés, han impedido la travesía.
Rompiste a «los de piedra»,
sin ellos es imposible cruzar las Aguas de la Muerte,
pues sólo ellos pueden tocarlas y no morir,
y ya no hay más lianas.
Pero todavía se puede hacer algo:
ve al bosque y corta pértilas de caña.

Gilgamés fue al bosque e hizo lo que le pidió Ur-sanabi. Después, ambos subieron en la barca. Se impulsaron con las pértilas y así no tocaron las Aguas de la Muerte. Uta-napisti, en la Otra Orilla, oteaba el horizonte:

—¿Por qué «los de piedra» están rotos?
¿Quién viene en el barco, que no lo conozco?
Por más que mire no lo conozco,
por más que mire no,

por más que mire.

Cuando llegó, Gilgamés le dijo a Uta-napisti:

–Mi amigo, el que yo amaba, ahora es como barro,
¿no iré yo a correr la misma suerte,
a acostarme para no levantarme más?
Cuéntame, Uta-napisti, el secreto de la vida
y de la muerte.

–¿Por qué, Gilgamés, estás tan lleno de angustia,
tú que estás hecho de carne divina y humana?
¿Temes que tu parte humana te conduzca a
la muerte?

Por terrible que sea la muerte, la vida continúa.
Continuamente edificamos casas,
continuamente los hermanos comparten
la herencia.

Pero un rostro que pueda mirar siempre de frente
al Sol

nunca sobre la tierra ha existido.

El que duerme y el muerto se parecen,
sueño y muerte son condición humana.

Mamitu, la diosa del destino,
decide sobre la muerte y la vida,
pero no revela el instante de la muerte,
sólo deja conocer el tiempo diario de la vida.

–Cuando te miro, Uta-napisti, observo
que tus rasgos no son diferentes de los míos.
¡Soy como tú!

Dime: ¿cómo conseguiste sentarte
en la Asamblea de los Dioses?

¿Cómo has obtenido la vida eterna?

–Voy a revelarte, Gilgamés, una cosa secreta,
te comunicaré un misterio de los dioses:
en Shuruppak, ciudad que tú bien conoces,
y que está situada a orillas del Éufrates,
en los tiempos antiguos, cuando los dioses
moraban allí,

decidieron provocar un Diluvio
y Ninigiku-Ea, el Señor del ojo puro,
me llamó y me dijo:

«Uta-napisti, destruye tu casa y construye
un barco,
desprecia los tesoros, pero guarda el soplo
de la vida.

Embárcate en tu barco, junto con tu familia,
y una pareja de todas las especies vivas.

Una gran tempestad anegará el mundo».

Y así hice y así fue: un terrible silencio invadió
el cielo,

y cambió en tinieblas lo que antes fuera luz.

La tempestad sopló y provocó la inundación.
Cuando el mar se calmó, se apaciguó la tempestad
y el diluvio cesó,
abrí uno de los tragaluces del barco
y el viento rozó mi rostro.
Las gentes se habían vuelto barro,
el paisaje parecía un techo plano.
Hice salir una paloma, pero volvió,
hice salir una golondrina, y también volvió,
hice salir un cuervo, pero no volvió:
las aguas habían bajado.
Los dioses me concedieron por ello
la inmortalidad.

Gilgamés se durmió, el sueño lo envolvió como una niebla. Seis días durmió y al séptimo despertó.

—¿Qué debo hacer, Uta-napisti? ¿Adónde iré?
La muerte habita ya en mi habitación,
donde yo ponga los pies, allí estará.
—Gilgamés, para venir aquí has pasado penas
y fatigas,
¿qué te voy a dar para que regreses a tu país?
Te entregaré, pues, la planta de la inmortalidad
que tanto ansías.
Se trata de una planta que vive en las
profundidades del mar,
su raíz es como la de la zarza y su espina es como
la de la rosa.
Te pinchará las manos, pero si logras cogerla,
habrás encontrado la vida eterna.

Gilgamés ató pesadas piedras en sus pies y se hundió hasta el fondo en las aguas.

Vio la planta y la arrancó, aunque se pinchó las manos, luego cortó las cuerdas que ataban las pesadas piedras a sus pies y el mar lo empujó a la orilla. Allí subió de nuevo a la barca con Ur-sanabi:

—Ur-sanabi, esta planta es un remedio
contra la desesperación,
gracias a ella se curarán los hombres de este mal,
y así alcanzarán la vida eterna.
Quiero llevarla a Uruk, la ciudad amurallada,
haré que la dividan entre ellos y la coman.
Luego, comeré yo también de ella.

Y emprendieron el regreso en la barca. Pero un día, cuando ya habían navegado treinta leguas, se detuvieron en la orilla a pasar la noche. Gilgamés vio entonces una fuente de frescas aguas. Cuando bajó para bañarse, una serpiente salió de la tierra y se

llevó la planta, inmediatamente mudó de piel y rejuveneció. Aquel día Gilgamés permaneció sentado, llorando.

—¿Para quién, Ur-sanabi, trabajaron mis manos?
¿Para quién corrió la sangre de mi corazón?
Ni siquiera pude asegurar mi propio bien.
Sólo a la serpiente he favorecido,
ella será por siempre inmortal.

El retorno de Oisín

(irlandés)

Oisín fue el último y el más grande de los Fianna. Un día estaban los Fianna cazando y vieron un ciervo que corría por el bosque. Comenzaron a seguirlo con los perros, pero no pudieron darle alcance porque el animal huyó hacia el mar. El ciervo saltó encima de una roca que había a pocos metros de la orilla, y no pudieron seguirlo.

Al día siguiente volvieron a salir de caza, pero esta vez pusieron primero a Oisín en la roca para que estuviese allí antes de que llegara el ciervo y pudiera hacerse con él. El resto de los Fianna se adentraron por el bosque buscando al animal. Con el ruido de los caballos y los perros, el ciervo se asustó y salió corriendo. Los Fianna lo persiguieron y, cuando saltó sobre la roca, Oisín saltó sobre él como si se tratase de un simple caballo. Pero el ciervo se hundió en el mar con Oisín en su grupa, y lo llevó consigo a un lugar encantado bajo las aguas que se llamaba Tir na nÓg. Era un lugar espléndido, y todo lo bueno estaba allí, sus palacios estaban recubiertos de piedras preciosas y coral, parecía el Paraíso. En aquel maravilloso lugar no se sentía el paso del tiempo, y si alguien llegara, querría quedarse, y veinte años le parecerían media hora. Allí permaneció Oisín, contemplando la belleza de aquel mundo, durante mil años, aunque él creyó que sólo había estado unos meses. Su juventud permaneció intacta. Y si alguien me pregunta dónde está Tir na nÓg, le diré que está en todas partes, a nuestro alrededor puede estar el Paraíso, sólo es necesario saber verlo. Ahora bien, cuando pensó que llevaba allí doce meses, comenzó a desear ver de nuevo a los hombres fuertes, sus hermanos.

—Entregadme un caballo, pues deseo volver a mi tierra. Añoro las tardes de caza con los míos, y las luchas cuerpo a cuerpo para entrenarnos en la espada.

—Sabed que han pasado mil años y todos los que conocíais están muertos. Ningún conocido encontraréis.

—Deseo, pues, ir y comprobarlo.

—Aquí tenéis vuestro caballo pero no bajéis de su montura, pues, si tocáis el suelo, correréis la suerte de los mortales de vuestro tiempo.

Y diciendo esto le entregaron un caballo y lo devolvieron a su país. Cuando llegó a su viejo hogar, no quedaban de las casas más que muros derruidos y cubiertos de musgo. Todos sus amigos y hermanos habían muerto, tanto tiempo había pasado. Y allí donde se alzara un día su casa vio en pie el abrevadero de piedra que acostumbraba estar lleno de agua, y en el que solían meter las manos para lavarse. Cuando lo vio, se le despertó tal

deseo y anhelo por volver a meter las manos en el abrevadero que olvidó lo que le habían dicho, y se apeó del caballo. Mil años le cayeron encima en un minuto y quedó tendido en el suelo, viejísimo y privado de su fuerza.

El lugar donde nunca se muere

(veronés)

Cuentan que un día dijo un joven:

—A mí eso de que todos tengamos que morir no me gusta nada. Iré en busca de un lugar donde no se muera.

Y se despidió de su padre, de su madre, de sus tíos y de sus primos, y se fue. Caminó y caminó días y días, caminó y caminó semanas, caminó meses, y a todo el que se encontraba le hacía la misma pregunta:

—¿Sabe usted si hay un lugar donde no se muera?

Pero nadie lo sabía. Un día llegó a un bosque espeso, tan espeso que casi no se podía caminar entre los árboles, y tan grande que parecía no tener fin. Allí halló a un viejo con la barba blanca hasta el pecho, que cortaba ramas con una navaja.

—Discúlpeme —le dijo el joven—, ¿usted sabría decirme si hay un lugar donde no se muera?

—Si buscas un lugar donde no se muera, quédate conmigo —le dijo el viejo—. No morirás hasta que haya talado todo el bosque con mi navaja.

—¿Y cuánto tardará?

—Cien años.

—¿Y después tendré que morir?

—¿No te basta?

—No, no me basta. Yo busco un lugar donde uno no muera nunca. Éste no es el lugar que busco.

Y el joven siguió caminando hasta que un día llegó al pie de una montaña y allí se encontró con un viejo con la barba blanca hasta el ombligo que llevaba una carretilla llena de piedras.

—Buen hombre, ¿sabría decirme si hay algún lugar donde no se muera? —le preguntó.

—Si buscas un lugar donde no se muera, quédate conmigo. Hasta que yo termine de transportar con mi carretilla piedra a piedra toda la montaña no morirás.

—¿Y cuántos años tardará?

—Quinientos años necesitaré.

—¿Pero después tendré que morir?

—Seguro.

—No, no es éste el lugar que busco. Yo quiero encontrar un lugar donde uno no muera

nunca –y se despidió del viejo y siguió adelante.

Meses después, llegó a orillas del mar. Allí había un viejo con la barba blanca hasta las rodillas que miraba fijamente a un pato que bebía agua de mar.

–Discúlpeme, ¿sabría usted dónde queda un lugar donde no se muere?

–Si tienes miedo a morir, quédate conmigo. Hasta que este pato no termine de beberse el mar, no morirás.

–¿Y cuánto tiempo le llevará?

–Mil años.

–¿Y después tendré que morir?

–¿Y qué quieres? ¿Cuántos años quieres vivir?

–Quiero vivir siempre. Éste tampoco es el lugar que busco. Quiero encontrar un lugar donde uno no muera nunca.

Y siguió su camino. Un día, al atardecer, llegó a un majestuoso palacio. Llamó a la puerta, y le abrió un viejo con la barba blanca hasta los pies:

–¿Qué deseas, muchacho?

–Estoy buscando el lugar donde nunca se muere.

–Aquí es. Ya has llegado al lugar donde nunca se muere. Mientras estés conmigo, no morirás.

–¡Al fin! ¡Caminé tanto! ¡Éste es justo el lugar que buscaba! ¿Puedo quedarme?

–Quédate conmigo si así lo deseas. Estoy muy solo y, si tú te quedas, me harás compañía.

Y el joven se instaló en el palacio con el viejo. Años, años y años pasaron sin que se diera cuenta, llevando vida de señor. Un día el joven le dijo al viejo:

–La verdad es que estoy muy bien aquí con usted, pero me gustaría visitar a mis parientes para saber cómo les ha ido en todos estos años.

–No tienes ya parientes a quienes visitar. Ha pasado tanto tiempo que están todos muertos.

–Aun así, me gustaría ir. Tengo muchas ganas de volver a ver mi pueblo, y quién sabe si no me encontraré con los hijos de los hijos de mis parientes.

–Veo que se te ha metido en la cabeza la idea de volver a tu pueblo y no hay manera de sacártela. Te enseñaré, pues, lo que tienes que hacer. Ve a la cuadra y ensilla mi caballo blanco, que corre como el viento, y galopa y galopa. Él te conducirá a tu pueblo. Pero nunca desmontes del caballo suceda lo que suceda porque, si pones los pies en el suelo, morirás.

–No desmontaré, quedese tranquilo.

Fue a la cuadra, ensilló el caballo blanco, lo montó y galopó tan veloz como el viento. Pasó por el lugar donde había encontrado al viejo con el pato: donde estaba el mar ahora había una gran pradera. En el medio vio una pila de huesos blancos: eran los huesos del viejo y del pato. «Hice bien en seguir adelante», se dijo el joven. «¡Si me hubiese quedado aquí, ahora también estaría muerto!»

Y siguió galopando hasta que llegó al lugar donde viera al viejo con su carretilla acarreando las piedras de la montaña. Ahora había una llanura llana como un plato llano. En el medio de la planicie, un montón de huesos blancos. «Menos mal que no me quedé con este viejo, porque ahora estaría tan muerto como él», pensó el joven.

Y galopó y galopó hasta que llegó hasta el lugar donde había encontrado al viejo con su navaja talando el bosque. En lugar del espeso bosque se hallaba un desierto ralo, sin árbol ni arbusto, y en medio un montón de huesos blancos. El joven no pudo contener una exclamación:

—¡Si me hubiera quedado aquí, ahora estaría bien muerto!

Y siguió galopando hasta que por fin llegó a su pueblo, pero estaba tan cambiado que apenas lo reconoció. Buscó su casa, pero no quedaba ni siquiera la calle. Preguntó por los suyos, pero nadie había oído jamás su apellido. Se sintió mal, muy mal. Era como si no hubiese ninguna huella de su paso por aquel lugar. «¿Qué hago yo aquí si no queda nadie que me recuerde? Más vale que vuelva enseguida al lugar donde nunca se muere», se dijo. Hizo girar el caballo blanco y emprendió el regreso. Pero aún no había hecho la mitad del camino cuando vio un carro tirado por una yunta de bueyes, parado en el borde del camino. El carro iba lleno de zapatos viejos, rotos. El carretero, con una rueda en la mano, se dirigió al joven:

—¡Por caridad, señor! ¿Podría usted bajar un momento y ayudarme a poner esta rueda que se me salió del eje.

—Lo siento, buen hombre, tengo prisa y no puedo desmontar de mi caballo ni un solo momento —dijo el joven.

—Hágame el favor, mire que soy muy viejo, estoy solo y ya anochece...

El joven sintió pena por aquel viejo desvalido y desmontó para ayudarlo. Aún tenía un pie en el estribo y otro en tierra cuando el carretero le agarró un brazo y le dijo:

—¡Ah! ¡Al fin te atrapé! ¿Sabes quién soy? ¡Soy la Muerte! ¿Ves todos estos zapatos rotos que hay en el carro? Son los que he gastado siguiéndote todos estos años. ¡Pero ya te tengo!

Y en cuanto puso el otro pie en la tierra al joven le llegó la hora de morir.

El emperador que temía a la muerte

(chino)

Han Wudi había sido un buen emperador. Había logrado hacer de su reino el más poderoso de todos, y sólo vivía para su pueblo. Sin embargo, a medida que se hacía viejo, iba perdiendo la ilusión y estaba cada vez más triste.

—¿Qué es lo que os pasa? —le preguntó la preferida de sus concubinas—. Si seguís así, terminaréis muriéndoos de pena.

—Ésa es precisamente la razón de mi tristeza —respondió Han Wudi—. Tengo cuanto quiero, pero nadie podrá librarme de la muerte.

De esta forma, se fue olvidando poco a poco de sus obligaciones como rey. El pueblo empezó a pasar hambre y ya nadie bendecía el nombre de su soberano.

Un día se presentó en su palacio un hombre llamado Li Shaoyun. Tenía la barba y los cabellos blancos, pero su piel era tan rosada como la de un niño.

—Yo conozco el secreto de la inmortalidad —dijo a los guardianes—. Si me lleváis ante vuestro señor, jamás probará la muerte.

Han Wudi saltó de su asiento, alborozado. Sin embargo, al ver a Li Shaoyun, pensó: «Debo tener cuidado. Todo el mundo sabe que soy muy rico y muchos intentarán engañarme».

Tomó, pues, una campana de bronce y se la entregó a Li Shaoyun, al tiempo que le preguntaba:

—¿Sabes quién hizo esta campana?

Li Shaoyun la miró atentamente y después respondió:

—Perteneció al virtuoso emperador Qin Shihuang. Siempre la tenía a la cabecera de su cama y fue fundida en el décimo año de su reinado.

Todos estaban asombrados, porque así había ocurrido en realidad. Han Wudi le llevó a sus aposentos y le dijo:

—Ahora sé que no eres un farsante. Dime cuanto antes el remedio para no morir, porque es lo único que me falta para ser feliz.

Li Shaoyun se mesó la barba y contestó:

—Si quieres ser inmortal, reza a los dioses de la cocina.

—¿Eso es todo? —preguntó el emperador, extrañado.

—Sí —volvió a responder Li Shaoyun—, porque, con la ayuda de los espíritus y

demonios de la cocina, conseguirás que la arena se convierta en oro, y éste, en comida. Aliméntate con ella durante diez días y podrás ver la isla de Penglai Shan.

Han Wudi creía que esa isla estaba en sus dominios y exclamó:

—¿Y para ver una isla he de tomarme tantas molestias? Haré que me lleven a ella y me convertiré en inmortal.

—Esa isla no está en tu reino, nadie sabe dónde está —le explicó Li Shaoyun—. Es la isla de los inmortales.

—¿Tú cómo lo sabes? —volvió a indagar el emperador.

—Porque una vez me topé con un hombre llamado Hanchi Shen y me lo dijo. Todo lo que sé lo aprendí de él. Tenía más de mil años y vivía mirando siempre al mar.

A Han Wudi no le quedó, pues, más remedio que invocar a los dioses de la cocina. Pero los días pasaron y no logró convertir en oro ni un solo grano de arena.

«Será que no soy lo suficientemente virtuoso», se dijo apenado. «Pero no importa. Enviaré a mis más fieles servidores a la isla de Penglai Shan y así haré realidad mi sueño.»

Sin embargo, no regresó ninguno de los trescientos barcos que envió. Desalentado, mandó llamar a Li Shaoyun.

—Lo sentimos mucho —le informaron sus criados—. El sabio que buscáis murió hace cuatro semanas.

—No importa —replicó Han Wudi—. Abrid su ataúd. Estoy seguro de que ha dejado algún mensaje para mí.

Levantaron la tapa y se quedaron todos boquiabiertos. El cuerpo de Li Shaoyun había desaparecido, pero sus ropas aún estaban allí. El emperador dio un salto y exclamó:

—¿No os lo decía? Se ha ido a la isla de los inmortales. Ahora mis problemas han terminado, porque me hará saber la manera más rápida de arribar a ella.

En efecto. A los ocho días se presentó un bonzo con una barba muy larga y dijo:

—Vengo de parte de Li Shaoyun. Si quieres convertirte en inmortal, vete a las montañas más altas del mundo. En ellas hay un lago de vino que ningún hombre ha visitado jamás. Bebe de él, porque es el licor de los inmortales.

Han Wudi se puso muy contento. Pero Dongfang Shuo, su primer ministro, se acercó al bonzo y le preguntó:

—¿Por quién me tomas? ¿Piensas acaso que estoy borracho? En ningún lugar existen lagos de vino.

El emperador se puso furioso:

—¡Qué sabrás tú de las cosas del cielo! —le regañó con severidad—. Si este sabio dice que los hay, nosotros no podemos contradecirle —e inmediatamente envió una expedición a las montañas más altas del mundo.

La componían más de tres mil carromatos y ochocientas parejas de niños. Al frente de ellos iba el bonzo de la barba larga.

—No regresarán —decían los consejeros reales—. Ojalá Han Wudi deje de hacer

disparates y recobre su buen juicio.

Pero a los diez meses alguien gritó por las calles:

—¡Los niños están de vuelta! El bonzo los ha traído sanos y salvos a casa.

El emperador en persona salió a recibirlos a las puertas de la capital. No habían perdido ni un carromato y traían un tonel enorme.

—¿Se puede saber qué contiene? —preguntó Han Wudi con ansiedad.

El bonzo sonrió, satisfecho, y respondió:

—¿No os dije que íbamos en busca del vino de los inmortales? Pues lo hemos encontrado y aquí os traemos la prueba.

Han Wudi tomó un vaso de jade blanco y se lanzó sobre el vino. Pero el bonzo se lo impidió, diciendo:

—No puedes hacer eso. ¿Piensas que este licor es como los demás? Si quieres que produzca el efecto deseado, tendrás que ayunar durante siete días. Durante ese tiempo sólo podrás comer verduras y hierbas.

El emperador inició en ese mismo momento su ayuno. Todos estaban admirados pensando que lo hacía por un religioso fervor, menos el primer ministro Dongfang Shuo. «Si nuestros enemigos deciden atacarnos —pensaba, profundamente preocupado—, no podremos defendernos. Tengo que hacer entrar al rey en razón».

Cuando pasaron los siete días, Han Wudi se acercó al tonel.

—Por fin ha llegado el día más importante de mi vida —comunicó a sus concubinas—. Cuando esta noche venga a veros, seré ya un inmortal.

Sin embargo, el tonel estaba vacío. El emperador hizo añicos la copa de jade y empezó a gritar, como si estuviera loco:

—¡El que se haya bebido este vino lo pagará muy caro! Nadie se burla impunemente de Han Wudi.

Aún estaba hablando, cuando por una de las puertas apareció el primer ministro Dongfang Shuo. Venía dando tumbos y parecía estar borracho. El emperador se acercó a él y, agarrándolo del cuello, le preguntó:

—¿Eres tú quien se ha bebido mi vino? Si es así, te haré despellejar para que aprendas a serme fiel.

Dongfang Shuo soltó un eructo. Después, riéndose como si las palabras del emperador le hicieran mucha gracia, contestó:

—No puedes hacerme nada. ¿No te das cuenta de que ahora soy inmortal? Los cuchillos rebotan sobre mi cuerpo como si estuviera hecho de piedra.

Han Wudi lo agarró del cuello y sintió su pulso latiendo. Si apretaba un poco más, acabaría con su vida. Al fin, se le abrieron los ojos: la verdadera inmortalidad comenzaba con la muerte. Ése era el mensaje que le había querido dejar Li Shaoyun con aquel falso vino de la inmortalidad. Soltó a su fiel primer ministro y, echándose a reír, dijo:

—Pero ¡qué estúpido he sido! La forma de permanecer es quedarse en la memoria de

los que siguen viviendo. La inmortalidad de un emperador es servir a su pueblo. ¿Quién podrá olvidarme si soy justo?

Y a partir de aquel día volvió a dedicarse a las labores de Estado. Su reino continuó siendo muy poderoso y nunca más les faltó el arroz a sus súbditos.

De donde se regresa

Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando.

Rabindranath Tagore

Eros y Psique

(griego)

Psique era la hija menor del rey de Anatolia, y la más hermosa de tres hermanas. Afrodita, envidiosa de su belleza, envió a su hijo Eros, el dios del Amor, al que los romanos luego llamarían Cupido, para que le lanzara una flecha de oro oxidado que la haría enamorarse del hombre más horrible y ruin que encontrase. Sin embargo, Eros se enamoró de Psique y lanzó la flecha al mar. Luego, el dios del Amor esperó a que la hermosa hija del rey de Anatolia se durmiese, y se la llevó volando hasta su palacio.

Cuando llegó a su palacio, y para evitar la ira de su madre, Eros mantenía a Psique encerrada en sus estancias privadas y aparecía siempre de noche, en la oscuridad, para que Psique no lo viera y no supiera quién era su secreto amante. Cada noche, en la oscuridad, se amaban. Una noche, Psique le contó a su amado que echaba de menos a sus hermanas y quería verlas. Eros aceptó conducirla hasta sus hermanas, pero también le advirtió que sus hermanas querrían acabar con su dicha. A la mañana siguiente, Psique fue conducida ante sus hermanas.

—¿Y quién es ese marido tuyo, que te raptó de tu casa y al que aún no conocemos? —le preguntaron, envidiosas por sus ricos vestidos y su bella apariencia, sus hermanas.

Psique, incapaz de explicarles cómo era su marido, puesto que no lo había visto, titubeó, pero acabó confesando la verdad:

—Nunca lo he visto y no sé ni quién es ni cómo es, pues siempre aparece de noche y se va antes de que la claridad del día ilumine la estancia.

—Uy, un monstruo ha de ser, pues sólo alguien horroroso evita ser visto por su amada. Esta noche, enciende una lámpara y podrás ver que lo que decimos es cierto y bien cierto.

Psique les hizo caso y encendió una lámpara de aceite para ver a su amado. Pero una gota de aceite hirviendo cayó sobre la cara de Eros dormido, que se despertó y abandonó, decepcionado, a su amante.

Cuando Psique se dio cuenta de lo que había hecho, salió corriendo de su encierro en el palacio y se topó con Afrodita:

—¡Oh, diosa, devolvedme el amor de Eros!

Pero la diosa, rencorosa, le ordenó realizar cuatro trabajos, cuatro tareas, casi imposibles para un mortal, antes de recuperar a su amante divino:

—Y el cuarto trabajo será ir al Hades y pedir a Perséfone, la diosa del Inframundo, un

poco de su belleza, que guardarás en esta caja negra. Así recuperaré un poco de la belleza que he perdido por los desvelos que me causa este hijo, desolado por tu deslealtad.

Psique fue a una torre, dispuesta a lanzarse desde lo más alto de ella, pues pensó que el camino más corto al Inframundo sería la muerte. Pero una voz la detuvo en el último momento y le indicó una ruta que le permitiría entrar y regresar con vida del Inframundo. Psique, tal como le había explicado la voz, apaciguó a Cerbero con un pastel de cebada y pagó a Caronte un óbolo para que le permitiese subir a su barca y atravesar la laguna Estigia y llegar al Inframundo, el reino de Hades. Una vez allí, se encontró con Perséfone, la diosa de la naturaleza, la diosa del Inframundo, quien mostrándose más benévola de lo que solía, le dio lo que Afrodita requería: un poco de su belleza.

De regreso, Psique le dio otro óbolo a Caronte y otro pastel a Cerbero, y así consiguió volver, viva, a este mundo. Pero de camino al palacio de Afrodita, pensó que, si tomaba un poco de aquella belleza, Eros la amaría con toda seguridad. Así que abrió la caja negra y de allí salió un humo, el humo volátil de la belleza, que la sumergió en un profundo sueño.

Eros, que después de tantos trabajos la había perdonado, voló hasta su cuerpo y limpió el sueño de sus ojos, suplicando entonces a Zeus y a Afrodita su permiso para casarse con Psique. Éstos, viendo el poderoso amor que los unía, que incluso había vencido a la muerte, dieron su consentimiento y Zeus hizo inmortal a Psique. Afrodita bailó en la boda de Eros y Psique, y el hijo que éstos tuvieron se llamó Placer; los romanos lo llamarían Voluptas.

La madre india que regresó de la otra vida

(pemón)

Hubo en cierto lugar unas muchachas que se quedaron sin madre. Ella murió y se fue a otra vida. El padre de las muchachas iba continuamente a la huerta y arrancaba yuca y otros alimentos para que sus hijas comieran. Pero en cuanto el padre salía de casa a la huerta, aparecía la madre en casa porque había observado lo mucho que padecían sus hijas, pues eran pequeñas y no sabían preparar los alimentos.

Mientras la madre estaba en la cocina, las hijas vigilaban y, en cuanto veían que su padre llegaba, avisaban:

–Papá está llegando.

Y la madre desaparecía, y cuando el padre llegaba sólo se encontraba a las hijas. El marido comía de aquella comida que su difunta le había preparado, pero él no se daba cuenta. Aunque le parecía raro que aquellas hijas tan pequeñas hubiesen aprendido a cocinar tan pronto, nada decía. Las hijas tampoco decían nada porque su madre les había dicho que nada dijeran:

–Yo soy la paloma *surimá* que canta en el campo, y en cuanto veo que vuestro padre llega a la huerta, vengo para ayudarlos, pero no me descubráis, nada digáis a vuestro padre.

Así les decía y les repetía cada vez que se aparecía para ayudarlas.

Uno de aquellos días, al atardecer, las muchachas salieron a jugar a la puerta de la casa y oyeron el canto tembloroso de la *surimá*. Y la más pequeña de las hermanas dijo en presencia del padre, sin darse cuenta:

–Mamá está cantando.

Las hermanas mayores intentaron arreglar la metedura de pata, y dijeron:

–No es mamá, tonta, es una palomita.

Y parece que el padre no descubrió la verdad. Durante muchos días se repitió esto del padre que se iba a la huerta y la madre que se aparecía en la casa para ayudar a las hijas. Y el padre cada vez más intrigado se preguntaba: «¿Pero quién hará tan bien la comida si son todas tan pequeñas? Desde luego, bien pronto han aprendido el arte de su madre».

Un día regresó antes que de costumbre a la casa, y por un camino distinto, así que las hijas no pudieron advertirle a su madre de la llegada del padre. Pero ni siquiera urdiendo esta treta pudo descubrir el secreto que sus hijas tan bien guardaban, aunque pudo distinguir una sombra que salía por la puerta trasera.

Desde entonces, la madre, cuando llegaba, se ponía un cestico en la cabeza o metía la cabeza dentro de un cesto. Finalmente, un día el padre la sorprendió en su tarea, en la que estaba afanosa, y le preguntó:

—¿Quién eres tú y qué haces aquí?

Entonces ella se quitó el cesto que le tapaba la cabeza y no volvió a aparecer más como fantasma. Se quedó a vivir entre ellos como antes de morir.

Izanagi e Izanami

(japonés)

En los tiempos en que el cielo y la tierra acababan de empezar a separarse, la tierra era apenas una especie de medusa, o una mancha de grasa flotante. A los cinco dioses primeros, que eran como cinco pilares invisibles, se habían ido añadiendo otros dioses. Los últimos formaban una pareja y se llamaban, él, Izanagi, y ella, Izanami. Los cinco dioses primeros les entregaron una lanza para que con ella removieran aquella mancha hasta hacer de ella algo más sólido y estable.

Izanagi e Izanami, obedientes, la removieron hundiendo en ella la lanza, y, cuando la sacaron, los trozos de sal que se le habían adherido formaron una isla en la que ellos pudieron posarse. En la isla había una columna, que sostenía el cielo, y un palacio, al que se dirigieron para descansar. Entonces observaron que en el cuerpo de ella había una parte que faltaba y en el de él una parte que sobraba, y decidieron combinarlas para ayudarse en su tarea de hacer juntos la tierra. Y luego ocurrió que del cuerpo de Izanami nacieron las islas, las piedras, los árboles, los mares, los ríos, los vientos, los montes, los campos y el resto de las cosas. Por último, Izanami dio a luz el fuego, y a consecuencia de ello murió abrasada.

Izanagi estaba inconsolable. Se fue hasta el país del Yomi, que era la morada de los muertos, y desde la entrada la llamó, diciéndole que aún no habían terminado de hacer la tierra y rogándole que volviera con él. Izanami ya había probado la comida del Yomi, de modo que pertenecía ya al país de los muertos; pero oyó su súplica, y le respondió que iba a ir a preguntarle al dios del Yomi si la dejaba volver con Izanagi al mundo de los vivos. Y le pidió a Izanagi que mientras ella estaba fuera de su cuerpo no lo mirara.

Pero Izanagi, sin poder contenerse, abrió una rendija en la puerta del Yomi y la miró. Y lo que vio fue el cuerpo de Izanami convertido en un cadáver corrupto y espantoso. Horrorizado y aterrorizado, Izanagi quiso huir de aquel lugar.

Cuando Izanami comprendió lo que había ocurrido, se enfadó tanto con Izanagi que pidió a los monstruos y a las fuerzas del Yomi que la ayudaran a perseguirlo para matarlo. Al ver que venían tras él, Izanagi les arrojó el trozo de bejuco que usaba para atarse el moño; cuando tocó el suelo se convirtió en una vid silvestre, y algunos de sus perseguidores se detuvieron para comerse sus frutos. Pero todavía había otros que le seguían. Izanagi les tiró una púa de su peineta, y de ella brotó un bosquecillo de bambú;

otros de sus perseguidores se detuvieron para comer de él. A los que quedaban, Izanagi les lanzó su espada.

Pero Izanami continuaba persiguiéndolo. Él le arrojó tres huesos de melocotón que encontró en la frontera entre el Yomi y el mundo de los vivos, y ella se paró para recogerlos.

Entonces Izanagi cerró el paso del Yomi con una piedra descomunal. Izanami, desde detrás de la piedra, le gritó, furiosa, que en adelante pensaba matar cada día a mil personas de su reino; pero Izanagi le respondió que, en ese caso, él haría que nacieran cada día otras mil quinientas.

Una noche en el paraíso

(friulano)

Había una vez dos amigos tan pero tan amigos que se habían hecho el juramento de que se casarían sólo si el otro era el padrino en la boda. Pero sucedió que, al poco tiempo, se murió uno de los amigos. El otro pronto encontró una novia de su agrado y quiso casarse, pero se acordó de la promesa hecha. Como no sabía qué hacer, le pidió consejo al cura.

—Asunto difícil —dijo el párroco— porque la palabra dada siempre se ha de cumplir. Pero tú invítalo a tu boda aunque esté muerto. Ve a la tumba y pídele que sea tu padrino de boda. Que él decida si viene o no a la boda.

El joven fue a la tumba y dijo:

—Amigo, ha llegado el momento. Voy a casarme y quiero que seas mi padrino de boda.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, se abrió la tierra y salió el amigo.

—No faltaré a tu boda. Cumpliré mi juramento aunque esté muerto, porque, si no lo hago, quizá por esta falta no me dejen entrar en el Cielo y tenga que ir al Purgatorio.

Los amigos salieron juntos del cementerio y se fueron a casa a vestirse para la ocasión y después a la iglesia para la ceremonia. Después, vino el banquete de bodas y el joven muerto empezó a contar historias y más historias, pero de cómo era el otro mundo no decía una palabra. El novio no veía la hora de hacerle preguntas sobre la muerte, pero le faltaba valor.

Al final del banquete, el muerto se levantó y dijo:

—Amigo, ya que te hice el favor de venir a ser tu padrino, podrías venir tú a acompañarme un poco hasta el cementerio, pues ya llegó la hora de irme.

—Claro, ¿por qué no? Pero espérame un momento a que le diga a mi esposa que tardaré poco en volver, porque, ya sabes, es la primera noche con mi mujer...

—¡Pues claro, como quieras!

El novio le dio un beso a la novia y luego le dijo:

—Voy a acompañar a mi amigo un momento pero enseguida vuelvo —y salió con el muerto.

Hablando de cosas sin importancia, llegaron a la tumba. Y allí, al pie del sepulcro, se abrazaron. El muerto estaba ya abriendo su sepulcro cuando el vivo pensó: «¡Si no se lo pregunto ahora, no se lo pregunto nunca!». Así que se armó de valor y le dijo:

—Oye, quiero preguntarte una cosa: ¿qué tal se está muerto?

—No puedo contártelo. Pero, como tú me has invitado a tu boda, en justa correspondencia, yo puedo invitarte a visitar el mundo que yo ahora habito.

La tumba se abrió y el vivo siguió al muerto. Enseguida se hallaron en el Paraíso. El muerto lo llevó hasta un hermoso palacio de cristal con las puertas de oro, dentro los ángeles tocaban música para que bailaran los bienaventurados; San Pedro tocaba el contrabajo. El vivo estaba boquiabierto. No se podía mover de allí de lo paralizado que estaba por el asombro.

—¡Ahora ven por aquí! —le dijo el muerto, y lo llevó a un jardín donde los árboles, en lugar de hojas, tenían pájaros de colores que cantaban—. ¡No te quedes ahí pasmado, que todavía nos queda mucho que ver! —y lo llevó a un prado donde bailaban los ángeles, dulces y alegres como enamorados.

En aquel prado había un río, pero por él corría vino en vez de agua, y la tierra era de queso. De pronto, volviendo en sí de su asombro, se acordó de su esposa:

—Oye, compadre, ya hará unas horas que estoy aquí. Tengo que volver con mi esposa, que debe de estar preocupada.

—¿Ya te cansaste?

—¿Cansado? No, pero tengo ya ganas de abrazar a mi esposa...

—¡Pero si todavía hay cosas por ver!

—Te creo, pero es mejor que me vaya.

—Bueno, como quieras —y el muerto lo acompañó hasta la tumba y después desapareció.

El vivo salió de la tumba, pero el cementerio estaba irreconocible. Estaba lleno de monumentos, estatuas, cipreses. Salió del cementerio y, en vez de las casas de piedra de su pueblo, vio altos edificios, y tranvías, automóviles, aviones. «¿Dónde diablos estoy? ¿Me equivoqué de camino? Pero ¡qué ropas tan extrañas lleva esta gente!»

—Caballero —le preguntó a un viejo—, ¿este lugar se llama Tal?

—Sí, ése es el nombre de esta ciudad.

—Pues, no sé por qué, pero no me sitúo. ¿Puede decirme dónde queda la casa del que se casó ayer?

—¿Ayer? Mira, yo soy el sacristán, y puedo asegurarte que ayer no se casó nadie.

—¿Cómo? ¡Si yo me casé ayer mismo! —y le contó que hacía unas horas había acompañado a su compadre muerto al Paraíso.

—Esto que usted me cuenta es una historia muy antigua que cuentan los ancianos —dijo el viejo—: la historia del novio que acompañó al compadre a la tumba y nunca volvió. Quizá quien lo sepa es nuestro obispo.

—¿Obispo? Pero en esta aldea lo único que hay es un párroco.

—Hace años que hay un obispo —y lo llevó ante el obispo.

El obispo, cuando el joven le contó lo sucedido, se acordó de una historia que le contaba su abuelo cuando era niño. Echó mano a los libros del registro parroquial y comenzó a hojearlos: treinta años atrás, no; cincuenta años atrás, no; cien, no;

doscientos, no. Y pasando y pasando páginas, encontró al fin en un papel roto y amarillento la inscripción de una boda y los nombres de los contrayentes.

—¿Cómo dice que se llama? Aquí figura el registro de la boda. Fue hace trescientos años. Un matrimonio desafortunado, porque el joven desapareció en el cementerio y su esposa murió de pena. ¡Lee aquí, si no me crees! Aquí están los nombres.

—¡Es cierto, soy yo!

—¿Y dices que estuviste en el otro mundo? ¡Cuéntame, cuéntame algo!

Pero el joven se puso amarillo como el papel del registro parroquial, se tambaleó y cayó al suelo. Murió de repente, sin poder contar nada de lo que había visto.

La niña de los tres maridos

(murciano)

Cuentan que hace muchos años vivió en Murcia una muchacha llamada Margarita, tan hermosa como inteligente. Pero muy cabezota. Cuando algo se le metía entre ceja y ceja no había manera de sacárselo de la cabeza. Y cuentan que un día su padre le dijo:

–Hija, ya va siendo hora de que te cases.

–Padre, yo no me quiero casar. Solterita para toda la vida me quiero quedar –respondió ella.

–Pero, niña, ¿no ves que todas las chicas de tu edad ya hace años que hablan con los novios y están ya para casarse? ¿Tú quieres quedarte para vestir santos?

–Ni santos ni maridos quiero yo vestir, padre.

–Cabezota, que eres una cabezota –repuso enfadado su padre.

Y por más que porfiaron, como era tan cabezota, pues no hubo manera de hacer que cambiase de opinión. Así que el padre anduvo diciendo por todas partes en el pueblo, en la taberna, en la tienda de ultramarinos, en la plaza, en el mercado, que si alguien quería casarse con su hija no tenía más que ir el domingo a tomar café a su casa, que al que se llegase hasta allí a él se la daría. Y por todas partes circuló la noticia de que aquella zagalona de Margarita, tan guapa y tan lista, se casaría con el que la pretendiese.

Y hete tú aquí que al domingo siguiente no llegó un muchacho ni dos: ¡tres muchachos fueron los que aquel día se presentaron en la casa de Margarita a tomar café! Y los tres fueron acompañados al salón, donde se sentaron a esperar la elección de la muchacha. Pero cuando Margarita, a instancias de su padre, entró en el salón y vio a los tres muchachos, no supo por cuál decidirse. Al primero le encontró una sonrisita de medio lado que le pareció encantadora. Del segundo le gustó esa forma de mirar de frente directo a los ojos. Y del tercero esas manos de trabajador honrado que todo se lo ganaba con el sudor de su frente.

–Con los tres, padre, me caso con los tres –fue el veredicto de la joven.

–Pero, hija, ¿dónde se ha visto que una chica tenga tres maridos? Con el trabajo que da uno solo... Anda y elige uno ya de una vez, que no tenemos todo el día.

–Que me gustan los tres, padre, y con los tres me caso o con ninguno.

El padre, viendo que otra vez la cabezota de Margarita se salía con la suya, y se quedaba soltera, resolvió el problema diciendo:

–Os iréis, muchachos, por ese mundo adelante y aquel que encuentre el regalo de

novia más insólito, más sorprendente para mi hija Margarita, con ése se casa.

Al día siguiente los tres muchachos emprendieron camino por el mundo adelante y se fueron al puerto. Allí se embarcaron en un navío y, después de días y días de navegación, llegaron a un lugar remoto, pensando que cuanto más lejano fuera el lugar, más insólitas y sorprendentes serían las cosas que encontrarían. Y los tres muchachos, que se conocían bien porque eran del mismo pueblo, se separaron deseándose mucha suerte en su búsqueda. También convinieron que al cabo de tres semanas se reunirían en ese mismo lugar para regresar a su pueblo juntos.

El primero de los muchachos atravesó desiertos, cruzó ríos, subió montañas y, cuando ya estaba a punto de desesperar porque no encontraba un regalo digno de Margarita, un día a la entrada de un pueblo se encontró con un anciano con el rostro surcado de arrugas que conducía un carromato y que voceaba:

–Vendo, vendo, vendo.

–¿Qué vendes, buen hombre? –preguntó el primero de los muchachos.

–Vendo espejos.

–¡Pues menuda cosa vendes! No me sirve como regalo de bodas.

–Tengo espejos mágicos: espejos donde uno se mira y no se ve la cara sino el alma, espejos que responden a todas las preguntas y siempre dicen la verdad, y tengo un espejo, único en el mundo, que cuando uno lo mira ve a la mujer o al hombre amado, no importa que éste se halle a miles de kilómetros de distancia.

Al primero de los muchachos le pareció un buen regalo de boda, y lo compró.

El segundo de los muchachos atravesó desiertos, cruzó ríos, subió montañas y, cuando ya estaba a punto de desesperar porque no encontraba un regalo digno de Margarita, un día a la entrada de un pueblo se encontró con un anciano con el rostro surcado de arrugas que conducía un carromato y que voceaba:

–Vendo, vendo, vendo.

–¿Qué vendes, buen hombre? –preguntó el segundo de los muchachos.

–Vendo jarabes.

–Sigue tu camino, no me sirve como regalo de bodas. ¿Quién le regalaría un jarabe a su prometida sino un loco?

–Tengo jarabes mágicos: jarabes que curan con sólo mirarlos, tengo jarabes con sabores tan sabrosos que los niños se pegan por tomárselos, y tengo un jarabe, único en el mundo, que uno echa una gota en los labios de una persona muerta y ésta vuelve a la vida.

Al segundo de los muchachos le pareció que este jarabe era digno de su prometida y lo compró.

El tercero de los muchachos atravesó desiertos, cruzó ríos, subió montañas y, cuando ya estaba a punto de desesperar porque no encontraba un regalo digno de Margarita, un día a la entrada de un pueblo se encontró con un anciano con el rostro surcado de arrugas que conducía un carromato y que voceaba:

–Vendo, vendo, vendo.

–¿Qué vendes, buen hombre? –preguntó el tercero de los muchachos.

–Vendo baúles.

–Baúles, baúles, ¿quién le regala un baúl a su novia? Un baúl se le regala a alguien que quieres que se vaya.

–Tengo baúles mágicos: baúles donde caben todos los muebles de una casa, baúles que cambian de lugar si silbas, y tengo un baúl, único en el mundo, que si te metes dentro y pronuncias el lugar al que quieres ir, te lleva en menos de lo que canta un gallo.

Al tercero de los muchachos le pareció un regalo digno de su novia y lo compró. Al cabo de tres semanas, los tres muchachos se juntaron en el lugar que habían convenido para regresar juntos a su pueblo. Y estaban sentados los tres alrededor de un fuego, después de haber cenado, cuando el primero de los muchachos dijo:

–He comprado un regalo de bodas prodigioso: un espejo donde se puede ver a la persona amada, ¿queréis que lo saque y veamos a nuestra Margarita?

–Sí, sí –corearon los otros dos.

Entonces el primero de los muchachos sacó el espejo y, cuando los tres lo miraron, vieron a Margarita blanca blanca como la nieve, quieta quieta como una estatua y con los brazos cruzados sobre el pecho: estaba muerta.

–No os aflijáis, amigos –dijo el segundo de los muchachos–. Yo tengo un jarabe mágico que con una sola gota te devuelve a la vida.

–Ya, pero tardaremos en llegar semanas y, cuando lleguemos, Margarita estará enterrada y más que enterrada –se quejó el primero de los muchachos.

–Ah, pero yo tengo un baúl mágico que nos llevará a nuestro pueblo en menos de lo que canta un gallo.

Y dicho y hecho, los tres muchachos se metieron dentro del baúl, cerraron la tapa y pronunciaron el nombre de su pueblo, y en menos tiempo del que emplea un gallo en entonar su canto, allí se hallaron. Abrieron el baúl y se encontraron en medio de la plaza del pueblo. Allí todo el pueblo se había reunido para asistir al entierro. Los tres muchachos se abrieron paso por entre la multitud y se dirigieron sin perder tiempo a casa de Margarita. Nada más llegar, vieron en el salón de la casa, donde hacía tiempo habían coincidido tomando café, el ataúd, y dentro, a Margarita, blanca blanca como la nieve, quieta quieta como una estatua y con los brazos cruzados sobre el pecho.

El segundo de los muchachos se adelantó, sacó el jarabe del morral donde lo había guardado, lo abrió y dejó caer una gota en los labios de Margarita. Entonces todos pudieron ver cómo ella abría los ojos, movía los labios y decía:

–Padre, ¿qué hace toda esta gente en casa si todavía no es mi cumpleaños?

Entonces su padre la abrazó, la sacaron del ataúd, la sentaron en el sofá y los tres muchachos le presentaron los tres regalos mágicos: el espejo que les había revelado su muerte, el baúl que los había llevado de regreso a tiempo y el jarabe que le había

devuelto la vida. Y entonces Margarita, mirando tiernamente la sonrisa, la mirada y las manos de los tres muchachos dijo:

–¿Ve, padre, como los tres eran necesarios? Así que con los tres me caso.

–Cabezota, más que cabezota –repuso, contento, su padre.

Y fue así como Margarita se casó con los tres muchachos y fue conocida en el mundo entero como «la niña de los tres maridos».

La niña de la higuera

(portugués)

Había una vez una madre y un padre que tenían una hija. Desgraciadamente, la madre murió y el padre se quedó solo con la niña. Pero había también una vecina a la que le gustaba aquel padre, y le insistía en que sería bueno para él y para su hija casarse de nuevo.

—Búsquese usted otra esposa, hombre, ¿no ve que la niña estará mejor cuidada con una mujer en casa? Usted trabaja en el campo de sol a sol y la pobriña está todo el día sola en casa, sin consuelo ni compañía. Y ¿quién sería mejor esposa que yo, que la conozco desde que nació?, que llevamos de vecinos muchos años.

Y tanto y tanto le insistió que, al fin, cuando pasó el luto, el padre se casó con la vecina, convencido de que era lo mejor para su hija. Y fue así como la vecina se convirtió en la madrastra de la niña. Al principio la trataba con dulzura, pero pronto empezó a sentir celos porque le parecía que el padre miraba a su hija con más amor que a ella.

—Esta niña es igualita que su madre, así que esas miradas tan tiernas que su padre le echa sólo pueden querer decir que todavía sigue enamorado de la muerta. Seguramente se ha casado conmigo sólo para tenerme de criada de esta mocosa.

Así que, cuando el padre se iba a labrar los campos, la madrastra ponía a la niña con un palo al pie de la higuera para que espantase a los pájaros y no se comiesen los higos. Y allí, a pleno sol, la dejaba todo el día sin sombrilla ni sombrero, y ni un triste vaso de agua le daba. La niña hacía como que espantaba los pájaros mientras la madrastra la vigilaba asomada a la ventana, pero en cuanto se metía dentro, dejaba que los pajarillos picoteasen los higos de la higuera, que para eso estaban los frutos, para alimentar también a los pájaros. De tanto estar bajo el sol se le puso la piel morena, de tanto mirar la higuera se le pusieron los ojos verde higuera.

Un día la madrastra se despertó de su siesta antes y se asomó a la ventana, ¿y qué vio?

—Mira esa condenada niña, mírala ahí sentada, al pie del árbol, rodeada de pájaros, ¡y encima le da de comer mis higos a un pajarraco con sus propias manos! Esa atrevida desobediente se va a llevar un buen escarmiento.

Y dicho y hecho, la madrastra bajó a la huerta y fue adonde estaba la higuera, y, con

la pala con la que en invierno quitaba la nieve, obligó a la niña a cavar una fosa. Cuando estuvo cavada le dijo:

—Ahora mismo te vas a acostar en esa fosa para ver si la has hecho a tu medida.

La niña temblaba de miedo ante la mirada feroz de la madrastra y sus palabras, que sonaban como aullidos. Así que obedeció. Se acostó en la fosa y, en cuanto estuvo acostada, la madrastra cogió la pala y la sepultó, viva, sin que ella pudiera hacer nada. Luego, aplastó bien el terreno con sus pies y esparció un poco de hierba recién segada, para que no se viese a simple vista que la tierra estaba removida. Cuando llegó el padre y le preguntó por su hija, le respondió:

—¿A mí me preguntas por esa zángana, que no me ayuda nada y se pasa el día corriendo detrás de los pájaros, como si no hubiese nada que hacer en la casa?

Y por más que la buscó y rebuscó, el padre no pudo encontrarla. Triste por la desaparición de su única hija, pensó que se habría perdido y que algún día ella encontraría la manera de volver, y regresaría. Quizá por el camino se encontrase con un príncipe, como tantas veces le habían contado que había sucedido, y volviese mujer y princesa. Y con este pensamiento se consoló.

Y pasó el tiempo y el tiempo pasó, y un día el padre vio que debajo de la higuera crecía una hierba muy larga y marrón, del color de la castaña, justo del color de los cabellos de su hija. El viento la movía como alguna vez movió la melena de su hija cuando ésta corría por el campo. Conmovido por el recuerdo de su niña pequeña, se acercó a la higuera para acariciar la hierba que crecía debajo, y para cortarla. Extendió la mano y, en cuanto sus dedos rozaron la hierba, escuchó una melodía que decía:

No me cortes los cabellos
que ellos cantan qué pasó:
que mi madre los peinaba
y mi madrastra enterró
por los higos de la higuera
que un pajarito comió.

Era la voz de su hija. El padre corrió dentro de la casa, cogió la pala de quitar la nieve y se dirigió al pie de la higuera, y con todas sus fuerzas cavó y cavó. Pronto la pala se hundió dentro del agujero cavado. El padre se inclinó dentro de la fosa y vio que de la fosa cavada salía una galería. Se metió dentro de la fosa y se dejó caer dentro de la galería. Allí dentro el aire, detenido, olía a raíces. El padre avanzó por el estrecho pasillo a oscuras, tentando las paredes, hasta que la galería se abrió y se encontró en una enorme oquedad debajo de la tierra, debajo de la higuera. Al fondo de la cueva vio una luz y allí se dirigió. Iluminadas por un resplandor que ellas mismas emanaban, vio a dos mujeres cogidas de la mano: una era una mujer joven, morena, y tenía los mismos cabellos castaños que su hija y aquellos ojos verde higuera; la otra era una anciana de largo pelo blanco, en su rostro había la calma del cielo en agosto. El padre no reconoció a

su hija en aquella joven morena de ojos verdes y preguntó a aquellas dos apariciones que quiénes eran. Entonces la más vieja cantó:

Esta muchacha es tu hija,
que su madrastra enterró,
y yo soy la Madre Muerte
que en su vientre la acogió,
y todo por unos higos
que un pajarito comió.

La Muerte soltó la mano de la muchacha y ésta corrió hacia su padre. Parecía una reina. Juntos, volvieron a la casa. El padre no cerró la fosa, cogió a la madrastra de los pelos, la sacó de la casa y la metió dentro de la fosa, luego le echó tierra encima. Y allí, debajo de la higuera, nunca más volvió a crecer la hierba.

Pero la muerte no es el fin

El mensaje de la liebre

(bosquimano)

Un día Luna, viendo que los hombres vivían angustiados pensando en la muerte, decidió enviar a la liebre para que les contase la verdad: los hombres y las mujeres han sido hechos a imagen y semejanza de Él y por eso no mueren, sino que, igual que Luna, comienzan a menguar, a apagarse, hasta desaparecer; pero al poco tiempo, como Luna, vuelven a la vida, grandes y resplandecientes.

Pero la liebre se entretuvo por el camino y se le olvidó el mensaje de Luna. Cuando se encontró ante un hombre, comenzó a titubear:

–Ehhhh, esto... que me envía padre Luna a deciros que... que..., como Él, menguaréis y os apagaréis hasta desaparecer. Pues... sí... esto es lo que me ha mandado deciros Luna.

Luego, la liebre se fue y regresó temerosa ante Luna. Cuando Luna se enteró del mensaje incompleto que había transmitido a los hombres, enfadado, la agarró de las orejas y la lanzó contra la Tierra partiéndole el morro para siempre. La liebre, dolorida, cogió su manta, la calentó al fuego y, cuando estaba ardiendo, la lanzó contra Luna provocándole quemaduras. Es por eso por lo que la luna tiene manchas, es por eso por lo que las liebres tienen el morro partido y es por eso por lo que hombres y mujeres creemos que nos morimos...

Fuentes

Todos los cuentos que aparecen en este libro son versiones reelaboradas de historias mitológicas y de cuentos populares recogidos en otros libros o escuchados. A continuación, se ofrecen algunas de las referencias bibliográficas en las que me he basado o el nombre de las personas que me contaron algunos cuentos.

«Yo soy Mertseger, la que ama el silencio» Mertseger es la diosa egipcia de la tumba, y también de la justicia y de la medicina, y se la representaba con cuerpo de mujer y cabeza de cobra. Habitaba en el occidente, en el lugar por donde se oculta el sol, y el epíteto con que frecuentemente se la designaba era «la que ama el silencio». La inscripción se cita en Santiago Cano López, *La señora del silencio y otros cuentos egipcios* (Alcalá Grupo editorial, Alcalá la Real 2008).

El hombre que buscaba a la Muerte Este cuento flamenco es una versión del recogido en *El palacio de los cuentos* por Ulf Diederichs (Círculo de Lectores, Barcelona 1996).

La Muerte matrona El cuento zaireño es una versión basada en un relato de una recopilación de cuentos populares, *L'arbre d'amour et de sagesse. Contes du monde entier*, de Henri Gougaud (Seuil, París 1992).

El huerto de la tumba Este mito de los indios seneca, que habitan el noreste de los Estados Unidos y el sureste de Canadá, se basa en el recogido en *Mitología americana*, edición de Samuel Feijóo (Siruela, Madrid 2010). Es un mito que se cuenta en otras tradiciones amerindias, no sólo entre los seneca.

Quetzalcóalt y los huesos arrebatados al Señor de los muertos El relato forma parte de la mitología azteca y lo recoge Walter Krickeberg en *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas* (Fondo de Cultura Económica, México D. F. 1971).

La muerte del gigante Pan Ku y el origen de la vida Este mito de origen de la antigua

China se basa en el recogido por Gabriel García-Noblejas SánchezCendal en su libro *Mitología clásica china* (Trotta, Madrid 2004).

Kali, la Oscura, diosa de la vida y de la muerte La historia de la diosa hindú Kali se basa en una cita del *Markandeya purana* que Mircea Eliade recoge en su *Tratado de historia de las religiones* (Ediciones Era, México D. F. 1972).

Perséfone, diosa de la naturaleza, diosa del Inframundo El mito griego de Perséfone está basado en los datos que se ofrecen en diferentes entradas del *Diccionario de mitología griega y romana*, de Pierre Grimal (Paidós, Barcelona 1965).

El enamorado y la Muerte Este romance tradicional tiene numerosas variantes, la nuestra es la recogida en *Flor nueva de Romances Viejos* por Ramón Menéndez Pidal (Espasa-Calpe, colección Austral, Madrid 1989, 32.^a ed.).

El Güercu Esta versión asturiana del popularísimo cuento de la Muerte que se lleva por azar al que se ha disfrazado para esconderse de ella se ha basado en la recogida en *Contáronmelo pa que lo contara* por Milio Rodríguez, apodado Milio el del Nido (Trabe, Oviedo 2001).

Cita en Luz Este pequeño relato está tomado del Tratado Suká, 53, del *Talmud de Babilonia*.

El Ángel de la Muerte y el rey de Israel Es éste uno de los relatos de *Las mil y una noches*. La versión sigue, aunque no del todo, la traducción de Juan Vernet (Galaxia-Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona 2006).

Salomón y Azrael Esta versión de un cuento sufi citado por Rumi se basa en uno de los cuentos de *150 cuentos sufíes, extraídos de Al-Matnawi y seleccionados por Ahmed Kudsi Erguner y Pierre Maniez* (Paidós Ibérica, Barcelona 1994).

Cuando la Muerte llegó a Bagdad Este famoso cuento árabe, ampliamente versionado, se basa en un cuento recogido en *Cuentos de los derviches* por Idris Shah (Paidós Ibérica, Barcelona 1981).

Lo inevitable Cuento tibetano basado en un relato recogido en *Cuentos tibetanos. La esencia de la calma*, edición de Yosano Sim y Pedro Palao Pons (Ediciones Karma.7, Madrid 2005).

El muerto convertido en mosca Este cuento bretón de muertos se basa en un relato recogido en *Cuentos y leyendas de la Bretaña*, edición de Ros García-Lluis (Miraguano, Madrid 2010).

La Comadre Sebastiana Este cuento es una versión mexicana de este conocidísimo

cuento que se cuenta a este y al otro lado del océano. Me he basado en la versión que recoge Anthony John Campos en *Mexican folk tales* (The University of Arizona Press, Tucson, Arizona, 1977).

La Muerte madrina Este cuento se basa en el contado por Josepa Aldabert en Barcelona en 1922 a Joan Amades, y recogido por éste en su libro *Folklore de Catalunya. Rondallística. Rondalles. Tradicions. Llegendes* (Selecta, Barcelona 1951).

Los avisos de la Muerte Este cuento gallego está basado en el recogido en *Aparicións e Santa Compañá* por Xosé Ramón Mariño Ferro (Edicións do Cumio, Vigo 1995).

La Muerte amante El cuento transilvano se he basado en una versión recogida en *Cuentos gitanos*, edición de Francis Hindes Groome (Miraguano, Madrid 1991).

La mujer esqueleto Este cuento inuit, pueblo que habita las regiones árticas de América y Groenlandia, más conocidos como esquimales, se basa en un cuento encontrado en *Cuentos esquimales*, y recogido por Maurice Metayer (Espasa-Calpe, Madrid 1991).

La niña de la calavera Cuento araucano basado en una versión recogida en *Cuentos populares araucanos y chilenos* por Sperata R. de Saunier (Nascimento, Santiago de Chile 1975).

¿Por qué la Muerte es invisible? Este cuento etiológico tibetano se basa en una versión recogida en *The Lazy Conman and other stories (folktales from Nepal)* por Ajit Baral (Penguin Books, Nueva Delhi 2009).

Mono y los Jueces de la Muerte Este cuento chino se basa en el recogido en *Cuentos chinos* por Alfred J. Hodgson (Miraguano, Madrid 1985).

El hijo de Orula vence a Ikú, la Muerte Escuchado en Madrid por la autora a Lucas Nápoles (en abril de 2011), que a su vez lo escuchó de su hermana Clara Rosa Nápoles Cárdenas, que se lo escuchó a su padre Juan Gualberto Nápoles Okendo (natural de Camagüey).

El soldado y la Muerte Cuento ruso basado en una versión recogida en *Cuentos populares rusos* por A. N. Afanásiev (Anaya, colección Laurín, Madrid 1983).

La Muerte y la vieja El cuento húngaro se ha basado en una versión recogida en *Cuentos gitanos* por Francis Hindes Groome (Miraguano, Madrid 1991).

Migraña, Dolores de Espalda y la Muerte Este cuento corso sigue una versión recogida en *L'arbre d'amour et de sagesse. Contes du monde entier* por Henri Gougaud (Seuil, París 1992).

El peral de la tía Miseria Esta versión se basa en un cuento de La Vila (Joyosa) recogido por Chimo Lanuza Ortuño *et al.* en *Conte contat: contes i retalls* (Nova Valencia, Valencia 1989).

La muerte del señor *** Me he basado para realizar este cuento en *El libro de los muertos tibetano. La liberación por audición durante el estado intermedio*, edición de Ramon N. Prats (Siruela, Madrid 1996).

La primera muerte Este cuento aborígen australiano se basa en un mito de origen recogido en *Cuentos de los aborígenes australianos: visiones, mitos y leyendas de la era del sueño* por Annelienne Löffler (Océano, Barcelona 2001).

La madre y la Muerte Mi versión de este popular cuento se basa en la versión alemana recogida por Hans Christian Andersen en *Cuentos completos* (Anaya, Madrid 2005).

La muerte del señor Pulga Esta versión marroquí se halla ampliamente difundida, la mía se ha basado en una versión recogida en *Cuentos populares de Marruecos, recogidos en Marrakech por la doctora Légey*, edición de Antonio González Beltrán (Siruela, Madrid 2009).

El tesoro de la señora Sultana El cuento fue escuchado en Tetuán (en mayo de 2011) por la autora a Abdelnaser Filali, quien lo aprendió de su madre (natural de Tetuán).

Gilgamés de Uruk busca la inmortalidad La versión de esta epopeya asirio-babilonia se ha realizado a partir de fragmentos de la *Epopeya de Gilgames, rey de Uruk*, edición de Joaquín Sanmartín (Trotta, Madrid 2005).

El retorno de Oisín La versión de este cuento irlandés se ha realizado a partir de una versión de Lady Gregory recogida en *Cuentos populares irlandeses*, edición de José Manuel de Prada-Samper (Siruela, Madrid 2008).

El lugar donde nunca se muere Se trata de una versión veronesa que se basa en un cuento recogido en *Cuentos populares italianos*, edición de Italo Calvino (Siruela, Madrid 1990).

El emperador que temía a la muerte Este cuento se basa en una versión que recogen Enrique P. Gatón e Imelda Hwang en *Cuentos de la China milenaria* (Anaya, colección Laurín, Madrid 1987).

Eros y Psique El cuento de la mitología griega que tan reiteradamente se representará en la iconografía europea se ha construido con base en los datos de algunas entradas del *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal (Paidós, Barcelona 1965).

La madre india que regresó de la otra vida Es éste un cuento pemón basado en una versión recogida en *Cuentos populares araucanos y chilenos* por Sperata R. de Sauniere (Nascimento, Santiago de Chile 1975).

Izanagi e Izanami Versión japonesa de Lola Diez Pastor a partir de un mito del *Kojiki* (libro japonés del siglo VIII), que escuchó a Bando Nauto (natural de Japón).

Una noche en el paraíso Este cuento del Friuli se basa en una versión recogida en *Cuentos populares italianos*, edición de Italo Calvino (Siruela, Madrid 1990).

La niña de los tres maridos Versión murciana basada en un cuento recogido en *Cuentos, adivinanzas y refranes populares* por Fernán Caballero, seudónimo de Cecilia Böhl de Faber y Larrea (Centro Andaluz del Libro, Sevilla 2011).

La niña de la higuera Escuchado en Toledo (en junio de 2011) por la autora a Luis Correia Carmelo (natural de Lisboa).

El mensaje de la liebre Es éste un cuento con múltiples versiones en diferentes pueblos africanos. Nuestra versión se basa en la recogida en *Cuentos africanos* por René Basset (Olañeta, Palma de Mallorca 2007). José Manuel de Prada-Samper (ed.) recoge una versión que presenta algunas similitudes en *La niña que creó las estrellas. Relatos orales de los bosquimanos /xam* (Lengua de Trapo, Madrid 2001).

Edición en formato digital: noviembre de 2011

Colección dirigida por Michi Strausfeld y Ana Cristina Herreros

© De la edición, Ana Cristina Herreros Ferreira, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-844-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

«Ay, muerte de mi vida»	5
El hombre que buscaba a la Muerte (flamenco)	13
La que da la vida	18
La Muerte matrona (zaireño)	21
El huerto de la tumba (seneca)	24
Quetzalcóalt y los huesos arrebatados al Señor de los muertos (azteca)	25
La muerte del gigante Pan Ku y el origen de la vida (chino)	27
Kali, la Oscura, diosa de la vida y de la muerte (indio)	28
Perséfone, diosa de la naturaleza, diosa del Inframundo (griego)	30
La justa	32
El enamorado y la Muerte (castellano)	35
El Güercu (asturiano)	36
Cita en Luz (hebreo)	38
El Ángel de la Muerte y el rey de Israel (árabe)	39
Salomón y Azrael (persa)	40
Cuando la Muerte llegó a Bagdad (árabe)	41
Lo inevitable (tibetano)	42
La amiga	43
El muerto convertido en mosca (bretón)	46
La Comadre Sebastiana (mexicano)	48
La Muerte madrina (catalán)	50
Los avisos de la Muerte (gallego)	55
La enamorada	56
La Muerte amante (transilvano)	59
La mujer esqueleto (inuit)	61
La niña de la calavera (araucano)	63
La burlada	66
¿Por qué la Muerte es invisible? (nepalí)	69
Mono y los Jueces de la Muerte (chino)	72
El hijo de Orula vence a Ikú, la Muerte (cubano)	74
El soldado y la Muerte (ruso)	75
La Muerte y la vieja (húngaro)	81

Migraña, Dolores de Espalda y la Muerte (corso)	84
El peral de la tía Miseria (valenciano)	87
La que juntos lloramos	89
La muerte del señor *** (tibetano)	92
La primera muerte (aborigen australiano)	93
La madre y la Muerte (alemán)	95
La muerte del señor Pulga (marroquí)	99
El tesoro de la señora Sultana (marroquí)	101
La que nunca llega	102
Gilgamés de Uruk busca la inmortalidad (asirio-babilonio)	105
El retorno de Oisín (irlandés)	112
El lugar donde nunca se muere (veronés)	114
El emperador que temía a la muerte (chino)	117
De donde se regresa	121
Eros y Psique (griego)	124
La madre india que regresó de la otra vida (pemón)	126
Izanagi e Izanami (japonés)	128
Una noche en el paraíso (friulano)	130
La niña de los tres maridos (murciano)	133
La niña de la higuera (portugués)	137
El mensaje de la liebre (bosquimano)	140
Fuentes	142
Créditos	147